PAULA GALLEGO

CRÓNICAS DE LILIUM

LA FUERZA DEL DRAGÓN



salamandra

PAULA GALLEGO

CRÓNICAS DE LILIUM

LA FUERZA DEL DRAGÓN

salamandra

A Yanire,
si tuviera que enfrentarme a monstruos terribles,
lo haría a tu lado sin dudar (ya lo siento, te ha tocado)



1

Annie

No es fácil vivir en una tierra de monstruos, y es aún peor si además no puedes verlos.

En el reino de Plumeria hay cinco ciudades. La capital y la más grande de todas es Freesia, pero yo ya no vivo allí. Desde hace cuatro años mi hogar se encuentra en la ciudad de Dalia, que está justo al lado y un poco al este. La ciudad, como todas las demás, está plagadita de quimeras.

Así las llamamos.

Masie tiene al lado a una de ellas. Es inofensiva, apenas un bichillo de clase E, la categoría más baja de todas. Revolotea a su alrededor deshaciendo el peinado que la doncella intenta mantener en su sitio con desesperación.

—¡Basta! ¡Basta! — Masie patea el suelo con cada grito —. ¿Y tú qué miras? — me dice, con cara de malas pulgas.

He debido sonreír sin darme cuenta. Aparto la mirada y me centro en mi reflejo. Pronto será mi turno para salir a bailar y no puedo distraerme.

Si vivir en una ciudad repleta de monstruos invisibles que podrían devorarte es complicado, fingir que tú tampoco ves a esas criaturas es una tortura.

Destructor se sube al tocador de un salto. Sus ojos felinos llevan un rato siguiendo el vuelo de la pequeña quimera, fantaseando con merendársela de un bocado.

— No puedes comértela — le susurro, para que nadie crea que hablo sola —. No queremos llamar la atención.

Unas risitas me hacen dar un respingo. Me aparto de Destructor y a través del reflejo veo a varias bailarinas que me miran y cuchichean.

Supongo que ya es tarde para aparentar normalidad.

Destructor es una mezcla de quimera y... ¿gato? No lo sé. No estoy muy segura. La mayor parte del tiempo puede aparecer ante los humanos sin el don en su forma felina, por eso creo que es un cruce con algún animal, pero incluso así es demasiado grande para que piensen que es un simple gatito con unas medidas por encima de la media. Es tan grande como un perro, si el perro se hubiese tragado de un bocado a tres de su especie. Se podría decir, más bien, que es como... un tigre bien alimentado. Por eso ha venido en su forma de quimera, para que nadie pueda reparar en él: pequeño como un gato normal, casi transparente, elegante y ágil, hecho de luz de estrellas.

El único problema es que todas me están viendo hablar sola otra vez.

No es lo peor que me han visto hacer, desde luego.

Estuvo aquel incidente con la ventana del despacho de la directora. Yo no apuntaba al cristal con esa piedra: quería darle a la quimera que intentaba entrar en la escuela. O aquella vez que tiré los libros de Masie, plagados de quimeras de clase E, al fuego. O esa

explosión en las cocinas del comedor cuando perseguía a una criatura que parecía peligrosa...

¿He mencionado que ahora recibo clases desde casa?

Hace un año que no voy a la escuela con ellas, pero todas se acuerdan de lo rara que era, de las locuras que hacía...

Creo que habría sido más fácil si Markus me hubiera dejado contar que soy una de las pocas personas del reino capaces de ver a las quimeras; pero quienes nacen con ese don son entrenados e instruidos en gremios y se preparan para defender al pueblo de las criaturas que ellos no pueden ver. Es un honor y una responsabilidad.

Y Markus opina que eso no sería apropiado para una señorita de mi clase.

— Annie, ¿estás lista?

Vuelvo a dar un respingo en mi asiento que espanta a Destructor.

Miro a los lados, pero no sé dónde se ha metido.

Markus no le gusta e intenta mantenerse alejado.

— Annie — insiste mi padrastro.

Me pongo de pie para recibirlo y asiento.

Markus tiene cuarenta y pocos años, es muy alto, mucho más que yo. Tiene ojos severos, duros, y una piel oscura que hace que cada vez que salimos juntos nos miren al pasar, aunque eso no ocurre muy a menudo. Salimos poco.

— Estoy lista, señor — respondo.

Él me contempla con esos ojos negros que parecen verlo todo. Me evalúa y algo no le gusta, pero no me lo dice.

— Es necesario que todo salga bien. Es tu presentación en sociedad. Mucha gente importante estará entre el público. Algunos socios y parientes de la aristocracia no han venido porque esos idiotas supersticiosos han oído los rumores sobre Rilia, pero

precisamente por eso tienes que causar buena impresión a los que sí están aquí.

Rilia fue una quimera de clase S, una de las Invictas, imposibles de vencer. Ningún mataquimeras ha sido capaz de destruir nunca a una tan grande. Cada varias generaciones aparece una de ellas, destruye y asesina hasta que se harta y, después, se esfuma sin dejar rastro. Esas quimeras especiales marcan el final de una era y el comienzo de la siguiente.

Rilia fue la última. Se perdió en algún lugar del mar desde la costa de Dalia, de nuestra ciudad, pero de eso hace ya medio siglo.

Desde entonces estamos en la Era de Rilia, en el año 56 más concretamente.

— No te defraudaré.

Markus asiente, pero vuelve a mirarme de arriba abajo. Se queda tanto tiempo en silencio que creo que no va a decir nada y entonces, mientras ya se está dando la vuelta para volver a su asiento, murmura:

— Le diré al ama de llaves que te encargue vestidos para el baile menos vulgares.

Vaya.

Me quedo quieta, con los puños apretados a ambos lados de mi cuerpo.

— Señoritas — dice la voz de una de las organizadoras —, pronto será vuestro turno. Annie, tú vas primero.

Respiro con fuerza, pero no sirve de mucho. Una caricia en mis piernas me hace bajar la cabeza y descubro a Destructor frotándose contra ellas.

Me mira como si lo entendiera todo.

— Gracias — murmuro y me agacho para acariciarlo.

Que las demás piensen lo que quieran.

Cuando levanto la cabeza, sin embargo, me doy cuenta de que nadie me presta atención. Casi es la hora y todas están ocupadas con los últimos preparativos.

Masie acaba de tragarse una gragea de un intenso color verde que le ha dado su doncella.

Cuando las quimeras mueren, sus cuerpos se transforman en grageas que te conceden un poder concreto durante un tiempo limitado. Cuanto más peligrosa es la quimera, más interesante es la habilidad que te concede su gragea.

Si tienes dinero para pagarlas, las grageas pueden hacer casi cualquier cosa por ti: te dan fuerza, equilibrio, puntería, inteligencia... Los sanadores las usan para curar heridas, los herreros para resistir mejor las altas temperaturas de las forjas, los estudiantes toman grageas de concentración para rendir mejor en los exámenes...

No me extrañaría que los padres de Masie le hubieran comprado una gragea que la hiciera bailar mejor.

Cuando voy hacia el escenario, veo cómo muchas de mis antiguas compañeras se toman sus grageas para estar listas.

Yo no. Yo solo necesito concentrarme y dejar de pensar; dejar de ver a esas malditas quimeras.

Como si me hubiera leído la mente, Destructor me maúlla y me agacho para acariciarlo entre las orejas.

—A ti no. A ti no quiero perderte nunca de vista.

Siempre me entiende tan bien...

Destructor me ronronea en respuesta y, cuando el aplauso para la última debutante se detiene y la organizadora me hace un gesto, sé que es momento de salir al escenario.

Cierro los ojos, respiro con fuerza y, cuando las primeras notas de mi canción suenan, salgo ahí fuera.

Empiezo a bailar.

El auditorio es enorme. El Palacio de las Magnolias es el centro cultural más importante de toda Dalia. Ya había estado aquí antes, pero siempre como espectadora y desde aquí arriba todo parece más... impresionante.

Me sé los pasos de memoria. Los he repetido cada día en mis entrenamientos y después en casa hasta que mi cuerpo ha sido capaz de bailar sin pensar en absoluto.

Un giro, una flexión de la cintura. Un movimiento que imita las olas y, entonces..., saco los abanicos.

Sé que al público le gusta porque por encima de la música puedo oír un murmullo de sorpresa, un «ooooh» apagado que llega justo en el momento en que mis ojos encuentran a Markus en primera fila.

No sonríe. Él nunca lo hace, pero sé ver la aprobación en esos labios ligeramente curvados.

Y yo bailo, me deslizo con la música sin que tenga que mirar siquiera dónde piso. Cierro los ojos, me dejo llevar, y giro, y salto, y me balanceo con las notas hasta que abro de nuevo los ojos y... fallo un paso.

Me quedo completamente quieta.

Una sombra oscura trepa por una de las paredes del auditorio con mucha rapidez. Es grande; puedo distinguir una cola, un destello de escamas...

Es una quimera.

Una bien grande. No creo que sea una clase E.

Miro a los lados. Tal vez la organización haya contratado a algún mataquimeras para protegernos, pero nadie parece verla.

Mis ojos se topan de nuevo con los de Markus. Está espantado, porque desde ahí abajo parece que me he quedado en blanco.

«No es mi problema», me digo.

Las quimeras menores suelen dejar en paz a los humanos. A lo mejor esta solo está echando un vistazo y se marcha cuando se aburra.

Agarro con fuerza los abanicos y dejo que la música me lleve al movimiento que viene ahora.

Tal vez lo olviden. Tal vez pasen por alto un pequeño despiste que...

Oh, no.

No. No. No...

La quimera ha llegado al techo abovedado. Enrosca su cola alrededor de la cuerda de la que cuelga una enorme lámpara de araña y cierra sus fauces alargadas, parecidas a las de un chacal, alrededor de la misma cuerda que impide que la lámpara caiga sobre el público.

—¡Cuidado! ¡Salid de ahí! —grito.

Una mujer se lleva la mano al pecho. Creo que he conseguido que me tomen en serio hasta que me doy cuenta de que murmuran y me miran como lo hacían las chicas de mi clase, mi propio padrastro, el servicio de su casa...

Creen que estoy loca de remate.

—¡Corréis peligro! —chillo, para hacerme oír por encima del ruido de la canción.

Miro arriba. La lámpara se balancea, pero el movimiento es demasiado leve para que nadie piense que es algo más que una corriente de aire.

La quimera sigue mordisqueando la cuerda.

Markus me castigará sin salir durante trescientos años por esto, pero no puedo seguir callada.

—¡Tenéis que desalojar el edificio! ¡Hay una quimera! ¡Una quimera peligrosa!

Primero todos guardan silencio. Luego, cunde el pánico.

Los que han nacido sin el don de ver las quimeras han aprendido a huir cuando alguien les advierte del peligro. Sin un mataquimeras cerca, una persona corriente no tiene ni la más mínima posibilidad contra una de ellas. Por eso tenía que decir algo. Es mi deber, aunque Markus crea que no es digno.

Todos se levantan y durante un segundo creo que lo he conseguido, que voy a salvarlos; pero entonces comprendo que todos me han hecho caso y lo han hecho a la vez. Se gritan y se empujan y se forman tapones en los pasillos mientras intentan huir. Y esa quimera que solo yo puedo ver está a punto de rasgar la cuerda.

Tengo que pararla. Tengo que ser yo; porque no hay nadie más.

Busco en todas direcciones. Guardo los abanicos. Y, cuando veo las poleas..., no me lo pienso mucho.

Corro hacia ellas.

Creo escuchar vagamente que alguien grita mi nombre, probablemente mi padrastro.

Pero ya no me detengo.

Agarro con fuerza la cuerda que está sujeta a un sistema de contrapesos. Me la enrosco alrededor del antebrazo y tiro del cierre que mantiene arriba una de las lámparas del escenario.

Noto un tirón que me hace sonreír, porque ha funcionado.

Luego siento vértigo.

Y salgo despedida hacia arriba.



2

Kian

Si esa quimera de clase D se me escapa, pasaré el resto de mi vida cumpliendo misiones de clase E. El maestro me ha tenido condenado a las misiones más miserables desde la última vez que metí la pata persiguiendo a una quimera de clase D, y si ahora dejo escapar a esta...

No. No puedo dejar que huya.

De pronto, veo un destello verdoso en la esquina del callejón y salgo corriendo hacia allí. Alguien me grita que mire por dónde voy. Una señora con un sombrero desproporcionado murmura algo sobre mis modales y cuando paso entre dos calles estrechas oigo que un vecino amenaza con llamar a la policía.

Sigo el rastro, corro hasta dejarme los pulmones y, entonces, me detengo.

Es el Palacio de las Magnolias.

No me había dado cuenta de que estoy en un barrio de ricachones.

Ahora sí que tengo que terminar este trabajo antes de que la líe otra vez.

Allí a lo lejos, alrededor de una de las columnas de los arcos de la fachada, veo a la quimera enroscada. Como si me oyera, se gira hacia mí, me mira y, entonces, sigue trepando con rapidez hasta que la veo desaparecer por una de las ventanas.

—Maldita sea...

Voy tras ella y me detengo cuando me doy cuenta de que está demasiado alto para trepar. Voy a tener que hacer algo descabellado: entrar por la puerta.

Me aliso la túnica, como si eso ocultara la tela de mala calidad y las manchas de procedencia dudosa, que podrían ser sangre de quimera o escupitajos de quimera o... algo mucho peor, y me asomo. Todo está lleno de gente, y eso es bueno porque nadie me presta demasiada atención cuando paso y alzo la cabeza en busca de la quimera. Una canción muy suave resuena en el auditorio. Los espectadores contemplan el insípido espectáculo de alguno de esos niños ricos que pueden conseguir las grageas que ellos quieran. Yo no le presto atención hasta el cambio abrupto de ritmo y ese «ooooh» que algunos dejan escapar.

Miro también en un acto reflejo, apenas un segundo antes de seguir buscando en la cúpula a la quimera..., pero tengo que detenerme, volver a girar la cabeza y mirar.

Es una chica.

Y lo que está haciendo... Ese baile es...

Me quedo quieto y durante un segundo olvido lo que hago aquí, porque esa chica parece luchar. Baila, pero se mueve como una guerrera. Lleva dos abanicos en las manos y los esgrime como si fueran armas. Su vestido, que se cierra en diagonal sobre el pecho como una túnica, vuela con ella mientras gira y encadena un paso tras otro, como una tormenta desatada.

Pierde el ritmo una sola vez, pero lo disimula enseguida. El tiempo

se detiene mientras yo la miro y el hechizo se rompe de nuevo cuando la chica alza el rostro hacia la bóveda y grita:

—¡Cuidado! ¡Salid de ahí!

El corazón me da un vuelco. Sigo la dirección de su mirada y descubro a la quimera de clase D colgada de la lámpara de araña más grande que he visto en toda mi vida.

¿Es que es una mataquimeras?

Maldición... No tengo tiempo de pensar en eso. Echo a correr mientras me digo que tampoco debería haber tenido tiempo para quedarme a ver un estúpido baile.

Rodeo las gradas en busca de alguna de las escaleras que dan a los pasillos superiores. Oigo más gritos de esa chica, amplificados desde donde se encuentra en el escenario y, después, la gente echa a correr.

Todos intentan ir en dirección contraria, hacia la salida. Así que no me molestan.

Subo de dos en dos las escaleras de madera que los técnicos utilizan para preparar las luces, los efectos y todos los mecanismos para la decoración del escenario, hasta que alcanzo el nivel superior. La quimera está ahí, justo en el centro, colgando de esa lámpara enorme que de un momento a otro aplastará a todos los que están abajo sin que sepan qué los ha matado. Pero el corredor seguro termina aquí. Al otro lado de la barandilla solo hay tablas estrechas y la amenaza de una caída fatal.

Intento pasar una pierna al otro lado y, entonces, un grito más agudo que el resto me sobresalta y hace que me tambalee un poco.

No ha sido nada; solamente un susto por el grito, pero esto hace que me quede quieto.

Hay unos cinco o seis metros sin nada a lo que agarrarme hasta la quimera. Si lograra llegar a ella, tendría que plantarle cara sin perder

el equilibrio sobre una tabla en la que apenas me caben los pies. No quería matarla desde lejos porque la gragea que deje su cuerpo caerá al suelo, pero no voy a tener más remedio. Ya la buscaré después.

Así que me quedo donde estoy, tomo el arco que llevo a la espalda y una flecha del carcaj y la encajo en su sitio. Me cuadro, apunto y respiro como me ha enseñado el maestro.

Entonces suelto la flecha.

Cruza el aire con rapidez y precisión brutal. Puedo adivinar la trayectoria, directa al ojo izquierdo de la bestia. Sin embargo, noto un leve movimiento en él, apenas un parpadeo, y gira todo su cuerpo al mismo tiempo que utiliza la cola para desviar la flecha.

No lo veo venir.

Echa esa cola llena de escamas hacia atrás, como un escorpión que se prepara para atacar, y emite un sonido que ni siquiera parece animal: es un gruñido extraño y estridente que me pone los pelos de punta. Agita la cola con rabia y un destello plateado sale directo hacia mí. Me muevo justo en el último momento, pero no soy suficientemente rápido, porque un segundo ataque me alcanza en las manos y suelto el arco sin querer.

Un dolor agudo me recorre los nudillos mientras veo caer mi arma al vacío y perderse entre las butacas del auditorio, pero no tengo tiempo para lamentarme.

La quimera me está observando. Tiene el hocico alargado, los ojos estrechos y unos colmillos pequeños y afilados cuando abre las mandíbulas y vuelve a hacer ese ruido horrible.

Voy a tener que enfrentarme a ella aquí arriba.

Desenfundo una daga y estoy decidido a hacerle frente cuando, de pronto, un sonido diferente me detiene. También la quimera se gira.

Descubro una sombra azul y marrón que cruza el espacio entre el suelo y la bóveda, veloz como una de mis flechas. No sé lo que estoy viendo hasta que descubro que es la chica de antes colgada de una cuerda. Sube a la misma velocidad que baja un contrapeso, impulsada por la fuerza de su caída. De pronto, cuando el contrapeso llega al suelo, ella se para arriba con un tirón. Pero ¿qué narices está haciendo?

La quimera sisea y empieza a moverse... hacia ella. La bailarina lo ve, porque se agarra con fuerza a la cuerda y se impulsa para subir hasta una de esas pasarelas estrechas.

Oh, no.

Tengo que hacer algo si no quiero que se la meriende. ¿Qué diría el maestro? Ni siquiera me dejaría cumplir más misiones de clase E.

Busco en la bolsita de cuero que llevo en el costado y saco grageas hasta que encuentro la que quiero: es amarilla y jaspeada. Me la meto en la boca sin pensar, muerdo con fuerza y una sustancia espesa se desliza por mi lengua. Nunca sabes qué sabor te vas a encontrar. Esta vez, sabe a miel, pero también a nieve, a algo dorado y a la sensación cálida de una mano que rodea la tuya en el frío de la noche. Es difícil explicar a qué sabe algo dorado, a qué sabe una sensación, pero es así: inexplicable, y mágico, y alucinante.

Trago rápido, y deseo no haberme equivocado con la gragea; pero, en cuanto pongo el primer pie al otro lado de la barandilla, sé que he acertado. Siento la seguridad, la certeza absoluta de que con esta gragea no caeré. Podría recorrer con los ojos cerrados todas las pasarelas de la bóveda sin resbalar porque su magia concede un equilibrio sobrehumano. Así que me atrevo a correr sin miedo hacia la quimera, que se acerca peligrosamente a la chica, que desenvaina un arma y... No. No es un arma. ¡Es un maldito abanico! ¿Qué

pretende hacer con eso? ¿Es que ha perdido la cabeza?

La apunta con él, sentada sobre la pasarela mientras se esfuerza por guardar el equilibrio y, antes de que la quimera la alcance, desenfundo mi daga y me arrojo sobre la criatura. Chilla con furia, una mezcla de un gruñido y el siseo de antes. Tiro del arma, pero se queda encajada entre sus omóplatos y debo dar un paso atrás cuando se gira hacia mí, enfadada y muy viva todavía.

—Oh, vaya —se me escapa.

La quimera agita su cola de escamas, pero esta vez no me lanza nada. Intenta alcanzarme con ella y yo tengo que saltar hacia atrás para esquivarla.

—¡Cuidado! —grita la chica.

Pero caigo bien, sin tambalearme y sobre un pie, como un acróbata. La quimera abre sus fauces y me muestra sus dientecillos, pequeños pero afilados.

Veo movimiento con el rabillo del ojo y me doy cuenta de que la bailarina se ha puesto de pie sobre la estrecha tabla. Ha abierto los brazos a ambos lados de su cuerpo y los usa para mantener el equilibrio mientras se aleja.

Huye.

Debe de haber recuperado la cordura. Al fin y al cabo, puede ver a la criatura, pero no tiene pinta de mataquimeras.

La bestia me sisea a modo de advertencia, echa la cola hacia atrás y sé reconocer el gesto. Me preparo para intentar esquivar su ataque cuando, de pronto, noto algo en la cintura.

—¡Aparta! —me grita la misma voz dulce de antes.

No escapaba. Se acercaba a mí por detrás.

No tengo tiempo de preguntarme cómo lo ha hecho o pedirle que se haga a un lado. Tampoco me da tiempo a esquivar lo que la quimera lanza con su cola.

Me doy cuenta de que lo que noto en la cintura es la mano de la chica. Se agarra para que ninguno pierda el equilibrio cuando levanta un brazo por delante de mí y, con un movimiento ágil y fluido, despliega uno de sus abanicos.

Escucho el sonido de la tela al rasgarse y, un segundo después, veo algo parecido a la punta de una lanza encajada en el abanico. La chica lo retira y cuando la miro parece tan sorprendida de que haya funcionado como yo.

Ahora, de cerca, puedo ver que tiene los ojos muy grandes, azules y oscuros, de un tono que no había visto antes. El pelo que llevaba recogido en la nuca ha escapado de sus horquillas y ahora cae completamente suelto y rebelde a ambos lados de un rostro moreno y pecoso.

—¿Quién eres?

No responde. Ni siquiera me mira ya.

Cuando la quimera lanza otro proyectil, tira de mí hacia atrás con tanta fuerza que ella misma tropieza. Me arrastra un poco y quedo suspendido sobre el vacío durante unos segundos eternos, cara a cara con una caída infinita.

Uno, dos, tres...

La gragea que he tragado hace que mi cuerpo regrese solo al sitio como por arte de magia. Pero no hay tiempo para celebraciones. La quimera avanza agazapada; un destello verdoso a la luz de la lámpara que ahora se balancea tras ella desde una cuerda mordisqueada.

Pienso rápido y me giro hacia la desconocida. Lleva otro abanico de la función en el muslo.

—¿Me prestas eso? — pregunto.

Ella lo desenfunda como si fuera un cuchillo y me lo tiende justo a tiempo. Cuando la quimera se lanza hacia nosotros, interpongo el

abanico abierto. La criatura lo muerde y lo destroza, pero yo lo agarro con fuerza, lo giro y consigo desestabilizarla lo suficiente para poder darle una patada en el hocico.

Sisea y sus ojos de reptil me miran con hambre y rabia. Vuelve a atacarme, pero no llega a morderme, porque algo vuela de nuevo hacia ella y le da en el morro, haciendo que retroceda varios pasos. Me vuelvo hacia la chica, que se ha puesto de pie. Me doy cuenta de que le falta un zapato.

— Gracias.

Se encoge de hombros.

— De todas formas, no me gustaban mucho.

Un gruñido hace que nos giremos. La quimera sigue a pocos metros, valorando si merece la pena el riesgo de atacarnos. Si nos mira durante más tiempo, puede que se dé cuenta de que ya no nos quedan muchas opciones, ni tampoco zapatos.

— Solo estamos defendiéndonos — dice entonces la chica, dando voz a lo que estoy pensando —. Tenemos que hacer algo más o acabará matándonos.

— Estoy de acuerdo. — Me llevo las manos al carcaj —. Tal vez podríamos usar una flecha para...

— Tengo una idea — me interrumpe —. ¿Crees que podrías hacer de cebo?

—¿Qué? No sé si...

—¡Ahora! ¡Prepárate!

Tiene razón. La quimera ha echado a andar también, esta vez más rápido.

—¡¿Que me prepare para qué?!

No tengo ni idea de qué pretende, así que decido seguir con mi propio plan. Al fin y al cabo, yo soy el mataquimeras de un gremio.

Tomo una de mis flechas y la empuño con fuerza. Planto los pies

en el suelo y me preparo para intentar atravesar sus escamas con la punta, pero, en el momento en que la quimera se lanza hacia mí, siento un golpecito en el hombro.

Todo ocurre muy deprisa.

Noto una caricia, tan solo un roce. Alzo la cabeza y me doy cuenta de que es la chica, que ha saltado para encaramarse a uno de los salientes de la decoración de la bóveda. Se impulsa, se balancea y, un segundo después, salta sobre la grupa de la quimera, que chilla y se revuelve.

Ha debido de tomar una gragea. Si no, lo que veo sería imposible.

Se agarra con fuerza a la daga que tiene la quimera entre los omóplatos. Se mantiene en su sitio, sin ceder ni un centímetro, y tira del arma. El tirón es brusco y un movimiento de cabeza de la bestia la arroja hacia atrás. Me agacho con rapidez para ayudarla, la sostengo por los hombros para impedir que caiga por uno de los lados. La quimera se lanza hacia nosotros con las mandíbulas abiertas y un rugido en la garganta, y entonces la chica le clava el puñal en un ojo.

Es instantáneo. El grito del monstruo cesa, un líquido verduzco mancha las manos pequeñas de la bailarina y, de pronto, un vapor del color de sus escamas empieza a salir del cuerpo de la criatura.

Me preparo y actúo con rapidez cuando la quimera se desvanece de golpe y una gragea queda en su lugar. La atrapo al vuelo antes de que caiga al suelo y, con el corazón latiendo con fuerza contra el pecho, la observo.

Es verde y azulada, y tiene vetas que recorren la superficie con formas retorcidas.

—¿Estás bien?

La voz de la chica me devuelve a la realidad. Yo debería estar preguntándole eso.

— Sí, sí, ¿y tú? — No consigo esperar hasta que responda —. También habías tomado una gragea para el equilibrio, ¿verdad?

Ella sacude la cabeza.

—¿Tú sí?

Se me escapa una carcajada, incrédulo. Pero no parece que esté mintiendo. ¿Por qué tendría que hacerlo con un desconocido?

— Sí, claro que sí — respondo —. ¿Eres una mataquimeras? ¿Para qué gremio trabajas? Nunca te he visto por ahí.

La chica, que no debe ser mucho más joven que yo, abre la boca para responder, pero entonces algo llama su atención en el suelo, donde la gente sigue gritando y desalojando el Palacio de las Magnolias en medio del caos.

—¡Lo siento, pero tengo que irme! — exclama.

Se pone en pie con insultante facilidad, me rodea apenas con un saltito y recorre segura y sin vacilar el camino hacia la pasarela, con los brazos extendidos a los lados, como ha hecho antes. Pasa al otro lado y la veo desaparecer por una de las escaleras, a la carrera, dejándome solo, sorprendido y un poco impresionado.

Tirado en las tablas, encuentro uno de los abanicos destrozados de la chica y lo recojo.

—¿De dónde demonios has salido? — murmuro, aunque nadie me oiga ya.



3

Annie

Markus no ha dicho palabra en todo el camino a casa en carruaje. Entramos en silencio y la apariencia sombría y más severa de lo habitual de mi padrastro hace que el servicio entienda que no deben hacer preguntas. Incluso Destructor, que ha vuelto a casa con nosotros, me abandona y se pierde en la segunda planta, probablemente para refugiarse en mi cuarto.

Paso dentro tras él y siento en mi pie izquierdo el frío de las baldosas de mármol. Me quedo en el gran vestíbulo cuando Markus se detiene al pie de las escaleras y alza el rostro hacia el retrato de mi madre, al final de ellas. Nunca me ha gustado demasiado ese cuadro. Markus lo encargó después de que ella muriera y nos mudáramos a esta casa, a Dalia. El artista no supo reflejar la luz de sus ojos, ni su sonrisa. En su lugar, una mirada demasiado regia nos contempla a los dos con una severidad que yo no recuerdo en mi madre, tan guapa, tan joven, tan llena de vida... que esta pintura no le hace justicia.

—Annie —dice entonces mi padrastro.

No sé si es por la emoción de lo que ha ocurrido en las últimas horas, por pensar sin querer en mi madre o por lo duro que suena ese tono autoritario, pero se me llenan los ojos de lágrimas.

— Annie — repite, más bajo, con más cansancio, y se lleva la mano a los ojos —. ¿Qué diría Jane si te viera así?

Me muerdo el interior de la mejilla para contener las lágrimas y me preparo para enfrentarme a sus gritos. Sin embargo, nada de eso ocurre. Markus se agarra al pasamanos de las elegantes escaleras y empieza a subirlas con pesadez, dejándonos al retrato de mi madre y a mí a solas.

Esta noche no duermo demasiado y, cuando amanece y Destructor me despierta restregando su cabecita contra la mía, me pongo en marcha con una idea y mucha determinación: voy a encontrar un gremio que me entrene.

Markus no quería que nadie descubriera lo que soy, pero ahora que todos me han visto luchar contra una quimera ya no hay nada que me impida perseguir mi destino. Conseguiré que un buen gremio me acepte, me formaré y haré que mi padrastro no tenga que preocuparse más por mí. Hasta ahora he desperdiciado mi don, pero le demostraré lo valiosa que soy y que puedo aportarle algo al reino de Plumeria, a la ciudad de Dalia...

Rebusco en mi armario y me pongo una de las túnicas cómodas que uso para practicar mis bailes, cruzada en el pecho, con un cinturón que la ata y unas mallas debajo. Me calzo unas botas mucho más cómodas que los zapatos que llevé ayer y salgo de casa por la ventana.

No quiero que nadie me detenga.

Debo andar durante bastante tiempo porque no hay gremios en esta zona de la ciudad. Pido indicaciones cuando llego al puerto y a

las calles abarrotadas de quienes han venido a hacer negocios, y todos me conducen al centro: aún más lleno de gente, tiendas de grageas de lujo, boutiques y armerías. Paso por delante de un escaparate donde exhiben grageas relucientes, cada una sobre un pequeño cojín. Deben de costar una fortuna.

— Creo que ahora deberías esconderte — le digo a Destructor cuando nos estamos acercando.

En su forma de quimera, las personas sin el don no pueden verlo, pero voy a entrar en gremios repletos de mataquimeras y no queremos tentar a la suerte. Él parece entenderlo. Me dedica un maullido muy suave y desaparece brincando hacia uno de los callejones que llevan al puerto. Seguramente vaya a darse un festín de pescado.

Junto al ayuntamiento, está el edificio del gremio más prestigioso de Dalia y uno de los mejores de todo el reino de Plumeria. Parece un pequeño palacio, con sus tres altos pisos, sus ventanas de cristaleras hermosas y sus torres. Sobre la más alta de ellas destaca su escudo: una corona rodeada de pequeñas flores de romero.

Es el gremio Rosmarina.

— Eh, chiquilla, ¿qué haces aquí parada? ¿Tienes un encargo?

La voz de una mujer hace que me sobresalte. Me giro hacia ella con una mano en el pecho y debe de darse cuenta de que me ha asustado, porque sonríe un poco. Odio estar dando una imagen tan pésima nada más empezar. Me cuadro un poco y carraspeo.

— Me llamo Annie y, en realidad, vengo a pedir trabajo.

La mujer, que es joven y guapa a pesar de la cicatriz que tiene en el labio inferior, ensancha su sonrisa.

— Claro, pasa. Te presentaré al maestro.

Parpadeo, sorprendida por lo fácil que me ha resultado, y me dejo conducir cuando pone una mano en mi espalda y me guía adentro.

El interior del Rosmarina es tan lujoso como se esperaría del gremio número uno de la ciudad: techos altos, un mostrador donde varias personas trabajan atendiendo a los clientes, cuadros de los mataquimeras más famosos del gremio... Tras subir unas escaleras amplias, de suelos pulidos y brillantes, la mujer me lleva a un despacho y llama a la puerta.

— Maestro Conrad, esta chica busca trabajo — anuncia.

Al otro lado de un escritorio enorme, la luz que entra por el gran ventanal a su espalda recorta la figura esbelta de un hombre mayor. Tiene el pelo completamente cano, lustroso y bien peinado hacia atrás. Está sentado, pero parece alto y espigado, delgado como un junco. El rostro armónico, lleno de arrugas, debió de ser muy atractivo hace años.

— Buenos días, señorita. ¿Viene por la vacante en la cocina o por la de doncella?

Abro la boca, pero no encuentro las palabras enseguida y él arquea las cejas.

— De hecho, quiero trabajar como mataquimeras.

La chica que me ha traído carraspea, como si se disculpara con el maestro, y desaparece sin murmurar palabra cuando este le dedica una mirada interrogante.

—¿No es un poco mayor para haber descubierto sus poderes ahora? Sin la visión, no puedo entrenarla.

Tiene razón. A los mataquimeras los entrenan desde que son niños. Yo no he tenido esa oportunidad porque Markus me ha hecho esconderme durante todo este tiempo.

— Tengo la visión.

— Entonces ¿viene de otro gremio?

— No, señor. Este sería el primero.

El maestro se pone de pie y se acerca despacio a mí mientras me

evalúa. De pronto, me siento muy expuesta.

—¿Tiene experiencia?

Pienso rápido.

— Ayer maté a una quimera en el Palacio de las Magnolias, señor. Probablemente de clase D, o C. No lo sé. Parecía un chacal con piel de reptil. Tenía cola y...

— Sí, sí... Sé a qué quimera se refiere — me interrumpe y se cruza de brazos mientras ladea la cabeza, sin dejar de mirarme —. Tenía amigos allí que me contaron lo ocurrido. Así que fue usted, ¿eh? Una pequeña heroína tardía. ¿Cómo es que no se ha entrenado hasta ahora?

Trago saliva.

— No ha surgido la ocasión...

Conrad frunce el ceño. Se nota que quiere preguntar más; tiene curiosidad. Pero no lo hace. En su lugar, da una sonora palmada y esboza una sonrisa templada.

— De acuerdo. Venga, le enseñaré el gremio para que usted misma decida si encaja en él. Supongo que habrá visitado otros establecimientos, ¿no?

No, pero ahora lo haré.

— Sí... — miento —. Estoy... valorando opciones.

Conrad se ríe.

— Bien, bien... Eso es bueno. Por aquí, señorita...

— Annie.

— Annie — repite y me hace salir del despacho para conducirme por un pasillo de cuyas paredes cuelgan retratos, más pequeños que los del vestíbulo, pero igual de elegantes —. Le contaré cómo funcionamos mientras vemos el lugar. En este piso está el despacho que acaba de ver, la enfermería, que siempre cuenta con sanadores particulares, la biblioteca para el estudio, el laboratorio de los

químicos que investigan las grageas...

Una a una el maestro Conrad me muestra esas estancias. Pasamos de puntillas, sin detenernos mucho: apenas un vistazo a los sanadores ocupados, a las estanterías abarrotadas de libros y a los químicos con sus batas blancas.

— En el piso superior a este, junto con los dormitorios, hay varias salas de descanso en las que los mataquimeras pueden relajarse — me dice, pero no subimos —. No se las enseñaré, lo interesante está en el piso inferior.

Por fin nos detenemos en una pasarela que bordea una gran sala de entrenamiento... No. Una no: son varias salas, todas ellas separadas por paredes. A primera vista parece una sola porque los techos son de cristal, para que desde arriba se pueda contemplar lo que ocurre abajo. Y empezamos a bordearlas: una clase donde un profesor imparte una lección, un cuarto en el que varias parejas se entrenan en la lucha cuerpo a cuerpo, un sector donde los alumnos prueban su puntería con el arco, una armería en la que cada cual practica con algo diferente...

Esto es inmenso y por todas partes hay mataquimeras extraordinarios.

— Como puede ver, tenemos un sólido programa de entrenamiento con una formación básica de cuatro años: durante el primero solo se entrenará y estudiará, no cumplirá misiones, pero en el segundo empezará las prácticas.

El maestro se detiene frente a una sala cuyas paredes son mucho más gruesas. Distingo los habitáculos y luego me doy cuenta de los barrotes de metal.

—¿Eso son...?

— Quimeras. — Sonríe él, con las manos entrelazadas con aspecto tranquilo a la espalda —. Tenemos varias encerradas para practicar;

con el beneplácito de la reina, por supuesto. Todo es legal.

Una quimera con el pelaje veteado y un hocico chato camina en círculos en su jaula. Otra más pequeña, parecida a alguna clase de mono, si los monos tuvieran varias colas, se ha encaramado a los barrotes y parece gruñir a uno de los guardias que vigilan la entrada. El maestro Conrad echa a andar de nuevo y tengo que seguirlo antes de poder fijarme mejor.

— En tercero tendrá un tutor que la acompañará en sus misiones. Entre ellos, nos enorgullece contar con algunos de los más prestigiosos mataquimeras del reino. Algunos de los campeones de los Juegos Quiméricos trabajan con nosotros.

—¿De verdad?

Los Juegos Quiméricos se celebran cada año en Freesia, la capital del reino. Los preside la reina y es la Corona la que entrega los premios: mucho dinero, grageas increíbles y, sobre todo, prestigio. Yo nunca he podido verlos, pero las hazañas de los participantes dan la vuelta al continente cada año.

— Sí — asiente con orgullo —. Preparamos bien a nuestros mataquimeras y es de esperar que todos los años alguno llegue a la final. Bien. Sigamos: en cuarto cumplirá su primera misión en solitario para graduarse. Si lo consigue satisfactoriamente, le asignarán misiones menores empezando por enfrentarse a quimeras de clase E e irá subiendo de nivel hasta alcanzar la excelencia. Como sabrá, muchos de los mataquimeras de clase A y B de Dalia pertenecen al Rosmarina.

No necesito verme la cara para saber que me brillan los ojos y procuro calmarme para no parecer demasiado ansiosa.

Cuando acaba las explicaciones, el maestro me acompaña al piso inferior y le pide a uno de sus mataquimeras que me enseñe las instalaciones más de cerca: todas son tan impresionantes como me

lo habían parecido desde lejos.

— No acostumbramos a aceptar a alumnos tan mayores que no han recibido entrenamiento de ninguna clase — me hace saber el maestro Conrad cuando me llevan de vuelta a su despacho —. Sin embargo, dada su actuación en el Palacio de las Magnolias, tiene usted una plaza en mi gremio, si así lo desea. Piénselo.

— Gr... gracias, señor.

Tengo que contenerme para no decirle en ese mismo momento que acepto y me marcho después de darle las gracias de nuevo.

Cuando salgo, Destructor me está esperando en el tejado del ayuntamiento. Se une a mí enseguida y se asegura de que no hay nadie cerca que pueda verlo; pero le pido que se esconda de nuevo cuando llegamos a otro gremio.

El segundo que visito es el Crinum.

El aspecto tosco y frío del edificio encaja bien con un emblema bastante espeluznante: una cara horrible con una sonrisa dentada. Estoy a punto de darme la vuelta para marcharme cuando una voz a mi espalda me sobresalta.

—¿Buscas a alguien?

La chica debe de ser unos años mayor que yo. Es apenas un poco más alta y delgada. Viste de negro de los pies a la cabeza y va armada hasta los dientes: puñales, dagas, una lanza en la mano derecha y algo extraño, afilado y curvo que ni siquiera sé qué es.

Carraspeo.

— Bueno, en realidad... Venía a ofrecer mis servicios como mataquimeras.

La joven me mira y parpadea, pero luego ablanda la expresión y me dedica una sonrisa que no le pega en absoluto.

—¡Claro! — Incluso la voz la tiene suave y cantarina —. Me llamo Violett. Te enseñaré esto.

—¿Tú puedes... enseñármelo?

—¡Sí! Ven. — Me adelanta con dos largas zancadas y me conduce a través del vestíbulo —. Todo el que quiera puede trabajar aquí.

—¿De verdad?

Nadie nos presta atención; tampoco a ella, que a juzgar por las manchas verdosas en el acero de su lanza ha vuelto de una misión.

— Sí. El Crinum funciona con un sistema de puntos y privilegios. Todo el mundo tiene derecho a demostrar que vale. Suelen dar un mes de prueba.

Trago saliva. Un mes no parece mucho tiempo...

—¿Y tú cómo te llamas? — inquiere. Tiene ojos amables, almendrados y verdes.

— Annie.

Violett me muestra todo con amabilidad. El sitio no es tan grande como Rosmarina y da la impresión de ser más... oscuro. Casi todas las puertas están cerradas, hay pocas ventanas y la gente nos ignora hasta que alguien choca con la chica y esta le grita.

Creo que ha sido a propósito.

— En fin, espero que te decidas pronto — me dice al acabar de enseñarme el lugar —. No hay muchas chicas de mi edad por aquí.

Echa un vistazo al interior. Lleva el pelo negro recogido en una trenza que se mueve cuando sacude la cabeza.

— Me ha encantado conocerte, Violett — le digo, porque es verdad. No conocía a ninguna mataquimeras tan joven —. Gracias por todo.

El resto de la mañana y parte de la tarde la paso así, visitando los gremios más importantes de la ciudad. Ni siquiera había considerado que tuviera más de una opción; pero así es. Todos están deseando incorporar a una nueva aprendiz. Muchos han oído hablar de la bailarina que ayer se enfrentó a una quimera y descubro que me

quieren en varios sitios.

El camino de regreso a casa, cuando ya ha anochecido, lo paso pensando en mis opciones.

El gremio Aster tiene una flor y dos dagas cruzadas en el emblema, está especializado en quimeras de clase A y B, y tienen un buen programa con mentores y equipos grandes donde podría aprender estando bien protegida.

El Liatris es el segundo mejor gremio de Dalia, según me han dicho: tiene una fuerte disciplina y muchos entrenamientos obligatorios incluso para sus mejores mataquimeras. También usan un sistema de recompensas para conseguir misiones, pero no parece tan exigente como el Crinum. Su escudo es el rostro de un tigre y una flor como la que le da nombre: una liatris.

Y el Crinum... Bueno, Violett me ha parecido encantadora, pero no sé si encajo con el espíritu del gremio, tan independiente y competitivo. Ya me lo ha dejado claro: a quien no rinde lo ponen de patitas en la calle.

Creo que el que más me ha gustado ha sido el primero: el Rosmarina, el más elegante y refinado, el más preparado.

Para cuando llego a casa, me ruge el estómago. La emoción ha hecho que me olvide de comer, pero ahora tampoco es lo que más me importa: solo quiero darle la noticia a Markus. A fin de cuentas..., alguien tendrá que pagar mi formación en el gremio.

Destructor viene conmigo en su forma de quimera, brillante y casi traslúcida. Como, aparte de mí, no hay nadie en la casa con el don de la visión, se pasea entre mis piernas tranquilamente. Llamo a la puerta del despacho de mi padrastro y solo entro cuando él me da permiso.

No alza la cabeza enseguida. Está enfrascado en algún libro de contabilidad. Me di cuenta hace tiempo: desde que mamá no está

tarda más en percatarse de que alguien lo llama o lo interrumpe. Se pasa horas enteras encerrado en su despacho y a veces, si yo no lo visito, podemos pasar días enteros sin vernos.

— Annie — me saluda con tono neutro —. ¿Qué quieres? ¿Has tenido tiempo para reflexionar?

Me retuerzo los dedos tras la espalda.

— Sí, y quería comentarte una idea. He estado en la ciudad y...

—¿En la ciudad? — Aparta a un lado el libro. Deja la pluma en la mesa —. ¿Has estado en el centro después de lo que pasó ayer? Tu doncella me ha dicho que no has salido de tu cuarto. Creía que habrías estado pensando en tus actos.

Abro la boca. Las palabras se me atragantan, pero me obligo a ser valiente y directa.

— Sí. He ido a visitar los gremios de Dalia y resulta que me quieren en los mejores. He estado valorando los programas de todos ellos y...

—¡Basta! — me interrumpe, alzando el tono de voz —. Creía que estarías arrepentida y avergonzada. El escándalo al que nos has expuesto, a mí, a tu madre...

— Mi madre nunca se avergonzó de lo que yo era. — Esta vez soy yo quien lo corta, pero mi voz no sale ni tan grave ni tan serena —. Y yo no voy a hacerlo.

— Annie... — Se frota los ojos y sacude la cabeza.

Lo hace mucho últimamente, como si no terminara de encontrar las palabras para decirme el desastre que soy, la decepción que supongo para él... Y todas y cada una de las veces duele.

— Quiero formarme. Quiero trabajar como mataquimeras. He nacido con un don muy valioso y...

—¡No es un don! — grita —. Es una condena con la que tú, por tu posición, no tienes por qué cargar. La gente olvidará lo de ayer con

el tiempo y podrás acabar tus estudios desde casa. Limitaremos tus salidas sociales y cuando estés lista heredarás mis negocios y trabajarás en algo digno de tu estatus.

— No... — murmuro —. No quiero esconderme. No quiero ser una cobarde. ¿De qué sirve nacer con el don si no lo voy a usar para ayudar a los demás? Es un desperdicio, es darle la espalda a toda la gente que no tiene la visión... Quiero que todos sepan que tengo el don y que puedo usarlo; que soy capaz de hacer cosas importantes...

—¡¿Te refieres a subirte a lámparas y perder zapatos por ahí?! ¡No! ¡Ni hablar! No harás tal cosa. Una hija mía no se rebajará a eso.

—¡No soy tu hija! — grito, y las palabras me arden en la garganta. Markus se queda completamente quieto. No dice nada, pero el silencio es peor que cualquier cosa que pueda decir; porque me demuestra que tengo razón —. Es más que evidente.

Él se casó con mi madre porque la amaba; no me quería a mí, yo fui un extra no deseado... y, cuando mi madre nos dejó, tuvo que cargar conmigo.

Aprieta los nudillos sobre el escritorio y, al fin, levanta el mentón cuando responde:

— Puede que tengas razón.

Siento un mazazo en el pecho. Sé que soy yo quien lo ha dicho primero, pero oírselo a él es distinto. Me doy la vuelta y salgo corriendo para que no me vea llorar. Destructor me sigue sin perder un segundo, siempre a mi lado, siempre presente. No se detiene hasta que yo lo hago, ya en mi cuarto, y, después de restregar su cabecita contra mi mano, se queda mirándome largo y tendido.

— Vamos a hacer las maletas — le digo —. Nos vamos de aquí.



4

Kian

Ayer le di la gragea de la quimera chacal a Brita, la química del gremio, y, mientras hacía pruebas para averiguar qué poder me concederá, fui a la ciudad a buscar a la chica del Palacio de las Magnolias. Había pasado la noche en vela pensando en sus movimientos silenciosos sobre las tablas de la bóveda, en los pasos de baile que parecían una lucha y en sus gestos al pelear, que eran como un baile.

Entré en varios de los gremios del centro, pero no me hicieron mucho caso. En el Aster se rieron de mí. En el Rosmarina me conocían y no se dignaron a atenderme. Así que perdí mi tarde.

Y no encontré a la chica.

Ahora el abanico destrozado espera en la cómoda de mi cuarto a su dueña.

Hoy me levanto también temprano y me acuerdo de ella mientras me curo la herida que la quimera me hizo en los nudillos. Brita, que a veces hace de sanadora, dijo que mientras la mantenga limpia estará bien. Después se quejó de que el maestro no contrate a una sanadora de verdad y se alejó refunfuñando de vuelta con sus

probetas y sus tablas de cálculo.

Cuando me vendo hoy la mano pienso que, sin la chica, la herida habría sido mucho peor; quizá mortal. Luego me paso por el laboratorio del gremio y Brita me explica con todo lujo de detalles cómo funcionará la gragea, feliz de poder hacer su trabajo. Al saberlo, decido buscar al maestro Mael. No está en el gremio, pero sé dónde encontrarlo.

Doy con él en el mismo lugar que otras veces, subiendo una colina tras el barrio, en la punta de un acantilado que da al mar de Dalia. Pasa horas aquí arriba él solo. Se sienta en una piedra y contempla el mar. Muchos en el gremio creen que espera a que Rilia regrese para plantarle cara una vez más, aunque él nunca ha dicho nada al respecto.

Hoy no está sentado. Se encuentra de pie cuando llego al final del camino y los engranajes de la prótesis de su pierna izquierda chirrían al girarse hacia mí.

No me saluda. Espera a que sea yo quien llegue a su lado.

El maestro es bajito. A mis trece años, ya soy más alto que él; pero lo que le falta en altura le sobra en fuerza, en habilidad, en destreza... Es y será siempre uno de los mejores mataquimeras del reino, y es mi maestro.

—¿A qué vienes siempre aquí? — le pregunto.

Él sonríe de esa forma amable, tranquila. Se recoloca la capa que le cubre los hombros con su única mano y me mira.

—¿Es que no te han enseñado modales, chico? — replica con tono duro.

— Esperaba que mi maestro lo hiciera, pero tampoco él los tiene.

— Ah, basurilla deslenguado...

Me entra la risa y él no puede contenerla tampoco, pero su expresión se oscurece un poco cuando vuelve la mirada al mar.

— Rilia estuvo en las costas de Dalia durante ciento ochenta y siete días. Iba y venía, se perdía en el mar y algunas mañanas solo descansaba en la orilla, sin adentrarse en el puerto ni en la ciudad; pero siempre estábamos alerta, siempre teníamos miedo...

Trago saliva.

No puedo imaginar lo que debieron de sentir con una quimera tan grande que ocupaba una playa entera, sin saber si ese día atacaría o si tendrían paz. Cuánta gente se marcharía, cuántos se quedarían aun a riesgo de perder la vida...

El viento agita su barba cana, tan blanca como el poco cabello que le queda alrededor de la nuca. Es alucinante la cantidad de pelo que tiene en la barba y lo poco que le queda en la cabeza.

—¿Alguna vez vas a contarme cómo fue derrotarlo?

— No lo derrotamos. Solo lo asustamos — replica. Lo dice como si hubieran perdido, pero expulsar a una quimera de clase S es algo que nadie más ha sido capaz de hacer jamás —. No pudieron con Galial hace quinientos años, ni con las otras quimeras de clase S antes que ella. Contra las Invictas, lo único que se puede hacer es intentar sobrevivir.

Aún vive la generación que sufrió a Rilia, pero de Galial solo sabemos lo que nos cuentan las crónicas y, si les hacemos caso, era tan grande como una montaña y tan temible como un dragón de granito. Su aliento helado significaba la muerte.

Rilia, el monstruo que aguarda bajo el mar.

Galial, el dragón que duerme bajo una montaña.

Antes de ellos, hubo otras tres quimeras de clase S, que se sepa: Suria, el pájaro de fuego; Set, la bestia sangrienta; Árifen, el coloso. Pero ha pasado tanto tiempo que lo que cuentan sobre ellas se acerca más a las leyendas y a las pesadillas que a la realidad. No obstante, si fueron como Rilia, el maestro tiene razón en una cosa:

la gente solo podía intentar sobrevivir.

— Vamos, chico. Volvamos al gremio — me dice, arrancándome de mis pensamientos.

Coge el bastón que había apoyado en la roca y se pone en marcha antes de que llegue a su lado. Tengo que apresurarme para que no me deje atrás.

Supongo que hoy tampoco va a contármelo. Rilia devoró su brazo derecho y su pierna izquierda. No sé exactamente cuántos años tenía, pero fue hace mucho, así que debía de ser muy joven.

— Maestro.

—¿Sí?

— Brita ya me ha dicho cómo funcionará la gragea que conseguí con la quimera chacal.

Brita no es tan rápida como los químicos de la ciudad, y a veces se equivoca, pero es gratis.

—¿Y bien?

— Todo el que me toque después de tomarla será envenenado gravemente — respondo.

Ya se ve la silueta del gremio: la piedra de la fachada, las plantas que llenan los balcones, la hiedra trepadera que ha tomado las paredes y sus torreones torcidos, apenas un poco más altos que el resto de la construcción.

— No parece una gragea muy útil para luchar. Deberías venderla — observa —. Te darán una buena suma.

Me pongo corriendo frente a él, obligándolo a detenerse de golpe, y chasquea la lengua.

— En realidad, sí que es útil para alguien como yo, que tiene que pelear a distancia con el arco. Si la quimera se acerca, estaré protegido, porque en cuanto me toque...

—¿Cuánto tiempo tardará en hacer efecto el veneno?

— Eh...

—¿Cuál será el efecto? ¿Parálisis, muerte... o tal vez una simple indigestión?

— Pues...

— Ya. — El maestro me aparta con el bastón y sigue bajando la colina hasta que accede al camino empedrado que lleva a la entrada del gremio.

— Pero maestro...

— No es una gragea útil, Kian. Véndela y cómprate una mejor: equilibrio, precisión, fuerza... Cualquiera te ayudará más.

Pienso en la chica del Palacio de las Magnolias. Dijo que no había tomado una gragea para el equilibrio y un pensamiento fugaz me asalta: ¿de qué sería capaz ella con una gragea así? Si tuviera a alguien como ella de compañera... Sacudo la cabeza, porque eso no viene a cuento.

— Ese es el tema: no quiero una mejor. Quiero usar esta con misiones más importantes.

El maestro me contempla con fijeza. Tiene las cejas pobladas y espesas cuando frunce el ceño. Intento que se detenga, pero esta vez me rodea cuando le corto el paso y sigue avanzando hacia la entrada: la puerta de madera de doble hoja que siempre está abierta para todo el que lo necesite.

Igual que un día estuvo abierta para mí.

— Ya lo hemos hablado, Kian. Mientras sigas siendo arquero, necesitas a un compañero que te cubra las espaldas en las distancias cortas. O cambias de arma o buscas a alguien dispuesto a...

Deja la frase a la mitad cuando algo sale volando en dirección a su brillante cabeza. Se agacha para esquivarlo, pero se pone en pie tan rápido que apenas me da tiempo a verlo. La empuñadura

desgastada de una espada cae al suelo.

—¡¿Qué es esto?! — exclama, pero creo que nadie más lo oye, porque dentro también gritan.

Las puertas abiertas dan a un interior caótico. Sillas y otros objetos vuelan por el aire; nuestro administrador se oculta tras el mostrador; Tasso está subido a una mesa y provoca a otros dos mataquimeras que enseguida aceptan el desafío: intentan levantar esa misma mesa con él encima; dos miembros del gremio han hecho una barricada con varias sillas y se ocultan detrás mientras lanzan todo lo que pillan al otro lado, donde otros tres tratan de esquivar los proyectiles y avanzan espada en mano.

En el centro, mi amiga Diara se ha encarado a un tipo que le saca dos cabezas y varios años. Ambos están discutiendo a voz en grito. Y Brita, nuestra química, está escondida en una esquina de las escaleras que llevan al segundo piso.

El maestro da un paso adelante.

—¡Alto!

Todos lo ignoran. Nadie lo escucha.

—¡¿Qué demonios creéis que estáis haciendo en mi gremio?! — grita entonces, mucho más alto y con voz grave y serena.

En cuanto lo reconocen, es instantáneo: todos se detienen.

Cesan los proyectiles. Diara termina su discusión. Los otros miembros dan un paso atrás y después otro. El administrador sale de su escondrijo y Tasso y los demás dejan la mesa que iban a lanzar por los aires en el suelo. Durante un segundo me pregunto si el gremio de la chica del baile se parecerá en algo a este... Si es que tiene gremio.

Observo al maestro en la entrada, su prótesis en la pierna izquierda y el hueco que queda donde estuvo su brazo, en el lado derecho; sus mataquimeras dentro; el ambiente revuelto; las mesas

patas arriba; todo tirado por el suelo... Y, sobre la puerta, el emblema del gremio Lilium: el dragón y los lirios. Este es nuestro hogar y es increíblemente divertido.

El maestro parece bastante mosqueado, así que procuro que no me vea sonreír.

—¿Es que nadie tiene valor para responder? ¿Qué diablos estabais haciendo?

Tasso intenta escabullirse.

—¡Quieto ahí! No quiero que nadie se marche hasta que ordenéis todo esto. Tasso, levanta esas mesas; vosotros, poned las sillas en su sitio... ¡¿Qué es eso que estoy viendo en el suelo?! ¡¿Son armas de nuestra armería?!

Todos se ponen manos a la obra mientras él murmura palabrotas. Luego me escuchará repetirlas, se sorprenderá y me preguntará dónde las he aprendido.

Me acerco despacio.

— Maestro, déjame cumplir con una misión mayor — le digo, aunque quizá no sea un buen momento —. La última quimera de clase D fue bastante difícil y pude hacerlo. Estoy preparado para una misión de clase C, ¡lo sé!

Él apoya el bastón contra su cuerpo y solo entonces tiene la mano libre para frotarse los ojos. No sé si está agotado por mi culpa o por la del resto. Nadie se atreve ahora a decir nada. Trabajan en silencio como el gremio más diligente de todos.

— Encuentra a un compañero o entrénate con otra arma, no hay más que hablar — declara.

Y echa a andar.

Aprieto los nudillos.

— Maestro...

— No hay mayor deshonra para un mataquimeras que morir

joven — me dice, muy despacio, como si quisiera que cada palabra me calara hondo —. Tu don es tu deber. Ser imprudente no te abrirá más puertas. Tu responsabilidad es crecer y formarte adecuadamente para que al final de tu larga larga vida hayas salvado a tantos como para no preguntarte si pudiste hacerlo mejor.

Su rostro se contrae cuando dice esto último y me pregunto si a él le pesará alguna muerte.

— Lo entiendo, pero...

— Es mi última palabra, Kian.

Y se larga escaleras arriba, con la capa ondeando a su espalda y la prótesis chirriando a cada escalón.

— Yo que tú empezaría a entrenar con la espada — me dice Diara.

Carga con una mesa y va acompañada del mismo tipo con el que discutía.

— No me gustan las espadas.

Mi amiga Diara tiene dos años más que yo, cumplió quince hace poco y con cada año tiene peores pulgas. Por eso discute tanto con todos, aunque luego se le pasa enseguida. Tiene el pelo rubio y muy claro cortado a la altura de la mandíbula. Ella sí que es buena manejando la espada; es su especialidad.

— Busca otra cosa que sí te guste — contesta mientras recoloca la mesa en el suelo.

— Me gusta mi arco y soy bastante bueno. Tienes que reconocérmelo.

Diara arquea una ceja. Sus ojos azules me observan con cuidado, intuyendo que no he terminado.

—¿Por qué no vamos juntos a otra misión de clase C?

Intento poner mi mejor sonrisa, la de chico bueno, la que hace que en los puestos del mercado me den pedazos de pan recién hecho gratis y que Brita cumpla mis encargos más rápido que los de

otros.

— Oh, no. No. No. No. — Se yergue cuando acaba de colocar la mesa y pone los brazos en jarras —. Ya intentamos cumplir juntos una misión. Una de clase D, ¿te acuerdas?

— Vagamente... — Me froto la nuca —. He cambiado mucho desde entonces, he mejorado mi destreza, y yo...

—¡Tu destreza no fue un problema! — exclama —. Teníamos un plan perfecto, pero olvidaste nuestra bolsa con grageas y todo se fue al traste.

— La improvisación es fuente de progreso — replico.

—¡Por lo menos a ti no te envenenó! — grita Tasso, sin dejar de recoger lo que han tirado por el suelo.

Estupendo. Ahora la conversación es pública.

— No te envenené — protesto —. Me confundí un poco con la gragea y no te di la que me pediste. ¿Cómo iba a saber...?

—¿Que saldría volando? ¿Sabes cuánto tiempo estuve sin poder bajar de ese árbol?

Abro la boca para responder, pero entonces alguien más se me adelanta.

— Conmigo no tuvo problemas con las grageas.

Es Bruno, otro de los mataquimeras de Lilium, grande como un buey, pero hábil con su maza.

— Gracias... — empiezo, pero no llego a terminar.

— Cumplimos la misión y luego prendió fuego al salón de nuestro contratador. ¡Perdimos el triple de lo que habíamos ganado pagando las reparaciones!

Oigo risas maliciosas. Me cruzo de brazos.

—¿Habéis terminado?

— No, qué va — dice Tasso, muerto de la risa —. Brita, ¿no hizo explotar tu laboratorio?

La mujer asiente.

— Además de todos mis experimentos, perdí cinco grageas muy valiosas.

Esta vez, no son tantos los que se ríen. Brita sacude la cabeza.

— Olvídate de un compañero — me dice Diara, tan directa como siempre ha sido —. Al menos, por ahora, tendrás que luchar solo, porque no eres de fiar. Así que, si quieres avanzar y subir de categoría..., tendrás que aprender a luchar con espada, lanza o cuchillos...

No contesto. No tengo ganas de decir nada porque sé que en el fondo todos tienen razón. Aunque me hayan perdonado y se rían, soy un desastre y por eso estoy solo. Subo las mismas escaleras que ha subido antes el maestro y me siento en una esquina de la pasarela que bordea el gremio. Esta es mi casa, pero incluso aquí no encajo del todo. No es culpa de Lilium. Y tampoco de mis compañeros. Ellos me han dado bastantes oportunidades.

Seguro que esa chica del Palacio no tiene que enfrentarse a estos problemas. No la conozco, pero vi suficiente como para saber que es lista y valiente, y que cualquiera de sus compañeros querrá hacer equipo con ella..., aunque tal vez no lo necesite.

Me llevo la mano al cuello y mis dedos encuentran rápido la cuerda de la que siempre tiro cuando me siento así. De ella pende un colgante dorado con forma de una media luna rodeada de nubes y estrellas. Le doy la vuelta y paso la yema del pulgar por la inscripción:

Kian, que la ausencia del sol no te impida apreciar la belleza de las estrellas.
Mamá

Es lo único que conservo de mi madre, aunque no recuerdo

cuándo me lo dio. De ella solo me queda el recuerdo de su pelo dorado al sol, como el mío, y de sus labios bonitos en una sonrisa amable... No sé cómo eran ni su voz ni sus ojos y no llegué a conocer su nombre.

Siento una punzada en el pecho y vuelvo a guardar el colgante bajo la camisa enseguida. Me paso la mano por la cara húmeda y luego por el pelo. E intento no pensar mucho en que ninguno de mis amigos quiera ser mi compañero.

Tal vez sea mejor así. Tal vez no me merezca un compañero.



5

Annie

El plan era sencillo: tomar una bolsa con algo de ropa y poco más y marcharme de casa con Destructor. Trabajaría para el Rosmarina, el gremio que más me había gustado de todos los que me habían aceptado. Pediría un préstamo o un adelanto o algo así. He leído que los gremios a veces aceptan a alumnos prometedores sin recursos. Al principio me quedaría allí, en uno de los cuartos para mataquimeras, y, cuando empezara a ganar dinero de verdad, me pagaría una habitación en el centro.

Pero el Rosmarina me ha cerrado la puerta en las narices, también el Aster, el Liatris e incluso el Crinum. Todos me han rechazado porque han recibido la misma misiva enviada por mi padrastro: un retrato de mi cara y la amenaza violenta de acabar con su negocio si me aceptaban como mataquimeras.

Me arden los ojos y la garganta por la rabia. Pero no pienso llorar.

Destructor se frota contra mi cara.

Bueno, igual sí que lloro un poquito.

Me he sentado en el escalón de una calle estrecha y Destructor

me mira con atención, dispuesto a volver a frotarse contra mí si no espabilo. Sus orejas grandes y desproporcionadas se mueven adelante y atrás.

Me pongo de pie.

Todavía hay un gremio que no he visitado.

Aún recuerdo el emblema que aquel chico del Palacio de las Magnolias llevaba cosido en la túnica: un dragón rodeado de flores.

Y estoy segura de que ninguno de los gremios que visité ayer lo tenía.

Así que pregunto.

No me gustan demasiado las respuestas, las cejas arqueadas, las sonrisillas incrédulas... Me ponen nerviosa.

— Es el gremio Lilium — me dice la mujer de un puesto de grageas —. Pero es mejor que no te acerques por ahí, niña. Busca otro gremio que cumpla con tu misión. Ese solo es para las causas perdidas.

Un poco inquieta, sigo las indicaciones que me dan y ya a las afueras de la ciudad, justo en los últimos barrios antes de las colinas que llevan a los acantilados sobre el mar, distingo su silueta.

Un camino de piedras lleva hasta la entrada de un edificio robusto de dos pisos con torreones. El escudo de un dragón rodeado de flores sobre la puerta de la entrada me demuestra que no me he equivocado.

Esta es mi última oportunidad.

Si no me aceptan, si mi padrastro ha mandado también aquí las misivas con sus amenazas, no me quedará más remedio que volver a casa con el rabo entre las piernas.

Destructor sale corriendo en cuanto yo me detengo. Agarro fuerte mi bolsa de viaje, me aliso la tela de la túnica e intento estirarme para dar una buena primera impresión. Repito mentalmente las

mismas palabras, el mismo discurso para que me acepten... Cuando me acerco más, sin embargo, se me olvida todo de golpe.

Una chica que cargaba con una mesa acaba de dejarla caer para encararse con el que la ayudaba a moverla. Otros dos muchachos se han detenido también para corear y animarlos a una pelea. Alguien tira algo contra la puerta y yo me agacho por inercia, aunque impacta lejos. Una mujer corre a esconderse, otro chico se sube a una mesa para gritarles desde ahí que intenten moverlo...

—¡¿Es que antes no me habéis oído?! — brama una voz desde lo alto de una pasarela que bordea el vestíbulo —. ¡Recoged ahora mismo! ¡Diara, si sigues así te castigaré sin misiones durante un mes!

Una chica de pelo rubio se da por aludida. Tenía agarrado a un tipo bastante más alto que ella de las solapas de la camisa, pero lo suelta en cuanto escucha la advertencia.

Miro de nuevo a ese hombre en la pasarela. Un único brazo asoma bajo la capa. Tiene la barba larga, bien cuidada y canosa, y unas cejas espesas que hacen juego con ella. Sus ojos almendrados y castaños contemplan con severidad a quienes están en la primera planta y antes de que me vean doy media vuelta.

Ya he dado un paso en la dirección contraria cuando un grito me hace dar un respingo.

—¡Eh!

Intento ignorarlo y me alejo más rápido.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Es la chica del otro día! ¡La chica del Palacio!

Oh, no...

—¡Espera!

Me detengo a unos metros de la entrada, cuando es imposible fingir que no oigo los pasos que se acercan apresuradamente. Me giro hacia quien me llama, en tensión, y, entonces, me doy cuenta

de que conozco a este chico.

El pelo rubio y despeinado, la sonrisa brillante, los ojos amables...

¡Es el chico con el que derroté a la quimera!

— Tú... — se me escapa.

Él me devuelve una sonrisa radiante.

— Yo — contesta, y se lleva la mano al pecho —. ¡Te he estado buscando!

—¿A mí? — Parpadeo, confundida —. ¿Por qué?

Abre la boca enseguida para responder, pero parece arrepentirse. La cierra, mira atrás, a donde los mataquimeras de Lilium nos observan.

Me pongo un poco nerviosa. Todos me han visto acercarme e intentar escabullirme después, y no creo que eso cuente como una buena carta de presentación.

— Bueno, es que... quería saber... — empieza —. No sabía cómo... Es que te fuiste sin que pudiera darte las gracias.

— Oh. — Me aparto un mechón del rostro —. Yo también debería darte las gracias a ti.

— Fue divertido, ¿no?

Arqueo las cejas, sorprendida por esa expresión, esa emoción en las palabras. Después de la conversación con Markus no habría esperado que aquello le pareciera divertido a nadie. Yo también sonrío.

— Sí, sí que lo fue.

—¿Qué haces aquí? ¿Tú también me buscabas?

Me sonrojo un poco sin poder evitarlo.

— En realidad, buscaba el gremio Lilium. Recordé el emblema en tu túnica y...

—¿Qué se le ofrece, señorita?

La misma voz grave que antes ha hecho que todos se detuvieran

me interrumpe ahora. Alzo la mirada y lo encuentro justo en la puerta. Detrás, varios ojos curiosos nos observan, también los de la chica rubia, que se acerca un par de pasos hasta que queda justo detrás de ese hombre.

Trago salvia.

— Vengo a pedir una audiencia con el maestro de este gremio, señor.

Sus cejas se arquean de forma graciosa.

—¿Y qué quieres pedirme?

Guardo silencio. Es él. Claro. Por eso le tienen tanto respeto.

— Quiero trabajar para el Lilium, señor.

Durante unos segundos nadie hace ni dice nada. Me estrujo los dedos y espero y espero...

—¡Claro que puedes trabajar en el Lilium! — dice el chico a mi lado —. Y este no es ningún señor.

— Kian — lo amonesta él —. Me parece que esa es una decisión que tengo que tomar yo.

Kian.

Así se llama.

No sé por qué, pero le pega.

—¿Qué hay que decidir? Es la chica del Palacio de las Magnolias. Yo la he visto pelear. ¡Es buena!

La chica tras el maestro se adelanta un poco.

— Eh, ¿no es la del retrato?

Alguien por detrás de ella asiente. Se oyen murmullos apagados. Algunos comentarios que le dan la razón.

Oh, no...

Las amenazas de Markus también han llegado a Lilium.

Me pongo roja como un tomate.

— Por favor... — suplico —. No sé qué os habrán dicho sobre mí,

pero no es verdad. Y sobre las amenazas...

— No nos importan las amenazas — me interrumpe el hombre mayor —. Soy yo quien decide quién entra en el gremio, no un empresario de la zona rica de Dalia que nunca ha pisado este barrio.

Se me iluminan los ojos.

—¿Entonces puedo...?

— No lo sé. — El maestro se da la vuelta y entra en el edificio. Kian me hace un gesto con las manos para que lo siga y yo me apresuro —. Las amenazas de ese hombre me dan igual. Nunca he hecho caso de los señoritos poderosos, y no voy a empezar a hacerlo ahora. El problema es que eres nueva y los nuevos cuestan dinero.

Apenas me da tiempo a echar un vistazo al interior. Debían de estar redecorando o algo así, porque todos están concentrados en poner mesas y sillas en su sitio.

— Yo no cuesto dinero, señor — contesto con rapidez —. Nada de nada.

Me mira por encima del hombro.

Yo lo sigo escaleras arriba. Me doy cuenta de que Kian viene tras de mí. Cada vez que lo miro, vuelve a hacerme un gesto con las manos para que siga al maestro.

— El Lilium no es un gremio muy rentable. Nos apañamos bien, pero esta temporada... — empieza y se detiene en la pasarela de arriba. Echa un vistazo a sus mataquimeras y sacude la cabeza —. Cada año debemos pagar el impuesto para conservar su emblema y su categoría de gremio oficial. De lo contrario, todas nuestras actividades se volverían ilegales y tendríamos que abandonar nuestro oficio o convertirnos en delincuentes. Y este año no hemos recaudado lo mismo que el año pasado. Tenemos que apretarnos el cinturón...

— Yo les ayudaré — le aseguro —. Es cierto que soy nueva, pero aprendo rápido. Pagaré un porcentaje alto de lo que gane con las misiones, más alto que el resto. Yo no necesito dinero. Solo quiero un sitio donde quedarme y aprender...

El maestro suspira y se da la vuelta por un pasillo largo y estrecho. Aquí no hay cuadros elegantes como en Rosmarina, la pintura de algunas esquinas está descascarillada y el suelo de madera cruje a cada paso que se da.

Me fijo en que también le falta una pierna, pero lleva una prótesis.

— Por lo que decía en la carta tu padre...

— Padrastro — lo corrijo.

El maestro abre una puerta al final. Da a una habitación pequeña, abarrotada de manuscritos pesados y polvorientos, con un escritorio de madera sobre el que apenas queda espacio.

— Por lo que decía... — continúa, y se deja caer en un sillón tras el escritorio —, eres una chica de doce años sin experiencia como mataquimeras, sin ningún tipo de preparación física...

—¡Sí que tiene preparación! — Kian está aquí, alto y nervioso a mi lado. Si no fuera imposible, diría que más nervioso que yo —. Yo la he visto luchar, maestro. Encajará bien.

El hombre lo mira con atención, como si estuviera entendiendo algo que nosotros no.

— Kian...

—¡Maestro! ¡Serías tonto si no la aceptaras!

Me quedo tiesa.

El maestro, que no parece enfadarse por el insulto, se frota los ojos con los dedos. Se queda callado mucho tiempo, tanto que creo que no va a volver a hablar, y luego suelta un sonoro suspiro.

—¿Cómo te llamas?

— Annie — respondo con rapidez.

—¿Tienes dónde quedarte, Annie?

Estoy a punto de dar un respingo.

— No, señor...

—¿Dinero con el que pagar una habitación a las afueras?

— No, señor...

Vuelve a suspirar amplia y profundamente.

—¿Por qué te has escapado de casa?

Me muerdo los labios. Creo que de mi respuesta dependerá que me quede o no, así que decido ser sincera.

—¿No era obvio por la carta que ha enviado mi padrastro?

—¿Qué hay de tu madre?

— Murió hace cuatro años. Estoy sola. Ese hombre no me acepta y yo estoy cansada de fingir ser alguien que no soy. Tengo un don. ¿No debería usarlo?

Trago saliva. Abro y cierro los dedos a ambos lados de mi cuerpo.

— Diara, la mataquimeras que has conocido ahí abajo, acaba de quedarse sin compañera de cuarto. Tiene tres años más que tú. Si acepta, podrás compartirlo con ella.

Abro mucho los ojos y la boca, y estoy a punto de ponerme a dar saltitos; pero me obligo a quedarme quieta.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! No se arrepentirá.

A mi lado, el chico está tan sonriente como yo; casi como si se estuviera conteniendo para no ponerse a saltar también.

— Espero que no... — murmura.

Me quedo quieta, esperando.

—¿Y bien? ¿Va a explicarme cómo es su programa de entrenamiento?

—¿Programa de entrenamiento? — pregunta el maestro.

—¡Sí! ¿Cómo sube de nivel un mataquimeras en el gremio? ¿De qué depende?

A Kian se le escapa una risita. Yo no lo entiendo.

— Te lo explicaré. Verás, ahí abajo tenemos un tablón donde ponemos las misiones que nos llegan. Si te interesa una que creas que puedes cumplir, solo tienes que comunicármelo. Si creo que eres capaz de hacerla, te dejaré ir. Si no, te pediré que elijas otra.

—¿Y cómo se sube de nivel?

Sus cejas se arquean tanto que parece imposible.

— Es fácil: si no mueres, asciendes. Es razonable, ¿no?

—¿No hay... entrenamientos obligatorios? ¿Prácticas?

— Solo vida real. Misiones reales con peligros reales, esa es la mejor formación. De vez en cuando los veteranos dan clases a los más jóvenes, pero... — Se inclina hacia delante —. ¿Por qué? ¿No se adapta a lo que esperabas?

— No, no... Es genial. Es... estupendo. Me encanta.

El maestro suelta una sonora carcajada.

— Creo que vas a encajar bien aquí, chica... Adelante, Kian. Enséñale todo esto. — Le hace un gesto con la mano para que salgamos de su despacho —. Yo tengo trabajo que hacer... Hablaré con Diara también...

Kian me mira y sonríe. Tiene una sonrisa amplia, bonita, y un labio superior más fino que el inferior.

Camina hacia la puerta y me tiende la mano.

Pensaba que tenía los ojos marrones, pero de cerca se aprecian vetas verdes que rodean sus pupilas como un anillo.

—¿Vamos?

Yo me apresuro a seguirlo.



6

Kian

Es ella. Y está aquí.

Lleva una túnica azul y un cinturón oscuro, y tiene el pelo suelto como aquel día en el Palacio de las Magnolias, pero mejor peinado. Supongo que luchar contra quimeras despeina un poco.

— Esta es la biblioteca — le explico, asomándonos al interior —. Nahanni es la encargada, pero no se encarga mucho.

Nahanni, que tiene la nariz metida en un viejo y polvoriento volumen, ni siquiera se ha dado cuenta de que estamos aquí. El pelo alborotado le cubre prácticamente toda la cara. No sé ni cómo puede leer.

Los libros parecen trepar por las paredes. Hay tantos que en algunas zonas ni siquiera se ven las estanterías. Junto a las ventanas, tenemos mesas de estudio que normalmente están vacías, salvo por Nahanni.

— No tenemos expertos que se dediquen exclusivamente al gremio como el Rosmarina o el Liatris — le explico —. Somos pocos y el Lilium..., bueno, ya has visto sus recursos. Así que algunos mataquimeras tienen otras tareas, como Nahanni.

Annie me sigue cuando abandonamos el torreón y después bajamos al primer piso. Lo estudia todo con atención, incluso las tablas sueltas que crujen cuando pasamos.

— Y esta sala la usamos para entrenar cuerpo a cuerpo — le explico.

Se asoma. Intenta no hacer ningún gesto, pero se queda un rato largo mirando las manchas de sangre que salpican el tatami.

— Ah, eso... Fue Diara hace un par de semanas. No hemos conseguido quitarlas.

— Mi futura compañera de cuarto.

Me entra la risa por cómo lo dice, por ese tono neutro que tanto le cuesta fingir.

— Tiene un mal genio de la leche, pero es buena. Te gustará.

Asiente. Aunque no parece muy convencida, creo que está tan desesperada por que la acepten que no se quejará y continúo con la visita guiada.

— Ya conoces el vestíbulo. Tiene muchas mesas, así que lo usamos de comedor. — Señalo a un mataquimeras que está desayunando las tostadas que Berto le ha preparado —. Omari se encarga de enseñar a los demás lucha cuerpo a cuerpo. Es un mataquimeras de nivel B. Dicen que una vez derrotó a una clase C solamente con sus manos.

— Vaya... ¿Y él va a enseñarme a luchar?

—¡Claro! Aquí todos ayudan con lo que pueden... Incluso Nahanni ha dado un par de clases teóricas interesantes alguna vez. No sale demasiado a cazar, pero sabe cosas sobre casi todas las quimeras que existen.

— Estoy deseando empezar. — Sonríe. Annie parece ilusionada y eso me ilusiona a mí, porque tengo una oportunidad: con una compañera, podré cumplir misiones de clase C.

— De todas formas, los mataquimeras más alucinantes aún no han llegado de su última misión. Tenemos a dos de los mejores de toda Dalia.

—¿De verdad?

Asiento con ganas.

— Dante y Casandra. ¡Son una pasada! Cumplen misiones de clase A. Ya verás. Pronto los conocerás.

Annie abre mucho los ojos.

—¿También ellos darán clases?

Me río.

— Si insistimos mucho, tal vez.

Después de presentarle a Rhona, que es la encargada de la armería, y enseñarle el laboratorio de Brita y el resto de las salas, dejamos su mochila junto a la puerta del dormitorio de Diara y pasamos por mi cuarto. Me meto el abanico roto en un bolsillo de la túnica sin que lo vea y salimos fuera.

El sol de finales de septiembre es templado incluso a estas horas. Annie camina de espaldas para ver bien el edificio.

— Ya verás. El Lilium es el mejor gremio que hay y Mael es el mejor mataquimeras de todos los tiempos.

Se esfuerza por no arrugar la nariz, pero no le sale.

— Estoy segura de que en su época...

— Ganó los Juegos Quiméricos — le suelto, y me encanta ver su reacción. Abre la boca, pero, antes de que diga nada, continúo —. Dos veces.

—¿Dos veces? — inquiere, sorprendida.

Yo sonrío, porque eso no es todo.

— La primera vez tenía solo quince años. Se convirtió en el Rey de las Quimeras más joven de todos los tiempos.

Quien gana los Juegos, además del premio, recibe ese título.

— Vaya. Es impresionante.

Asiento con orgullo.

— Algún día yo también los ganaré. Seré el segundo mataquimeras de Lilium en ganarlos. — La miro con interés —. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo es que no tenías gremio? ¿Es que te han echado de algún sitio? ¿O te has ido tú?

Ella sacude la cabeza. Se lleva la mano a la frente para hacer de visera y seguir observando la fachada, los torreones y las enredaderas que trepan por ellos.

— Mi padrastro no quería que nadie supiera que tenía el don de la visión. Había fingido ser normal hasta..., bueno, ya sabes hasta cuándo.

— Una gran entrada en la «no normalidad». — Empiezo a caminar hacia atrás con ella —. ¿Hablabas en serio cuando dijiste que no habías tomado ninguna gragea?

— Solo he tomado grageas de curación cuando he estado muy enferma — contesta —. A Markus las grageas corrientes le parecen vulgares. Solo valora las especiales, las que son artículos de lujo...

Annie está a punto de chocarse con un árbol. Lo esquiva, pero no deja de caminar hacia atrás. Yo tampoco.

—¿Quieres decir que nunca has tomado una gragea de la fortuna?

Frunce el ceño. Me agarra del brazo cuando soy yo quien está a punto de chocar, esta vez con un mensajero que debe de dirigirse al gremio. Murmura algo desagradable y luego escupe al suelo. Annie abre mucho los ojos.

— Ni has probado las grageas de la fortuna ni has salido de la zona rica, al parecer — observo.

— Salgo poco de casa — se excusa —. ¿Qué son esas grageas?

Hace rato que el gremio ha quedado oculto tras los árboles y las casas del barrio, pero seguimos paseando hacia atrás. Annie solo

mira por encima de su hombro de reojo, como si fuera un reto.

—¿Qué te parece si te lo enseño? Si vas a mudarte, deberías conocer un poco el barrio.

Annie se choca con algo. Está a punto de caer, pero recupera antes el equilibrio. Pasamos junto a un arbusto que crece en mitad del camino.

— Perdón — me disculpo —. Se me había olvidado que estaba ahí.

— Es... desordenado — comenta.

— Pues espera a ver el resto. — Me fijo en mis pies. El sendero de gravilla acaba aquí para dar comienzo a las calles adoquinadas de la ciudad. Me detengo y ella me imita —. Entonces ¿te apuntas?

Annie sonríe. No duda.

Unos minutos después estamos frente a uno de los puestos del mercado. Una mujer mayor, con el pelo cano recogido bajo un pañuelo, nos muestra la variedad de grageas que tiene. Ninguna lleva etiqueta; todas son grageas muy comunes, por eso son baratas.

—¿Cuánto por dos?

— Veinte bocadragones — contesta.

—¿Y si te doy quince?

— No regateo, corazón — contesta —. Si me das quince, te daré una sola gragea y me quedaré cinco de propina.

Le sonrío como sé hacerlo, de esa forma que hace que el maestro me llame embaucador... y otras cosas peores.

— Vamos... Quiero darle una a ella. — Señalo a Annie con la cabeza y finjo vergüenza —. ¿No puedes hacerme un descuento? No tengo tanto...

La mujer me devuelve la sonrisa, pero arquea una ceja.

—¿Y cuánto tienes?

Intento responder rápido.

— Dieciocho.

Me llevo la mano al bolsillo y saco las monedas con rapidez. Lo hago tan bien que deja de dudar. Me arrebata las monedas con dedos huesudos pero ágiles y elige ella misma dos grageas que le pone a Annie en la mano con una mirada furtiva a los lados.

— Que no se corra la voz, chico.

Le doy las gracias con efusividad y agarro a Annie del brazo para alejarnos de allí. Ella todavía las sujeta entre las manos como si fueran algo extraño y preciado. Puede que para ella lo sean si solo las ha probado estando enferma.

—¿Tienes hambre? — pregunto, adentrándonos en una zona del mercado donde los vendedores anuncian a gritos sus especialidades: pan recién horneado, pescado frito, quesos, tortas y dulces de todas las clases.

— No tengo... dinero — murmura, vacilante.

— Invito yo. Cobré la recompensa por cazar la quimera chacal... y además pude quedarme con la gragea. — Le dedico una sonrisa —. ¿Qué te apetece? ¡Oh, ya sé! Tienes que probar los bollos rellenos del señor Clancy.

Annie se apresura a seguirme cuando pongo rumbo a uno de mis puestos favoritos. El trámite es rápido. Tomo un solo bollo. El señor Clancy siempre me da los más grandes y es más que suficiente para partirlo por la mitad.

Annie agarra su parte con la mano libre mientras me mira con curiosidad.

— Creía que no te quedaba dinero.

Me encojo de hombros.

— En el mercado hay que regatear. — Le doy un bocado a mi mitad del bollo —. Tengo que ahorrar. Necesito comprarme buenas grageas.

Annie me sigue a través del mercado, sin atreverse a probar un solo bocado. Parece nerviosa por el gentío y el movimiento. Así que la conduzco a través de las calles de piedra, hacia una zona más tranquila. Solo entonces, cuando el barullo es un murmullo lejano, prueba esta delicia rellena de crema.

—¿Y bien? Clancy hace los mejores bollos de toda Dalia; puede que de toda Plumeria.

— Está muy rico — responde, con la boca llena.

Yo acabo el mío en dos mordiscos.

— Entonces... ¿cuál es tu especialidad? ¿Qué arma utilizas para...?

No llego a terminar. Una sombra cruza por entre los pies de Annie y, un segundo después, un gato negro atraviesa el callejón a la carrera. Un segundo gato naranja lo sigue maullando como un loco.

— El barrio está plagado de ratas — le digo —. También está lleno de gatos, pero es como si no fueran capaces de cazar una sola de ellas. — Sigue mirándose los pies espantada y hago un gesto con la mano como para restar importancia a lo sucedido. No quiero que se asuste tan pronto —. Pero son inofensivas. Ven, sígueme.

La hago girar a través de callejones estrechos, subimos escaleras empinadas entre casas y recorremos un buen tramo mientras aún mastica el bollo. Parece que es de esas personas lentas comiendo.

— Entonces... ¿tu arma? — insisto.

— No tengo — contesta —. Nunca he... necesitado una.

Me mira como si acabara de darse cuenta. Intenta ponerse seria enseguida, pero no se le da muy bien eso de ocultar lo que piensa. Es como si acabara de advertir que necesitará aprender a utilizar algún tipo de arma.

— No te preocupes. En el gremio tenemos una armería. Podrás usar las de allí hasta que encuentres las tuyas. Tal vez... ¿cuchillos?

Si cierro los ojos, todavía puedo verla moviéndose con esos

abanicos. La forma de agarrarlos, la manera de moverse con ellos como si fueran parte de ella...

— Tal vez. Tú eres arquero, ¿no? — Espera a que asienta —. ¿Me enseñarás?

Me sonrojo un poco, buscando una respuesta. No quiero enseñarle a usar el arco. Quiero que luche conmigo con algo que yo no sepa hacer..., pero no puedo decírselo todavía. Así que me limito a asentir. Me doy cuenta de dónde estamos y me alegra poder cambiar de tema.

Le pido las grageas. Annie abre la palma de la mano y me las muestra con recelo. Yo tomo una amarilla sin pensarlo mucho y me la meto en la boca. Sabe a frutos ácidos, pero también a rayos de sol y al sabor salado del mar en el paladar...

Me contempla con curiosidad.

—¿Y si hace algo inesperado?

— Esa es la gracia — contesto, con diversión.

Llegamos a la entrada de uno de los parques del barrio. Los niños aún están en la escuela a estas horas y parece bastante vacío cuando nos adentramos en él. Annie alza la cabeza para detenerse en las secuoyas que se imponen por encima de los edificios más altos del barrio. Y, mientras ella se pierde en la imagen de los árboles, yo me doy cuenta del poder que otorga la gragea.

A veces pasa así: un presentimiento, un cosquilleo, algo similar al instinto... que te llama.

La agarro de la muñeca.

—¡Ven! — le grito, porque las grageas tan baratas suelen ser de acción inmediata y acaban muy rápido.

Suelta un grito por la sorpresa, pero cuando me giro para mirarla veo que está sonriendo. La conduzco a través del parque hasta que llegamos a un arco de plantas trepadoras. Es largo y tan tupido que

aquí dentro apenas llega la luz. Los rayos de sol que consiguen colarse por los resquicios caen sobre su rostro, su nariz, sus pecas...

Me doy cuenta de que me he quedado mirándola y sacudo la cabeza.

Extiendo una mano entre los dos y le digo que preste atención.

Una luz dorada e intensa surge de mis dedos sin que tenga que esforzarme. Las grageas luminosas son muy comunes. Todo el mundo tiene al menos un par en casa para emergencias y yo también suelo llevar alguna a las misiones.

El destello es brillante y poderoso, y lo llena todo tan rápido y de forma tan viva que Annie da un paso atrás para mirar a su alrededor ahora que todo brilla con otra luz.

Pequeñas flores negras y doradas cuelgan de la planta trepadora, llenando por completo el lugar.

Gira sobre ella misma y en ese movimiento reconozco a la bailarina.

Carraspeo un poco y le hago un gesto mientras cierro ligeramente la mano para ocultar parte de la luz.

—Te atreves, ¿o no?

Annie se mira la palma de la mano. Luego me sostiene la mirada y, un segundo después, está masticando la gragea. Me entra la risa por la cara que pone, como si acabara de lamer un limón. Aun así, sigue siendo... guapa.

Los dos nos quedamos muy quietos, iluminados desde abajo por el resplandor que parece escapar de entre mis dedos. Estamos en silencio y pendientes de cualquier mínimo detalle cuando me doy cuenta de que Annie se mueve... hacia arriba.

Está flotando. Ese es el poder.

Suelta un grito estrangulado que acaba en carcajada y, antes de que yo reaccione, se agarra a mi mano para no salir volando; pero la

gragea es débil y apenas se alza unos centímetros del suelo antes de volver a bajar.

Lo intenta, pero incluso agarrada a mí es incapaz de quedarse en el suelo. Se echa a reír como una loca y yo también lo hago. Consigo que me suelte para molestarla un poco, dejar que flote algo más y volver a tirar de ella después.

El efecto de ambas grageas se acaba casi a la vez. Para entonces me duele el estómago de tanto reír y siento las mejillas tirantes.

Annie se va a apoyar en el arco de enredaderas, pero se da cuenta de que hay una pequeña quimera en él y se aparta con rapidez.

Se trata de un bichillo de clase E camuflado entre el verde de la trepadora. El cuerpo es exactamente igual que una hoja, de ella sobresale una cabeza alargada con antenas que se mueven cuando Annie acerca el dedo y lo retira antes de atreverse a tocarla.

— Bueno, ¿qué opinas de tu barrio? ¿Y del Lilium? ¿Lista para tu nuevo trabajo?

Tarda en responder; tarda tanto que de pronto me da miedo qué pueda contestar. Solo asiente y yo me impaciento.

—¡Ah! ¡Casi se me olvida! — Busco en mi túnica y saco el abanico destrozado —. Te dejaste esto en el Palacio de las Magnolias.

Annie lo agarra entre sus manos. Se esfuerza por abrirlo, pero algunas placas de madera están tan astilladas que el abanico está retorcido en algunos sitios y demasiado tenso en otros. La tela, antes de bellos dibujos, está rasgada donde la quimera chacal la mordió.

— Vaya... No pensaba recuperarlo. — Le da vueltas un segundo —. Aunque no creo que vaya a poder usarlo.

Se ríe un poco.

Yo también sabía que no podría utilizarlo. ¿En qué pensaba?

Carraspeo.

— Bueno, entonces... ¿te gusta Lilium?

— Estoy deseando aprender... — Se pasa la mano por el pelo, muy largo y rizado, y adivino que no ha terminado de contestar —, pero me da miedo no ser capaz de cumplir con lo que se espera de mí.

Me acerco a donde está.

Me doy cuenta de que hay una segunda quimera que no había visto. Esta parece una de las flores negras. Es como si una oruga se hubiera puesto un vestido.

— Lo hiciste bien en el Palacio de las Magnolias.

— Fue suerte — contesta, y lo dice muy bajito —. No sabía lo que hacía. No pensé mucho.

— Yo tampoco lo hago. — Se echa a reír, pero sé que no la he convencido todavía. Se me ocurre algo y me llevo la mano a la bolsita de cuero. Rebusco en su interior —. Toma, es tuya. Es la gragea que dejó la quimera chacal.

— No. No... — Alza las manos entre los dos —. No puedo.

— Claro que sí. — La tomo con rapidez de la muñeca y se la doy —. Te la has ganado. Yo la quería para poder hacer una misión en solitario, pero, si tú me acompañas..., no la necesitaré.

Parpadea.

—¿Yo? ¿Por qué?

Me froto la nuca. No he preparado esto y no sé hasta dónde debería hablar.

— Bueno, porque... hacemos un buen equipo, ¿no?

— Soy nueva — replica —. No sé nada.

— Aprenderás.

— Seré un desastre.

— Yo también lo soy. Seremos un desastre juntos.

Se ríe.

Me observa en silencio.

—¿De verdad?

Asiento con fuerza.

Annie contempla la gragea detenidamente.

— Sé mi compañera, Annie.

Levanta los ojos hacia mí y sé lo que va a responder antes de que abra la boca porque lo veo en sus ojos: azules, despiertos y vivos.

— De acuerdo.

En cuanto regresamos al gremio, la primera parada es el despacho del maestro para contarle que haremos equipo. Lo encontramos con Argus, el administrador del Lilium, que parece estar ayudándolo a organizar misiones.

— Venís en buen momento — dice —. Llevaos cuatro o cinco misiones. Así compensaréis el gasto que supone alimentaros.

— Argus... — lo reprende el maestro, con paciencia.

Argus fue mataquimeras en este mismo gremio durante un tiempo, pero por lo que me han contado siempre fue un chico enfermizo y su constitución no le permitió continuar con su carrera. Ahora tiene treinta y pocos años y ayuda al maestro con la administración del gremio. No sé exactamente lo que hace, aparte de agobiarse con los números y pasear de un lado a otro muy nervioso y diciendo siempre lo harto que está.

— Empezaréis por una de clase E — dice el maestro. Annie asiente con la cabeza, pero el maestro me mira especialmente a mí, como si esperara que replicase —. Una fácil, muy fácil. Ya sé que tú estabas haciendo misiones de clase D, Kian, pero tendrás que adaptarte hasta que ella coja el ritmo.

— No hay problema.

El maestro arquea una ceja.

Yo le sonrío con inocencia.

Él saca un pergamino de debajo de una pila de libros.

— Esta misión llegó anoche. — Se la tiende a Annie y yo me asomo por encima de su hombro para ver mejor. Es más bajita que yo. Es más bajita incluso que el maestro —. Se trata de una simple exterminación de algo que describen como roedores. Pagan poco, pero, si hay tantas quimeras de clase E como dicen, habrá muchas grageas y podréis venderlas.

Argus echa un vistazo al pergamino y bufa.

— Pagan muy poco — masculla.

Pero yo lo ignoro y tomo el pergamino para guardármelo.

— Es perfecta.

Annie está reluciente. Parece que se hubiera tragado una gragea luminosa.

— Nada de tonterías — me dice el maestro —. Si tenéis que invertir más tiempo del que quisierais, lo hacéis. Si necesitáis volver a recuperar grageas y armas, lo hacéis. Si os dais cuenta de que tenéis...

— Lo captamos — lo interrumpo —. Es una misión de clase E, Mael. Creo que puedo hacerlo.

El maestro me sostiene la mirada, luego se gira hacia Annie y suspira.

— Cuida de ella. — Luego le sonríe —. Descansad hoy. Diara ha aceptado compartir su cuarto, pero hoy dormirás sola porque ella ha salido a cumplir una misión. Mañana partiréis vosotros dos.

Annie se muerde los labios, pero es incapaz de contener la emoción. Se le nota en toda la cara.

Me gusta eso de ella.

Mael nos hace un gesto para que los dejemos y yo me preparo para pasar el resto del día planificando la salida de mañana.

Rhona, la armera, aconseja a Annie. Es una mujer muy bajita y

rolliza, que tiene el pelo corto y rubio lleno de mechones canosos. Por lo que sé, hace años que no completa ninguna misión, así que cuida bien de la armería.

—¿Qué es lo que mejor se te da? — inquiere.

La armería es el reflejo invertido de la biblioteca. Todas las armas están bien afiladas y pulidas, colocadas con cuidado en su lugar. La distribución es tan perfecta que es como si Rhona hubiera medido los milímetros que hay entre ellas.

— Ah, bueno... Nunca he luchado.

— Cuando se enfrentó a la quimera chacal usó sus abanicos como armas. Es muy ágil — le digo yo a Rhona —. Creía que había tomado una gragea para el equilibrio.

Las mejillas morenas de Annie se encienden.

—¡Ah! Entonces ¿qué tal esto? — Rhona le muestra unas dagas pequeñas y afiladas —. Ahí tienes una diana. Intenta lanzarlas y acertar en el blanco.

Annie toma las dagas, vacilante. Agarra la primera y la lanza contra la diana. Rebota de forma casi absurda.

Rhona carraspea.

— Prueba otra vez, con más fuerza. Si no, no se clavará.

Annie planta los pies en el suelo y pone una cara que..., bueno, resulta muy difícil no reírse. Entonces echa el brazo hacia atrás y, con todas sus fuerzas, lanza otra daga.

Un estruendo hace que Rhona dé un respingo y yo me muerda los labios. La daga ha salido con más fuerza, tanta que se ha desviado y ha alcanzado una de las vitrinas lejos de la diana, tirando varios trastos al suelo.

Rhona le quita el resto de las dagas de las manos.

— Agilidad, ¿eh? — dice con voz aguda —. Probemos otra cosa... — continúa con nerviosismo, y se pone a rebuscar en las

estanterías —. ¡Ah! Esto, chica, es una alabarda. Se necesita fuerza, pero también mucha destreza. Pruébala, a ver cómo te sientes con ella.

La armera le ofrece un arma alargada. La punta de lanza tiene al lado la hoja de un hacha.

Annie la agarra con las dos manos antes de que Rhona deba decirle lo pesada que es. Se aleja un poco y comienza a moverla.

— Sí, eso es, prueba a...

La mujer no termina de hablar, porque Annie se pasa la alabarda de una mano a otra, pero es demasiado pesada para ella y no logra mantener el equilibrio. Rhona y yo debemos dar un paso atrás cuando Annie barre de un golpe las estanterías junto a ella, tirando varias armas, que caen con estrépito al suelo.

— Perdón... — murmura con una vocecilla tímida antes de devolverle la alabarda a Rhona.

— Te hace falta más fuerza... — murmura, pensativa —. Sí, todavía no estás lista... Ya sé. Prueba con esto.

Rhona le deja intentarlo con unos *kukris* de hoja curva y también con una especie de machete al que llama *parang*. Y luego, cuando le ofrece un martillo de guerra, yo doy varios pasos atrás porque sé cómo va a acabar la prueba antes de que se le escape de las manos y derribe una estantería entera.

— Creo que esta vez es la buena — dice Rhona tendiéndole una especie de espada corta —. Se llaman *tanto¯*. Puedes empuñar solo uno o luchar con dos, como cuando usas los abanicos para el baile. Son pequeños y ligeros, y me parece que pueden adaptarse a ti.

Los mangos de los *tanto¯* están hechos de seda azul y cordón negro. Se entrelazan de forma perfecta y parece que le resultan cómodos cuando los agarra y empieza a moverlos.

—¿Qué... qué debería hacer para saber si me gustan?

—Baila —le propongo—. Úsalos como usaste los abanicos.

Annie duda, pero me hace caso. Se aleja un poco y veo que Rhona traga saliva, pero no la detiene. Se pone en el centro y... empieza a bailar. Igual que aquel día con los abanicos, blande las espadas cortas con elegancia, como si fueran parte de ella.

Sonrío. Sabía que podría luchar a una corta distancia.

Podemos hacer buen equipo.

Me contengo para no aplaudir, pero Rhona no. Rhona sí aplaude.

—¡Bien, bien! ¡Por fin! Son estas. Omari te enseñará a luchar cuerpo a cuerpo y podrás incorporar tus armas a esos movimientos, y otra de nuestras mejores mataquimeras te enseñará a luchar con espada... Ella también ha usado armas cortas, así que...

Rhona continúa hablando mientras Annie se gira, salta y mira con admiración los *tanto*¯.

Hoy no hay ningún mataquimeras experto disponible, así que Annie tiene que conformarse con las indicaciones de Rhona, quien, a pesar de no conocer técnicas complejas, sabe cómo usar todas las armas de su armería.

Pasamos el resto del día entrenando y preparándonos. Y también hablamos. Hablamos mucho.

Por la mañana, Berto, nuestro cocinero oficial, nos prepara un copioso desayuno que prácticamente tragamos antes de ponernos en marcha. Antes de salir, mientras otros mataquimeras están ocupados felicitando a Annie y dándole la bienvenida, yo me acerco al tablón de las misiones y, cuando Argus no mira..., cambio la que nos dio el maestro, de clase E, por otra más interesante.

Vamos a demostrarles de lo que somos capaces.



7

Annie

Destructor se está arriesgando mucho.

Nos sigue desde que hemos salido; primero saltando de tejado en tejado por la ciudad y luego, cuando hemos llegado a las afueras, correteando y escondiéndose tras los árboles. Como anoche Diara no volvió por el gremio, pude dejar que durmiera conmigo, pero voy a tener que pensar en un plan para esconderlo por las noches.

Kian me vuelve a pillar mirando hacia atrás, en busca de Destructor, y, antes de que pueda preguntar, me adelanto:

—Tú también vives en el gremio, ¿verdad?

Kian asiente. Tiene el pelo corto y ondulado en las puntas, que se le arremolinan alrededor de las orejas. Cuando el sol le da directamente, parece aún más rubio.

—Sí, también vivo en el Lilium.

—¿Y tu familia? ¿Qué opina de eso?

Hoy viste una túnica verde cruzada en el pecho. Los bordes son dorados y hacen juego con las flechas que asoman por el carcaj que lleva a la espalda. Del cinturón con el que ata la túnica cuelga una

bolsita de cuero negro en la que lleva sus grageas. También luce una hombrera de cuero en la que han grabado el emblema del gremio y unas botas pesadas. El arco lo porta a la espalda y creo que en esa funda a la cintura guarda una daga.

En el cuello asoma el cordón de un colgante. Ya se lo había visto antes, pero como lo lleva bajo la ropa solo puedo preguntarme qué será.

— No tengo familia — responde con rapidez.

Me quedo quieta.

— Oh, lo siento... Siento haber preguntado. No quería...

— No tienes que disculparte... — Levanta una mano para que no siga —. Tú también perdiste a tu madre, ¿no? Seguro que sabes lo que es perder a alguien y que todo el mundo se sienta incómodo cuando surge el tema.

— Sí que lo sé. — Sonrío un poco y no sé si hacerle o no la siguiente pregunta —. Entonces ¿no tienes a nadie más?

Kian sacude la cabeza. No dice nada y yo no lo conozco tanto como para seguir preguntando. Esta vez, no me disculpo. En su lugar, decido cambiar de tema. Abro la boca para decirle algo cuando, de pronto, él se gira en redondo con rapidez, se lleva la mano a la cadera y, en un segundo, desenfunda y lanza su puñal, que cae a los pies de un árbol.

Estoy a punto de gritar.

—¿Qué estás haciendo?

Kian se lleva un dedo a los labios.

— Nos sigue una quimera.

Primero, me tenso. Después, caigo en la cuenta y me tenso aún más.

— No es una...

Una sombra blanca que conozco bien sale de detrás del árbol para

esconderse en el siguiente y Kian lo señala, se lleva la mano al arco, toma una flecha, la encaja y...

—¡No! ¡Espera! — Me pongo delante de él, con los brazos abiertos —. ¡No es una quimera! Es solo mi mascota.

Kian me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Qué?

— Es mi gato. Nos sigue desde que salimos. ¡Baja eso! — le pido, apoyando una mano en su arco —. Se llama Destructor.

Kian me contempla con la boca abierta. Como no dice nada, me giro y le hago un gesto a Destructor.

— Ven, chico. Ven aquí. Te puede ver. No te hará nada.

Destructor sale de detrás del árbol en el que se ocultaba y lo hace en su forma animal: las patas poderosas, esas orejas tan grandes y peludas, la línea negra que baja desde su cabeza hasta la punta de la cola, larga y exuberante...

Se acerca a mí con indecisión y se frota en mis piernas remoloneando y sin apartar los ojos de Kian. A él se le cae la mandíbula a los pies.

— Pero ¿cómo va a ser esto un gato, Annie?

Me muerdo los labios.

— Simplemente... es más grande que la media.

—¿Que la media de los caballos?

Como si quisiera reírse de él, Destructor abre la boca y entona el más perfecto «miau» que haya escuchado jamás. Carraspeo y echo a andar para que Kian no se detenga a pensarlo mucho. Querría contarle la verdad, que creo que es una mezcla de algún tipo de felino y quimera de clase E..., una quimerita fuera de categoría, quizá una clase F; pero no lo conozco tanto como para arriesgarme.

Las quimeras no conviven con humanos, y menos con mataquimeras, y, si la persona equivocada se enterase..., Destructor

podría correr peligro.

En casi toda Plumeria está prohibido incluso criar quimeras para obtener sus grageas desde hace décadas. Mi madre me contó que cuando ella era pequeña todas las semanas había algún accidente en granjas y criaderos, y al final la reina condenó esa práctica. Las relaciones entre humanos y quimeras se limitan a las que tienen los mataquimeras con sus presas, y viceversa.

— No se lo cuentes al maestro, ¿vale? Aún no sé qué haré con él cuando Diara vuelva de la misión.

— Descuida. — El chico echa a andar y mira a Destructor desde arriba, con el ceño fruncido y expresión alarmada —. Un gato... — repite, sin dar crédito.

— Deberíamos estar acercándonos, ¿no? — Cambio rápidamente de tema —. ¿Y si repasamos lo que haremos al llegar?

— Ah, sí...

Kian introduce la mano en su túnica y saca el pergamino de la misión, recogido en un rollo un poco aplastado. Lo extiende y comienza a leer.

— Parece que unas quimeras de... eh... clase E... han anidado en una mansión al sur de Dalia. Los dueños la han heredado hace poco y quieren limpiarla para poder mudarse.

— El maestro dijo que serían como pequeños roedores, ¿no? ¿Crees que tendrá que ver con el problema de ratas del barrio?

Kian se frota la nuca.

— No. No lo creo. Aquí dice que esas quimeras están envenenando la tierra. No crece nada a su alrededor y lo que había está muriéndose. — De pronto se detiene y me mira —. Quizá sea un pelín más complicado que matar a unas cuantas ratas.

— Bueno, pudimos con la quimera chacal y era una clase D — opino, aunque es cierto que estoy algo nerviosa —. Has traído

grageas, ¿verdad?

— Oh, sí. — Su cara se llena de felicidad y se apresura a verter el contenido de la bolsita en su mano para enseñármelas de una en una —. Esta es de acción rápida y sirve para concentrarse. No es gran cosa..., pero nos dará un extra si lo necesitamos. Y esta roja es de curación rápida. Tampoco nos curará si vamos con las tripas fuera, pero... eso no va a pasar. — Carraspea, repentinamente inquieto —. Y estas tres grageas son de iluminación, como la del otro día; nos vendrán bien en espacios cerrados y oscuros. Como vamos a una mansión abandonada...

—¿Todas son de acción rápida? — pregunto.

Tengo entendido que puedes tomar todas las grageas de acción rápida que quieras siempre que esperes a que se pasen sus efectos, que ocurre a los pocos minutos. Pero es diferente con las grageas potentes: tomar más de una puede matarte.

Kian enarca mucho las cejas y levanta un poco el mentón mientras sonríe. Creo que intenta hacerse el interesante.

— No. Esta de aquí es la joya de la corona. Me costó setecientos cincuenta bocadragones. — Me muestra una gragea azul con motas violáceas —. Es la única cara que tengo. Es una gragea de precisión. Si la tomo, no fallaré. Cuando cumplamos esta misión, tendremos suficiente dinero para comprarte algunas grageas que te vayan bien a ti también. Compraremos grageas potentes para los dos.

— No sabría por dónde empezar.

— Cualquier gragea potente estará bien. Nunca sabes cuándo puedes necesitar un poder concreto. Seguro que...

Kian se queda callado. Enseguida me doy cuenta de por qué.

Frente a nosotros, el sendero entre los árboles da paso a una colina sobre la que se asienta la casa a la que nos dirigimos. No. La casa no: la mansión.

Se trata de un edificio de piedra, pero mucho más refinado que el Lilium. Los tejados oscuros acaban en punta, igual que los tejadillos sobre todas las ventanas. Una pasarela lleva hasta la entrada, de la que cuelgan enredaderas secas. A medida que nos acercamos, nos damos cuenta de que la hierba que rodea la casa crece marchita, como si estuviera quemada.

— Destructor, tú quédate fuera — le pido, y le hago una carantoña. Me mira como si hiciera un puchero, pero me obedece y da media vuelta para subirse a un árbol con dos ágiles saltos.

— Y dice que es un gato... — le oigo murmurar a Kian, todavía confuso.

Me hago la loca.

—¿Esto lo han provocado unos roedores? — pregunto, mirando a mi alrededor.

Cuanto más nos acercamos, más evidente resulta el abandono; pero no es solo eso. Las plantas, la hierba e incluso algunos matorrales con flores tienen un feo y apagado color marrón.

— No sabemos si serán roedores — responde Kian —. Hay muchos tipos de quimeras de clase E. Podrían ser como bichos o alguna clase de perro o... reptiles.

—¿Reptiles? ¿Por qué piensas que...?

No llego a terminar la frase porque cuando llegamos a la entrada, a una pasarela de madera cubierta por trozos podridos de enredadera, algo pasa entre mis pies y me hace saltar a un lado.

—¡Cuidado! — grito a Kian.

Una serpiente sale de entre la enredadera marchita y se arroja sobre él. Este desenvaina el puñal que lleva en la cadera y, con un rápido movimiento, le hace un corte que la deja inerte en el suelo. Un vapor verdoso empieza a salir de ella y, un segundo después, deja tras de sí una gragea completamente azul, pequeña y brillante.

— Serpientes — murmuro —. Tenías razón.

Aunque no he podido verla bien, era evidente que no era normal: había algo en la forma de moverse, en los movimientos rápidos, en ese salto... que no la hacían animal.

— Seamos rápidos — dice mientras recoge la gragea del suelo —. Están por aquí. Ahora que nos han oído nos buscarán. Así que yo me subiré a ese banco de piedra de ahí, tú te tomarás una gragea luminosa y las harás salir para que yo les dispare.

—¡Hecho!

Estoy un poco nerviosa cuando me da la gragea, pero me la tomo después de apartarme de la zona con enredadera para evitar que las quimeras me pillen desprevenida. El sabor es extraño e inesperado. Esta me sabe a maíz y a algo cítrico. En cuanto termino de masticar, me doy cuenta de que un solo pensamiento basta para que la luz se concentre en la palma de mi mano.

—¡Annie! — me grita Kian, que se ha subido al banco de piedra.

Desde ahí tiene una visión perfecta de la entrada. Así que me pongo manos a la obra y, atenta por si alguna se le escapa, ilumino las enredaderas. Solo tengo que desearlo y la intensidad de la luz crece hasta que yo misma debo entrecerrar los ojos. Apunto al suelo, a los recovecos entre las espinas y, entonces, se oye un siseo estridente.

La primera quimera emerge. Sale disparada en dirección contraria, huyendo de la luz. Esta vez puedo verla bien. Es negra, de un negro puro y vibrante, y tiene trazas doradas y algunas iridiscentes; como si fuera de cientos de colores. El camino que deja cuando se arrastra por la madera libre de enredaderas queda manchado con una sustancia dorada. Es entonces cuando Kian apunta con su arco y, en un segundo, la quimera desaparece, dejando tras de sí otra gragea.

No me da tiempo a recogerla.

Aprovechamos al máximo los minutos de luz, que utilizo para aturdir y guiar fuera a las quimeras.

Repetimos la operación hasta que dejan de salir en esta zona y seguimos bordeando la casa haciendo lo mismo: yo las hago salir y él dispara. Cuando acabamos aquí fuera, Kian fuerza la cerradura de la puerta de atrás y entramos, porque se supone que este lugar está infestado.

El interior es oscuro y húmedo a pesar del clima templado de fuera. Todas las ventanas están tapiadas y el suelo de madera cruje a cada paso y desprende un frío inesperado. Tanto el suelo como los muebles están cubiertos de la sustancia que dejan las criaturas, seca pero visible.

Habitación por habitación, combatimos a las quimeras. Es fácil molestarlas con luz y no suponen un gran problema. Yo ni siquiera tengo que desenvainar mis armas y me sorprende descubrir que eso me decepciona un poquito.

Para cuando acabamos hemos gastado las tres grageas luminosas, pero hemos recolectado tantas que apenas nos caben en las bolsas y los bolsillos.

— Ha sido pesado — dice Kian, al cabo de las horas —, pero sabía que podríamos.

De nuevo en la entrada, miro a nuestro alrededor. Puede que la hierba quemada y las plantas marchitas desaparezcan ahora que no hay quimeras envenenando la tierra.

Estoy decidida a emprender el camino de regreso e ir a reencontrarme con Destructor cuando, de pronto, veo a una quimera que repta hacia mí entre las enredaderas podridas del suelo. No tengo tiempo para alertar a Kian. Con el corazón en la boca, desenvaino mis espadas cortas, me preparo y, cuando salta hacia mí, ataco.

Kian no se da cuenta hasta el último momento, grita una advertencia y, cuando caigo hacia atrás por el impulso de la quimera, corre a mi lado; pero no es necesario hacer nada porque la criatura se ha convertido en gragea.

—¿No era más grande que las otras? — dice entonces él.

Me cuesta responder porque aún tengo el pulso acelerado.

— Puede que un poco. Puede que...

No termino, porque algo se enrosca alrededor de mi tobillo, tira de mí y me arrastra. Kian suelta una maldición y desenvaina su puñal para soltarme.

— Hay más — masculla —. Era demasiado fácil. Claro que era demasiado fácil...

Sacude la cabeza, pero no entiendo esa expresión frustrada.

De todas formas, no tengo tiempo de preguntar. Más quimeras serpiente emergen de las sombras; quimeras que antes no se han dejado engañar por nuestra trampa con luz.

—¡Kian, tienes que ir a un lugar desde el que puedas disparar! ¡Yo te cubro! — le grito, pero no sé si podré hacerlo de verdad.

Son muchas y son más grandes. Me revuelvo y me defiendo cada vez que me atacan, pero se me suben encima. Se enredan en mis tobillos y muñecas, y algunas escapan después de que las hiera. Cuando deseaba una oportunidad de usar mis espadas, no estaba pensando en esto.

Kian intenta alejarse, tomar distancia para disparar, pero una serpiente se le enrosca en la pierna y en ese mismo instante otra le salta al brazo, obligándolo a soltar su arma. Me libero de las quimeras que tengo encima y corro hacia él para soltarlo, pero, cuando salto a su lado, oigo un crujido.

Es instantáneo.

Algo se rompe bajo nosotros. El suelo de madera cede y, de

pronto, siento vértigo.

Caemos entre quimeras serpiente, enredaderas, espinas podridas y madera estropeada.

El impacto contra el suelo me deja sin aire en los pulmones. Oigo un pitido sordo en los oídos y apenas soy capaz de enfocar para ver a Kian, a un par de metros, intentando ponerse también de pie.

—¡Kian! —Me arrastro hacia él—. ¿Estás bien?

Se lleva la mano a la cabeza con una mueca de dolor. Tal vez se la haya golpeado. Sus ojos desorientados se abren y, entonces, me aparta a un lado con fuerza.

Una sombra mucho más grande que las otras quimeras se abalanza sobre nosotros. Kian la esquiva, tantea en el suelo y, cuando la serpiente se lanza contra él, levanta su puñal y se lo clava en el cuerpo negro y dorado.

—Kian..., esa no era de clase E.

El chico busca en el suelo y no respira hasta que encuentra su arco. Se guarda la nueva gragea en la bolsa de cuero y se gira hacia mí. Cuando le veo el rostro, me doy cuenta de que le cae un reguero carmesí de la sien.

— Tu frente... — le digo —. Tienes que tomar la gragea de curación.

Kian me observa. Me mira de arriba abajo, como si quisiera asegurarse de que no estoy herida, y sacude la cabeza.

—No. Estoy bien. No vamos a malgastarla por esta tontería.

Un sonido suave hace que los dos nos tensemos. Nos miramos a los ojos antes de girar lentamente la cabeza.

La luz del día no llega a los rincones más oscuros, muy abajo en la roca. Nos encontramos en el centro de una caverna, sobre una gran piedra alta, y a nuestro alrededor hay decenas de túneles, pasadizos y...

El mismo sonido vuelve a ponerme los pelos de punta.

Veo una sombra que se retuerce delante de nosotros, y otra más con el rabillo del ojo, y otra, y otra...

De pronto comprendo que estamos rodeados de quimeras y que estas son bastante más grandes que las serpientes de arriba. Estamos en su nido.

La cabeza me da vueltas.

— Annie, recupera tus espadas. — La voz le sale ronca.

Obedezco.

A nuestro alrededor el siseo crece y se hace más intenso. Las sombras se mueven con más violencia.

— Oh, por Rilia y Galial y por todas las quimeras... — se me escapa.

Decenas de serpientes reptan ahí abajo, en la galería. El agujero por el que hemos caído se ve desde aquí, pero parece improbable alcanzarlo de un salto.

Veo cómo Kian cuenta las flechas que le quedan.

No deja de mirar al frente, a un punto en la oscuridad. No entiendo por qué cuenta las flechas si es evidente que no tenemos suficientes, pero entonces sigo la dirección de su mirada y descubro que la sombra está... cambiando.

Trago saliva.

Lo que creía oscuridad no es en absoluto vacío. Algo se mueve ahí al fondo, algo grande y terrible que ya nos ha visto.

— Kian — susurro —. La información de la misión debía estar equivocada. Eso no puede ser de clase E.

Se queda en silencio unos segundos en los que yo puedo ver la punta de la cola, los destellos dorados de su patrón...

— No lo es — contesta. Se pasa la mano por el pelo rubio para quitárselo de la cara —. Es una quimera de clase C — añade, y pone

una flecha en su arco. Su expresión es de terror y... ¿arrepentimiento?—. Di el cambiazo en el gremio.

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que diste el cambiazo?

Kian no responde.

No le da tiempo a hacerlo.

Porque un siseo más fuerte que el resto, uno que resuena por toda la caverna, lo interrumpe.

Y, entonces, la quimera de clase C sale a la luz y nos enseña los colmillos.



8

Kian

Esta. Esta es la quimera de clase C de la misión; no las pequeñas, no las medianas...

Una serpiente enorme enrosca su cuerpo abajo, en la galería, mientras levanta todo su torso y nos mira directamente a los ojos. Es tan negra como la noche, pero tiene partes doradas e iridiscentes en el dibujo sobre su piel. Sus ojos son amarillos y tienen una pupila vertical con la que parece verlo todo. De sus mandíbulas entreabiertas asoman dos colmillos tan grandes como mi antebrazo.

Y, por si fuera poco, las serpientes pequeñas, las que imagino que son sus crías, están trepando por las paredes hacia nosotros. Lo último que pienso antes de que una de esas pequeñas quimeras alcance el borde y se lance sobre nosotros es que soy tontísimo.

Annie salta adelante para tomar la iniciativa y, con un movimiento rápido y elegante, corta a la serpiente y hace que se convierta en gragea.

La quimera grande sisea, como si eso le hubiera dolido y, entonces, se alza y se arroja hacia nosotros con violencia. Los dos saltamos y no nos alcanza, pero un temblor sacude el suelo. Así de

poderosa es.

El cuerpo de la serpiente se desliza entre los dos y yo lo observo con el corazón a mil por hora.

Es largo. Es larguísimo.

Veo a Annie al otro lado y no tengo tiempo de advertirle.

Una quimera más pequeña se le enrosca en el pie, tira de ella y hace que quede completamente tumbada mientras otra se le acerca a la cara.

Estoy listo para saltar sobre el cuerpo de la quimera de clase C cuando, de pronto, algo blanco desciende y cae junto a Annie.

Es el..., bueno, el gato.

Destructor muerde y espanta a las serpientes. Toma a una entre sus fauces y la agita hasta que Annie se levanta, agarra con fuerza sus espadas cortas y se las clava.

La quimera se deshace en humo.

— Destructor. — Ella lo saluda casi sin aliento. Lo acaricia entre esas orejotas enormes —. Te he dicho que esperaras fuera.

La regañina no parece tener mucho efecto cuando es tan evidente que la ha salvado, y Destructor ronronea.

El cuerpo de la quimera grande termina de deslizarse entre los dos y el gato corre hasta el borde de la roca para plantarle cara a otra quimera de clase E. Annie se pone en pie, corre hacia mí y, por el camino, acaba con otra.

La grande sisea en algún lugar de la oscuridad, cada vez más furiosa.

—¡Necesitamos un plan! — grita —. No estábamos preparados para esto.

—¡Lo siento! — me disculpo mientras sigo luchando contra otra criatura.

— Ahora no — me corta, tajante y decidida —. Ahora tenemos que

salir con vida de esta. Dame la gragea de concentración.

Trago saliva.

— No es tan poderosa como para que nos dé un plan — le explico —. Su efecto apenas dura unos minutos...

—¡Es mejor que nada! — grita sin dejar de luchar —. ¡Rápido!

Me tiende la mano y yo me apresuro a buscar en mi bolsa al tiempo que salto hacia atrás y Destructor me salva del mordisco de una serpiente.

— Gracias, colega — le digo.

Él me mira como si me entendiera y maúlla.

Me recorre un escalofrío.

Estoy casi al noventa y nueve por ciento seguro de que no es un maldito gato.

Annie se traga la gragea en cuanto se la doy y, un segundo después, sus ojos se iluminan con un brillo distinto.

— Hay muchas serpientes y no podremos defendernos de todas a la vez si la grande vuelve a atacarnos — sentencia —. Cada vez que hemos matado a una de las quimeras inferiores, la clase C ha siseado.

— Sí, yo también me he dado cuenta.

— A lo mejor están conectadas de alguna forma. A lo mejor, si acabamos con la grande, nos libramos del resto. De todas formas..., tenemos que matar a la quimera de clase C para poder salir vivos de aquí. Tendrás que hacerlo tú.

Parpadeo.

— Annie, me encantaría hacerlo, pero...

— Lo haremos como antes. Yo te daré tiempo y tú te colocarás en una posición con ventaja. Entonces, te tomarás la gragea de precisión y la matarás. El tiro será certero. Es imposible que falles.

Trago saliva.

—¿Cómo vas a darme tiempo?

Otra quimera salta hacia nosotros. Se le enreda en la muñeca, pero Destructor la agarra de la cola con los dientes y tira de ella. Me parece ver un destello rojo en el brazo de Annie y se me hiela la sangre en las venas.

Si le pasa algo malo por mi culpa...

Entonces, sin que tenga que responder a mi pregunta, Annie se lleva la mano a la bolsa de cuero en la que ha estado guardando las grageas que hemos conseguido, saca una de ellas y la observa un segundo.

— Antes tú mismo lo has dicho: cualquier gragea es buena si nos da un poder.

Se la toma y mastica.

Y un segundo después, cuando sus pies se separan del suelo, Annie sabe lo que tiene que hacer. Usa la capacidad temporal de flotar para impulsarse, dar un pequeño salto hacia arriba y moverse con rapidez y elegancia mientras se enfrenta una a una a todas las quimeras.

—¡Rápido! ¡Busca un sitio desde el que disparar!

Algo dentro de mí se rebela contra la idea de dejarla luchando sola, pero sé que tiene razón. Me asomo al borde, desde aquí no podré derrotar a la quimera. Tal vez acierte el primer tiro, pero no creo que eso sea suficiente, y para cuando prepare la segunda flecha... No. Nos mataría antes.

Miro a mi alrededor y calculo. Necesito un sitio más alto, necesito estar más arriba.

Encuentro una roca alta.

—¡Annie! — la llamo. Ella continúa apoyando únicamente la punta de los pies para tomar impulso y deslizarse en el aire como si no existiera la gravedad. De nuevo, tengo la sensación de estar

viéndola bailar —. ¡¿Si subo a esa roca de ahí crees que podrás atraer a la quimera aquí?!

—¡Sí! ¡Hazlo!

Voy hasta el borde e ignoro a las quimeras que serpentean allí abajo antes de descolgarme, pero las serpientes se dan cuenta y empiezan a treparme por las piernas antes de que llegue al suelo.

Una repentina ráfaga de aire las echa abajo. No es tan fuerte como para que caigan todas, pero aprovecho el desconcierto para sacudirme a las últimas de encima. Cuando alzo el rostro, Annie está en el borde con la mano levantada. Algunas grageas de acción rápida hacen eso. Igual que se puede controlar la luz, también es común el poder de controlar otras energías, como la del aire.

— No abuses de ellas — le digo —. Aunque sean grageas suaves no sabes cuándo tomarás una potente y si ya has tragado muchas de acción rápida...

—¡Está controlado! — responde, y me da la espalda para seguir enfrentándose a las quimeras pequeñas.

De vez en cuando, un siseo colérico resuena por toda la caverna.

Corro. Avanzo todo lo rápido que puedo, ignorando a las quimeras que me salen al paso. La mayoría son pequeñas, pero las medianas me entretienen. Me hacen detenerme a enfrentarme a ellas y, entonces, me doy cuenta de que el suelo se mueve.

Noto un leve temblor y cuando busco el origen compruebo que la más grande de todas ha empezado a moverse.

Estamos matando a sus crías y está enfadada.

Así que intento correr más rápido. Me agarro con fuerza a la roca más grande y, haciendo lo posible para no pensar en las quimeras que tratan de trepar por mis piernas, subo e ignoro el dolor cuando una me clava los colmillos en el tobillo.

No puedo detenerme; si lo hago, no saldremos de aquí.

Mientras escalo, echo la cabeza atrás y veo a Annie tragarse demasiadas grageas. La veo flotar de nuevo y más tarde usar las manos para molestar a las serpientes con luz. Una de las veces, el poder que le otorga la gragea no se manifiesta. Igual es una de esas grageas que te conceden el poder de sumar sin equivocarte, que te permiten recitar de oído los compases de una canción o algo similar.

—¡No te tomes ninguna más! —le grito cuando alcanzo uno de los salientes —. ¡Espera a que se te pase el efecto de las que te has tomado!

No sé si me oye. Annie me mira, pero no responde. Y estamos lejos.

Sin embargo, aún no estoy lo suficientemente arriba.

Ahora me vendría muy bien la gragea del equilibrio, o una de superfuerza, ya puestos. Porque los músculos de los brazos me duelen de lo lindo mientras me agarro a la piedra y continúo subiendo.

Destructor cubre a Annie mientras pelean, pero las quimeras se están enfadando y cada vez son más las que nos atacan a los dos. Yo ya me he llevado varios mordiscos. Siento la pierna izquierda entumecida y los dedos de las manos agarrotados.

No me gusta hacerlo, pero, cuando alcanzo el siguiente saliente y me doy cuenta de que aún no es suficiente, me tomo la gragea de la curación. Si las serpientes siguen mordiéndome, pronto dejaré de sentir las manos y tengo que notar los dedos para disparar mis flechas.

En un momento dado, Annie debe de tomarse una gragea más interesante que el resto, porque oigo un estruendo y un segundo más tarde veo cómo caen escombros del techo: piedra y madera de la casa, que se precipitan al vacío y entierran a varias quimeras.

El siseo entonces se hace más fuerte.

Suena como un rugido, un aullido de dolor, rabia e ira. Las quimeras menores se hacen a un lado en el suelo y veo con horror cómo el monstruo lo cruza en dirección a la roca de Annie.

Yo aún no estoy lo suficientemente arriba, pero dejo de escalar, me quedo donde estoy, en un espacio muy reducido y busco en mi bolsa.

Saco como puedo el arco.

Desde aquí, seguramente, no tendré un buen ángulo.

Pero no puedo esperar. Mi compañera me necesita ahora.

Una quimera sube por la roca y yo la pisoteo, completamente desesperado. Las mandíbulas de otra se me clavan en la rodilla cuando la ignoro y grito. Grito con fuerza, pero no dejo de preparar el arco. No puedo perder ni un segundo porque la quimera de clase C se aproxima de nuevo a Annie y esta vez no creo que vaya a fallar.

Está furiosa. Está desquiciada.

La serpiente gigantesca se alza sobre la roca. La luz que entra del agujero por el que hemos caído las ilumina a ella y a Annie: el azul de la túnica de mi amiga frente al negro y al dorado de la criatura.

Encajo una flecha, tenso la cuerda y... disparo.

Rezo para acertar el tiro.

Sé que no fallaré, la gragea no lo permitirá, pero soy consciente de que desde aquí no lograré mucho. Debería haberle dado en un ojo. Debería haberme colocado mejor.

La flecha cruza la oscuridad de la galería y se encaja en un hueco en su cuello, haciendo que sisee, casi como si fuera un chillido.

Coloco con rapidez otra flecha, me preparo y, en lo que dura un parpadeo, la quimera se revuelve. Sacude la cabeza con rabia, como si intentara quitarse la flecha. Annie retrocede por instinto, también Destructor; pero no sirve de nada.

La serpiente se lanza adelante y a un lado, y los golpea con

fuerza.

Destructor salta a tiempo. Aterriza con ligereza sobre sus patas delanteras, pero Annie... A Annie la alcanza de lleno.

Me quedo sin respiración. Creo que no soy capaz de tomar una sola bocanada de aire hasta que veo que se pone de pie.

Siento otro mordisco, y otro, y otro más... Pero no me detengo a apartar a las quimeras. Ahora debo salvar a Annie.

Tenso la cuerda, dándome cuenta de que me cuesta mucho hacerlo. Tengo los dedos dormidos y los brazos sin fuerza, pero disparo y la flecha alcanza a la criatura un poco más arriba. Un líquido dorado y viscoso salpica la roca cuando vuelve a agitarse. Esta vez, no va a por Annie. Se vuelve en mi dirección y, cuando sus enormes ojos me encuentran..., se lanza hacia mí.

No es solo ella.

Lo noto en los tobillos, en las rodillas. Las quimeras que estaban cerca me clavan sus colmillos con furia y el resto repta con un siseo estridente; todas al unísono.

Encajo una tercera flecha y me doy cuenta de que tengo que arriesgarme. Es ahora o nunca.

Preparo a la vez una cuarta.

Tiro de la cuerda con las dos flechas. Se supone que no fallaré. No importa cuántos objetivos haya, ¿no?

Con las pocas fuerzas que me quedan, dejo volar las flechas y veo cómo cruzan el espacio cada vez más pequeño entre la quimera y yo... Y le atraviesan un ojo cada una.

La criatura emite un sonido vibrante, agudo y horrible; y me doy cuenta de que no es solo ella. Todas las serpientes de la gruta sisean; las que vemos y las que permanecían ocultas. Debían de ser cientos, tal vez miles...

La quimera ciega abre sus mandíbulas tan cerca de mí que su

aliento apestoso me da en la cara y me agita el pelo. Me echo hacia atrás, pero mi espalda choca con la roca. No tengo a donde ir.

Me preparo para el golpe, cierro los ojos, giro la cara y...

El siseo se detiene.

Oigo el sonido familiar de ese humillo que sale de los cuerpos de las quimeras cuando están a punto de consumirse.

Al abrir los ojos, la serpiente desaparece y una gragea cae a mis pies en su lugar.

Las quimeras menores que me habían mordido desaparecen también.

De pronto, la galería entera se encuentra llena de grageas brillantes. Son tantas, tantísimas... Nunca había visto una cantidad como esta, ni siquiera en las tiendas o en los almacenes donde las vendemos.

Antes eran quimeras y ahora... ahora no son más que cápsulas: pequeños y coloridos recipientes de magia. Siento que se me revuelve el estómago.

Me dejo caer de rodillas, tomo la gragea de clase C y me da tiempo a mirarla un segundo antes de que todo se vuelva completamente negro.



9

Annie

Ha pasado ya una semana desde que sobrevivimos a la quimera de clase C y Kian aún no ha despertado.

Cuando lo atendieron en el gremio, vimos que tenía mordeduras por todas partes. El maestro no entendía cómo Kian había permitido que le hicieran aquello; yo sí. Yo lo sabía. Creí que una de las grageas de acción rápida que tomé no había funcionado, hasta que escuché a Kian. Lo oí como si estuviera a mi lado, pero él ya estaba lejos escalando la roca y me di cuenta de que ni siquiera me estaba hablando: oía lo que pensaba. Así que sé que se arrepentía de haber dado el cambiazo a la misión, que la culpa lo torturaba y que quería protegerme a cualquier precio.

Durante esos minutos extraños, también sentí una presencia terrible, la mente y la energía de una criatura peor que la quimera de clase C, y hasta que no salimos de allí temí que apareciera; pero no lo hizo y ahora empiezo a pensar que a lo mejor solo fue el miedo haciéndome imaginar cosas.

Destructor tiene la cabecita apoyada en el regazo de Kian. Me

mira y suspira muy suave antes de volver a cerrar los ojos. Ha pasado cada noche desde que volvimos con él, vigilante.

— Yo también quiero que se despierte ya — le digo, en un susurro, y aparto el pelo rubio de Kian de su frente.

Parece que duerme, pero en realidad su cuerpo lucha contra el veneno de todas aquellas quimeras.

Cuando logré salir de la gruta y pedir ayuda, prácticamente todos los miembros del gremio tuvieron que volver a recoger grageas: kilos, y kilos, y kilos... de ellas. Resultó que muchas eran grageas sanadoras y Brita, la química del gremio, las ha usado con Kian. También ha preparado antídotos, ha curado sus heridas y le ha dado las grageas de sanación más potentes que el maestro ha conseguido.

Y ahora el resto está en su mano. En su voluntad.

Le han puesto una camisa abotonada porque así era más fácil hacerle las curas al principio.

Sobre su pecho descansa el colgante por el que yo sentía tanta curiosidad. Es una media luna dorada rodeada de nubes y estrellas. Como siempre lo llevaba bajo la ropa, casi me parece mal estar mirándolo ahora, es como si estuviera escuchando un secreto a escondidas o leyendo su diario.

Me muero por verlo mejor.

Sacudo la cabeza y me quito la idea. Le preguntaré qué es cuando despierte.

Unos golpes en la puerta hacen que me gire. Destructor salta al instante del regazo de Kian y desaparece enseguida. La melenita rubia de Diara se asoma por ella con cuidado antes de hacerme un gesto con la mano para que me acerque.

—¿Cómo está? — pregunta sin entrar.

— Sigue igual — respondo.

Estos días me han servido para conocer a mi compañera de cuarto un poco. Kian tenía razón: es buena, se preocupa por él. Ha pasado muchas horas en esta habitación y sé que ha estado intentando conseguir grageas de sanación mejores para ayudarlo a despertar, aunque no ha encontrado nada mejor que lo que le ha dado el maestro.

— Qué tonto... — masculla, y sacude la cabeza. No ha dejado de repetir lo mismo desde que le conté lo que había hecho Kian—. A mí me cuesta enfrentarme a las quimeras de clase C y soy mayor, tengo más experiencia y siempre actúo con un plan. Tenéis suerte de estar vivos.

— También fue muy valiente — murmuro sin dejar de mirarlo.

Me da la impresión de que veo la puntita de la cola de Destructor asomando por debajo de la cama; espero que Diara no se dé cuenta. Me doy la vuelta hacia ella, que cruza los brazos ante el pecho y frunce el ceño.

— Después de haber hecho algo realmente estúpido... Pero, bueno, Brita dice que tiene el laboratorio lleno de sacos de grageas de vuestra misión.

Diara no estaba cuando volví a por ayuda, así que fue de las que no vio la gruta.

— Sí — respondo —. No las ha terminado de analizar todas, pero la mayoría son de un poder reducido... Quizá no habría hecho falta matar a todas esas criaturas.

—¿Qué quieres decir? — inquiere —. Eran quimeras y, por lo que parece — dice señalando a Kian con el mentón —, todas venenosas.

Me encojo de hombros. Siempre que rememoro esa gruta llena de grageas relucientes se me hace un nudo en el estómago.

— Es que... estaban vivas y ahora... ahora son prácticamente caramelos que dan poderes tontos y están en sacos.

— Necesitamos esos poderes tontos — dice Diara —. Todo el mundo tiene grageas luminosas en casa para las emergencias o grageas de energía para cuando duermes mal... No le des más vueltas. Alguna tienda las querrá vender y los bocadragones le vendrán bien al gremio.

Vuelve a sacudir la cabeza y se da la vuelta hacia fuera. Yo la sigo.

—¿Querías algo? — pregunto entonces.

Ella resopla. Mueve el cuello a un lado y a otro, y después rota los hombros, como si se quitara un peso de encima.

— Necesito entrenar. ¿Quieres entrenar?

Recuerdo las manchas de sangre del tatami.

—¿Alguien va a impartir una clase?

He descubierto que no es del todo cierto que en Lilium no haya programa de entrenamiento. No es regular, ni mucho menos formal, pero los mataquimeras más experimentados ofrecen clases de vez en cuando..., obligados por el maestro Mael, claro.

— Omari iba a dar un par de clases de lucha cuerpo a cuerpo esta semana, pero lo han enviado a una misión. No hay nadie.

— Eh..., entonces...

Me da un empujoncito muy suave.

— Vamos. Lucharemos juntas — insiste, sin esperar a que responda —. Te enseñaré un par de cosas. Siempre es mejor prepararse en compañía, aunque no se comparta especialidad. Lo tuyo son las espadas cortas, ¿no? Yo uso una espada normal. Puedo darte algunos consejos.

Me lo pienso un segundo antes de seguirla al piso de abajo.

Yo no resulté muy malparada de la misión. Me mordió alguna serpiente, pero la toxicidad era mínima, y los golpes que recibí tampoco fueron importantes, así que he podido entrenar.

Conozco las salas y la armería. Omari impartió una clase de

defensa sin armas hace un par de días y me fue bastante bien. Otros mataquimeras también se han ofrecido a enseñarme, pero Diara... La he escuchado gritar a los pájaros al amanecer y la he visto encararse con tipos que le doblaban el tamaño. También presencié la pelea que tuvo con la mataquimeras que le dejó el ojo negro.

Ahora tiene una pinta aún más intimidante.

Diara toma las armas y vamos juntas hacia una de las salas. Me estoy preparando para dar una excusa que me libre de entrenar con ella cuando, de pronto, alguien grita con júbilo y el primer piso se llena de risas.

Diara se detiene, se gira hacia la entrada y baja su espada.

— Casandra — murmura con un tono de voz extremadamente suave y un poco más agudo de lo normal.

Se le ilumina la cara con una sonrisa. Casi parece otra persona.

Luego sale corriendo. Yo la sigo, pero me quedo en un discreto segundo plano.

Entre la multitud, los recién llegados saludan a los mataquimeras del Lilium. Son dos: un hombre y una mujer jóvenes. Él es alto, muy alto. Lleva el pelo castaño suelto y cortado por los hombros. Es fuerte y musculoso y tiene un rostro de líneas serias y angulosas, y una piel morena muy bronceada por el sol. La chica es pelirroja y lleva el cabello muy largo y ondulado, con un flequillo que cae a ambos lados de su rostro. Es mucho más baja que él y es realmente guapa. Tiene una de esas caras delicadas, con forma de corazón, pómulos altos, mentón estrecho...

Y ese nombre... me suena. No sé de qué, pero creo que ya lo había oído antes.

— Son nuestros mejores mataquimeras — me dice entonces una voz.

Me giro en redondo.

— Maestro. Buenos días, señor.

Es verdad. Ahora lo recuerdo. Kian me habló de los dos: Dante y Casandra, los mejores mataquimeras del Lilium.

Se ríe con suavidad.

— Kian te diría que no soy ningún señor. — Baja un poco la vista, apenado —. Ambos son mataquimeras de nivel A.

— Nivel A... — repito.

No puedo imaginar a una criatura así; no después de habernos enfrentado a una clase C y haber estado a punto de no contarlo.

¿Cómo será una quimera de clase A? ¿Cómo será sobrevivir a una?

— Dante, Casandra... — los llama.

Ellos miran en nuestra dirección y dejan un momento a los demás para acercarse al maestro Mael. En cuanto se detienen, Dante rodea los hombros de Casandra de forma distraída, como si llevara haciéndolo toda la vida. Ella se apoya un poco en él.

— Muchachos, esta es nuestra nueva incorporación — les dice —. Una flor tardía. Se llama Annie y ya ha derrotado a una quimera de clase C... en su primera misión.

— Vaya. — Casandra parpadea y yo me sonrojo porque de pronto siento que me prestan demasiada atención —. ¿Cómo es eso?

El maestro esboza una sonrisa que ya no es tan alegre y entonces les cuenta cómo está Kian. Un rato después, Dante sube a verlo con el maestro mientras Casandra nos acompaña a Diara y a mí a nuestro entrenamiento. Obliga a mi compañera de cuarto a dejar las armas de verdad y las sustituye por bastones de bambú, gesto que agradezco enormemente hasta que descubro lo que duele un golpe con una de esas cosas.

— Diara..., refrénate — la regaña. Tiene voz dulce, templada —. Más fuerza no significa un mejor golpe. Si sigues combatiendo así, te

cansarás diez veces más rápido.

— Ganaré diez veces antes.

Casandra me hace un gesto para que me aparte. Viste una túnica de un rojo intenso y vibrante, a juego con su pelo, y la luce con elegancia. Lleva un bastón de entrenamiento. Lo agarra con una sola mano y va haciéndolo girar mientras ocupa mi lugar en el tatami.

— Presta atención, Annie — me dice con suavidad —. Fíjate en lo que hay que hacer y también en los errores. Es importante aprender de ellos.

Diara se lanza hacia Casandra. Aunque es mucho más joven, son de una altura muy similar. Se arroja contra ella y en ese momento me doy cuenta de que conmigo, de hecho, sí se estaba cortando.

Tiene mucha fuerza.

Pero eso no parece importarle a Casandra, que simplemente se hace a un lado para esquivar un ataque. Porta el arma con una sola mano y descarta los golpes como si estos no llevaran nada de fuerza. Yo sé que sí la tienen.

Una y otra vez, se mueve con una mano tras la espalda, delicada como una de las bailarinas profesionales que alguna vez me han dado clase, y descarta los ataques de Diara, que cada vez se frustra más. Al final, Casandra solo necesita atacar una vez para darle un toquecito de lo más suave en el hombro.

Cuando acaban, Diara jadea, pero ella está entera.

A Kian le habría encantado estar en este entrenamiento.

— El equilibrio es la clave — nos dice a las dos —. La fuerza no sirve de nada si no sabes cómo gestionarla.

— Ha sido increíble — le digo con sinceridad.

Se sienta a mi lado en el tatami y cruza las piernas. Mi compañera de cuarto la sigue un poco malhumorada.

— Buen trabajo, Diara — le dice Casandra, dedicándole una

sonrisa encantadora —. Has mejorado mucho desde la última vez.

Su expresión cambia. Al instante, se ilumina y un rostro que de normal es un poco huraño se vuelve amable.

¿Es rubor lo que veo en sus mejillas pálidas?

—¿Disteis caza a la quimera de clase A? ¿Cómo era? ¿Qué grageas usasteis? — pregunta sin darle tiempo a contestar —. ¿Cuántas quimeras de clase A habéis matado ya? Yo llevo cinco de clase C — añade con verdadero orgullo.

Casandra se ríe. Hasta su risa es suave.

— No lo sé. No las he contado.

Diara arquea mucho las cejas rubias.

—¿No?

Casandra sacude la cabeza con tranquilidad.

— Y tú tampoco deberías hacerlo. Esa no es la cuenta que hay que llevar. — Le da un golpecito con el índice en la nariz —. El número que importa es el de las personas que salvas.

Las dos nos quedamos en silencio, esperando.

Al final, Diara pregunta:

—¿Cuántas...?

Casandra se ríe un poco más alto, aunque su tono sigue siendo blando como la mantequilla.

— Muchas — contesta —, pero nunca suficientes. Nosotras tres tenemos un don: ver a las quimeras, y una responsabilidad: proteger a quienes nacen sin la visión. Las quimeras de clase E y D rara vez son algo más que una molestia con la que cualquiera podría lidiar... si se dejaran ver. Las C son un problema en potencia... No lo entendáis al revés — añade, de pronto preocupada —. Es muy importante que cumpláis esas misiones. Es lo que os toca ahora. Pero la meta son las quimeras mayores, las de clase B o las de clase A; las que pueden arrasar poblaciones enteras. Los mataquimeras

somos la última línea entre los monstruos y los que están indefensos frente a ellos. ¿Imagináis despertar un día y descubrir que hay algo que destruye tu hogar, una fuerza invisible que se lleva los tejados, que quema los bosques o que aplasta a tu familia en el acto?

Se me hace un nudo en la garganta.

— La quimera serpiente de clase C a la que nos enfrentamos casi acaba con nosotros, y podíamos verla. Era enorme. Podría haberse tragado a diez como nosotros y seguramente no se habría saciado.

Casandra se inclina un poco para apoyar una mano delicada sobre mi hombro.

— Espero que no creas que le quito importancia a tu hazaña. Fuisteis muy valientes.

Sacudo la cabeza.

— Lo he entendido. Si una de clase C era así..., puedo imaginar el terror que sentirá la gente cuando una de clase superior aparece en sus hogares.

Casandra asiente y me sonríe.

— Nuestra obligación es protegerlos. — Echa la cabeza hacia atrás y suspira —. Aunque el dinero de la recompensa no nos viene nada mal ahora mismo. No recuerdo otra época en la que fuéramos tan justos.

—¿Será suficiente para pagar el impuesto del emblema? — pregunta Diara.

Ella sacude la cabeza.

— No. No será suficiente. Pronto tendremos que salir a otra misión de clase A si queremos recaudar todo el dinero antes de que acabe el año.

¿Qué pasará si no lo consiguen? ¿Qué ocurrirá si el maestro no paga el emblema y el gremio deja de ser oficial? ¿Seguirán trabajando en la sombra? ¿Cerrarán el Lilium? Y, si eso pasa..., ¿qué

será de mí?

—¿Y bien? — insiste Diara, interrumpiendo mis pensamientos —. ¿Cómo era la quimera?

Casandra sonríe y empieza a relatarnos la aventura con Dante con todo lujo de detalles. Al parecer, su especialidad son los cuchillos, aunque, por lo que cuenta, tanto su compañero como ella utilizan varias armas diferentes en las misiones.

Ojalá supiera usar tan bien tantas armas.

— Yo utilicé una gragea de fuerza sobrehumana para poder atravesar su piel con los cuchillos y otra de invulnerabilidad para poder acercarme tanto sin que sus golpes me mataran — continúa.

—¿Te tomaste dos grageas a la vez? ¿Dos de las poderosas? — pregunto yo.

Casandra asiente, va a decir algo, pero Diara se le adelanta.

— Casandra puede tomar incluso tres. Yo ya lo he intentado con dos, pero nunca ha salido bien.

— Es que no estás preparada. Eres muy joven — la regaña la mataquimeras. Luego me mira a mí —. Tú tampoco deberías intentarlo. Incluso las grageas de acción rápida pueden resultar mortales si se combinan demasiadas al mismo tiempo. Los químicos solo pueden hacer una estimación del poder de la gragea, pero no pueden saber su alcance real ni cómo afectará a nuestros cuerpos, así que es mejor no tentar a la suerte. He visto demasiadas sobredosis por grageas de acción rápida como para saber que no es una tontería. Muchos civiles sin el don de la visión se envenenan también por no saber lo que hacen.

Pienso en lo que hice yo para luchar contra la quimera de clase C y me encojo un poco. Pero eso era cuestión de vida o muerte, ¿no?

—¿Cuándo estuviste preparada para tu segunda gragea? — insiste Diara.

Casandra se pone en pie. Se alisa la tela roja de la túnica con las manos y ladea la cabeza antes de agacharse un poco y revolverle a Diara su melenita rubia.

— Era mucho mayor que tú ahora — le promete —. Incluso Dante, que se adaptó a la tercera mucho antes que yo, no pudo tomar una segunda gragea hasta los dieciséis.

Algo peligroso se ilumina en la mirada azul de Diara.

—¿Quieres decir que tomó su segunda gragea entonces?

Casandra la mira como si estuviera pensándose si responder o no. Al final, suspira y cede.

— Sí, pero es Dante. — A través de la puerta abierta se le puede ver. Ha debido de terminar ya con Kian y ahora charla de forma animada con otros mataquimeras —. Dante es especial.

Ya no parece hablar con Diara, ni conmigo. Se queda un rato en silencio, tal vez demasiado, hasta que Dante se da cuenta de que estamos aquí y viene a saludarnos. Hace lo mismo que antes: en cuanto se detiene y llega junto a Casandra, la rodea con un brazo. Es automático, ni se lo piensa.

—¿Qué tal el entrenamiento? — Se mete la mano libre en el bolsillo —. ¿Estás dispuesta a que te dé una paliza mañana, Diara?

—¿Te da miedo intentarlo ahora?

Dante se ríe y se lleva la mano a la empuñadura de su espada, pero no la desenvaina.

— Lo siento, canija, pero tengo planes en la ciudad. Unas señoritas que me han echado mucho de menos me esperan.

Casandra aparta la mirada.

Dante sonríe. No se da cuenta.

— No te preocupes si no vuelvo a casa esta noche — le dice cuando se aparta un poco —. ¿Nos vemos mañana?

Ella levanta la cabeza para asentir con una sonrisa muy pobre.

— Sí, claro. Nos vemos mañana.

— También te veré a ti, Diara — añade Dante mientras se marcha, apuntándola con el dedo —. Quiero ver qué has aprendido.

— Eso está hecho. — Sonríe.

— Chicas, yo también me marcho. Quiero ver cómo se encuentra Kian — murmura Casandra antes de desaparecer y dejarnos solas.

Yo espero hasta que estoy segura de que no puede oírnos y digo:

— Creía que estaban juntos. Antes me ha parecido...

— No — me interrumpe Diara —. Casandra está coladita por él, pero Dante es tontísimo y no se da cuenta, o no quiere hacerlo. Es un mujeriego y nunca tendrá nada serio con nadie, ni siquiera con una mujer como ella.

Se sonroja al decirlo. Aparta el rostro para que no la vea, pero yo me doy cuenta.

No hago ningún comentario.

—¿Quieres seguir? — le pregunto.

Diara alza la cabeza. El aire distraído y un poco triste desaparece. Tiene una sonrisa diferente, desafiante y divertida.

—¿Cogemos espadas de verdad?

— No. Me niego.

Ella se ríe con ganas. Vuelve a tomar el bastón de entrenamiento y camina hacia el tatami para ponerse en guardia.

Yo la sigo.

Estoy en el cuarto que comparto con Diara, observando el abanico destrozado que Kian recuperó del Palacio de las Magnolias. Está inservible, pero no puedo tirarlo. Me quedo mirándolo un rato con un nudo en el estómago. Iba a acostarme, porque el entrenamiento de hoy me ha dejado agotada, pero me doy cuenta de que no podré dormir.

Me pongo en pie y vuelvo a visitar a Kian. Un segundo después de abrir la puerta, Destructor salta de encima del armario en el que debía de haberse escondido.

— Buen chico — le digo.

Casi todos los golpes y las mordeduras de Kian han sanado ya, pero sigue sin despertar y cada vez que pienso que podría no hacerlo... No. Sacudo la cabeza. No quiero pensar en ello. Destructor se frota contra mi costado y yo hundo los dedos en su lomo esponjoso y suave.

—¿Te estás poniendo un poco fondón?

Él maúlla en respuesta.

Sí que parece más gordo. Puede que alguien esté disfrutando de la plaga de ratas que hay en el barrio.

— No he comido tantos pasteles...

Una voz grave, ronca, hace que me gire en redondo.

Debo de estar aplastándole la pierna, porque Kian se queja.

—¡Kian! ¡Estás despierto!

Destructor se le acerca y le da un golpecito en la mejilla con su propia frente. El chico se ríe, todavía con los ojos entrecerrados.

— A tu caballo de tamaño medio le caigo bien...

Destructor ronronea mientras se frota contra él y Kian lo acaricia.

— No es tan grande — protesto.

Él se ríe y tose un poco. Aún tiene la voz ronca.

Me pongo en pie.

— Voy a avisar al maestro.

— Annie...

— No, calla. ¡Tengo que llamar al maestro Mael, y a Brita!

— Annie... — insiste.

Pero estoy demasiado nerviosa para detenerme y salgo disparada para contarles a todos que Kian se ha despertado por fin.



10

Kian

Primero se aseguran de que esté bien. Luego me gritan. Y, después, me gritan más. Todos y cada uno de mis compañeros del gremio parecen tener algo que decir. Lo más curioso de todo es que el maestro Mael apenas alza la voz..., y eso me da un miedo de narices; porque solo puede significar que aún no ha decidido cómo castigarme. Y seguro que será molesto y retorcido.

Desde que he despertado, Annie no ha vuelto por aquí. La vi entonces, cuando abrí los ojos, pero no ha regresado y yo no me he atrevido a preguntar por ella. Me habría gustado saber que está bien; ayer lo parecía, pero... ¿también regresó tan mal como yo de la misión?

Quiero pedirle perdón y decirle que aún quiero ser su compañero, pero no sabría ni por dónde empezar.

Mientras estaba inconsciente he soñado con ella. He soñado muchas cosas, algunas de ellas han sido pesadillas entremezcladas con recuerdos de la quimera de clase C, y todas y cada una de ellas han sido horribles. Pero también he visto a Annie lejos de todo eso. He soñado cómo se sentaba a mi lado, he creído sentir la forma en

la que me rodeaba la mano y también he notado sus dedos pequeños apartándome de la frente el pelo empapado de sudor.

— Eh, tú, granuja, creo que te está subiendo la fiebre de nuevo.

Dante ha venido a visitarme esta mañana, porque anoche, cuando me desperté, él ya no estaba en el gremio. Toma un paño de la mesilla y lo humedece sin mucho cuidado antes de acercármelo a la cara y ponerlo todo perdido.

— Hay que escurrirlo antes — le digo, apartándolo de mí. Estoy sentado en la cama y todo el regazo se me llena de agua —. Y además no tengo fiebre.

— Pues estás más rojo que la salsa de tomate de Berto.

Dante vuelve a tomar el paño y lo acerca a mi cara como si no me hubiera oído. Le empujo la mano, pero es peor, porque acabamos forcejeando y empapándolo todo. Un carraspeo en la puerta hace que Dante, que ya me ha dado en la cara dos veces, se detenga.

Diara está apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados bajo el pecho, pero no es ella quien llama mi atención. A su lado, está Annie. Se ha puesto una de sus túnicas azules y lleva el pelo recogido en una coleta. Así, su cara está más despejada y sus ojos azules parecen aún más grandes.

— Annie.

Ella aparta la mirada, pero responde.

— Venimos a ver cómo estás hoy.

— Parece que le está subiendo la fiebre por momentos — contesta entonces Dante.

Me giro hacia él y le aparto la mano de mi frente de un manotazo.

— No es verdad.

Él se ríe de esa forma suya tan particular; sin llegar a esbozar una sonrisa completa: solo un destello de dientes blancos que contrastan con fuerza con su piel morena, tostada al sol.

— Brita dice que te pondrás bien — interviene Diara.

— Sí. — Me paso la mano por el pelo, de pronto muy consciente de lo despeinado que estoy —. Me ha dicho que solo necesito descansar.

— Bien. Podrás hacerlo mientras Annie y yo cumplimos una misión.

Me echo un poco hacia delante.

—¿Qué? ¿Vais a hacer una misión juntas? — Busco a mi compañera, pero ella rehúye mi mirada —. ¿Por qué?

— Porque tiene que aprender, Kian. El maestro me ha dado una misión fácil de clase D. Iremos y la terminaremos juntas.

De clase D. El maestro les ha dado una misión de clase D... Como las que estaba cumpliendo yo.

— Si me das unos días, yo mismo podría...

— No. — Me interrumpe Annie, que por fin me mira y hay algo en sus ojos... que no me gusta —. No se trata de que tenga prisa o no. Se trata de que me mentiste.

— Annie, yo... Lo siento. Sé que estuvo mal. Creía que podríamos hacerlo y me dejé llevar. No volveré a ponerte en peligro de esa forma.

— No es solo por eso — replica. De nuevo, parece tener problemas para mirarme —. Era tu compañera y no confiaste en mí. No puedo salir ahí fuera a cumplir misiones tan peligrosas si no confiamos el uno en el otro.

— Confío en ti.

— No. No lo haces. Y, sinceramente, Kian, no sé si yo puedo fiarme de ti.

Se da la vuelta antes de que pueda decir nada. Me quedo con la mano levantada hacia ella, la boca abierta con una disculpa en la punta de la lengua.

Diara se aparta lentamente de la puerta. Parece un poco apenada cuando se encoge ligeramente de hombros.

— Vamos a entrenar con Casandra para prepararnos para la misión. Os vendrá bien estar un tiempo separados — opina, y echa a andar hacia fuera —. Seguro que se le pasa... — añade con tono de disculpa.

Deja la puerta abierta cuando se va y yo aún escucho sus pasos al alejarse.

— Auch.

— Cierra el pico — le digo a Dante.

Se ríe y se echa el pelo largo hacia atrás.

— Es que tiene razón, chaval. Tu compañera tiene que estar al tanto de tus ideas en las misiones, y más si van a ser tan asombrosamente estúpidas.

— Si lo hubiera sabido, no me habría dejado hacerlo.

— Precisamente — responde, y me guiña un ojo. Acto seguido, apoya las manos en el regazo con un suspiro y se pone de pie —. ¿Qué? ¿Quieres estirar un poco las piernas?

Dante me ayuda a levantarme. Es más alto que yo y no le cuesta rodearme con un brazo y dejar que me apoye en él mientras avanzamos. Siento las piernas un poco flojas al principio, pero moverme me sienta bien. Caminamos despacio por el pasillo de los dormitorios y enfilamos después hacia las escaleras.

—¿Sabes? Antes de conocer a Casandra yo tenía otro compañero — me dice de pronto.

—¿Quién?

— Ah, no lo conoces... Se llama Enzo. Ascendió y, cuando Lilium se le quedó pequeño, se marchó a Aster.

—¿Preferiste quedarte a marcharte con él?

No lo juzgo, lo entiendo. Yo no dejaré Lilium jamás. No me

importa qué me ofrezcan otros gremios. Mael me abrió las puertas de su gremio cuando todos los demás decidieron que no era lo bastante bueno. Pero esa no es la historia de Dante. Él creció con unos padres que lo querían y se hizo mayor compartiendo su tiempo con amigos del barrio... El Lilium fue solo una de sus opciones.

— Es que me gusta esto — responde, tan parco como siempre y con ese tonillo burlón que lo caracteriza —. El caso es que con Casandra fue diferente en todos los aspectos. Con ella tengo algo que no tuve con ese compañero, y que tampoco he tenido con ninguno de los mataquimeras con los que he trabajado..., y he colaborado con muchos otros, créeme. Ese tipo de vínculo se forja a lo largo del tiempo, a través de las peleas y los desafíos, pero yo supe desde el principio que Casandra tenía algo especial.

Cuando bajamos las escaleras y llegamos al primer piso, tomamos el corredor que nos lleva a las salas de entrenamiento. En la última de ellas, Casandra, armada con sus cuchillos, les está enseñando algo a Annie y a Diara. Nos quedamos en un plano discreto, en la puerta.

— No os lo propuso el maestro, ¿verdad? — me pregunta entonces Dante, bajando el tono de voz —. Fuiste tú quien quiso hacer equipo con la renacuaja, ¿no?

Asiento.

Dante vuelve a esbozar una media sonrisa que no entiendo y me mosquea un poco.

— Entonces, si crees que puedes crear con ella un vínculo parecido al que Casandra y yo tenemos, debes contarle las locuras que se te ocurran. Para que ella confíe en ti, tú has de confiar en ella primero y eso se trabaja. Hay que arriesgarse un poco.

Me giro hacia él.

Dante está mirando a Casandra.

—¿Cómo hago eso?

El mataquimeras baja los ojos y arquea una ceja.

—¿Confiar en alguien? Seguro que se te ocurre algo.

Antes de que ninguno de los dos se dé cuenta, Casandra está acercándose a nosotros.

—¿Cómo estás, Kian? — pregunta con suavidad —. ¿Te encuentras mejor?

Anoche vino a visitarme con el resto. También ella me gritó un poco.

— Sí. En un par de días estaré al cien por cien de nuevo.

Ella se ríe.

— No tengas prisa — murmura, y luego se fija en Dante —. ¿Has pasado la mañana con él?

— No... Acabo de llegar. He estado con una amiga de la ciudad.

Me giro hacia él y estoy a punto de abrir la boca para preguntarle qué demonios está diciendo, cuando me agarra un poco demasiado fuerte de los hombros y me lanza una mirada incendiaria.

— Oh, ya veo. ¿Alguien a quien conozca?

— He estado con Jenna — contesta con una sonrisa bobalicona —. Oh, no, no... Con Jenna estuve anoche. Esta mañana he estado con Melina... ¿O ha sido con Renata?

Casandra tuerce un poco la expresión y sacude la cabeza al tiempo que se cruza de brazos.

— Eres incorregible, Dante. Algún día todo eso que estás haciendo te explotará en la cara.

No espera a que responda. Casandra se echa el pelo hacia atrás y se aleja de nosotros con paso airado, de vuelta a la sala de entrenamiento.

Yo miro a Dante sin entender nada de nada.

—¿Por qué acabas de hacer eso? Era mentira, has estado conmigo

toda la mañana.

Suspira y de un plumazo desaparecen la sonrisa socarrona y ese aire como atontado con el que habla a veces. De pronto, parece medir unos cuantos centímetros menos, como si se hubiera desinflado.

— Si su reacción te iba a afectar tanto, ¿por qué narices le has dicho algo así? — insisto.

— Vamos a que te dé el aire, ¿eh?

Me pasa el brazo por los hombros y me guía en otra dirección. Argus saluda a Dante con un gesto cuando pasamos frente al mostrador, cerca de la salida. Aunque nuestro administrador parece un poco mayor, creo que ambos han entrenado juntos alguna vez. Dante espera a que estemos fuera para hablar.

—¿Sabes que te he dicho que con ella supe desde el principio que sería especial?

Asiento. La brisa es templada y es agradable volver a sentirla en la piel. Cierro los ojos un minuto.

— Bueno, pues, a pesar de eso, no vi venir el resto... Funcionamos fenomenal desde el principio y nos hicimos amigos, tanto que al final decidimos alquilar juntos un piso en el barrio. Queríamos un poco de privacidad, alejarnos del jaleo de Lilium, ya sabes, y como siempre estamos de misión y pensamos que pasaríamos poco tiempo en casa... se nos ocurrió que sería fácil.

—¿Qué tiene que ver eso con que le hayas mentido hoy?

Dante me da una colleja. Voy a devolvérsela, pero me agarra el brazo y un calambre me recuerda que debo moderarme.

— Eh, tranquilo, chaval. Ten un poco de paciencia. Ahora viene lo interesante. — Me hace un gesto y salimos del camino de gravilla para sentarnos junto a un árbol —. El caso es que también en casa funcionamos de lujo. Casandra y yo nos compenetramos en todos y

cada uno de los aspectos de la vida. Ella tiene la paciencia que a mí me falta, es prudente cuando yo no sé serlo y valiente cuando yo tengo miedo.

—¿Tú tienes miedo?

— Kian... — me reprende.

— Perdón. Continúa.

— Y lo peor de todo es que, por alguna extraña y absurda razón, ella debe creer que yo tengo alguna cualidad parecida, porque también está enamorada de mí.

Me giro para mirarlo. Sé que ha dicho que no le interrumpa, pero esta vez no puedo quedarme callado.

—¿También?

Es evidente que a Casandra le gusta Dante. Lo sabemos todos desde hace años.

— Menudo lío, ¿eh?

— Si ella también te gusta, ¿por qué no se lo dices? Espera. ¿Por qué te vas con otras mujeres?

Dante resopla. Estira sus largas piernas y cruza una bota por encima de la otra antes de apoyar la cabeza en la corteza del árbol y mirar al cielo.

— No entiendes nada de nada, ¿verdad, chaval? Casandra es buena, demasiado buena para mí. — Sonríe, pero en sus labios no hay burla ni fanfarronería; solo una tristeza tibia —. Y yo soy lo suficientemente decente como para no dejar que se acerque demasiado, pero no tanto como para apartarla del todo. Podría marcharme, podría decirle que buscara a otro compañero..., pero no soy capaz.

Me quedo de piedra.

—¿Y tu solución es irte con otras mujeres?

Dante me mira solo para darme un codazo.

— Espabila, Kian. No hay otras mujeres. Si piensa que soy un sinvergüenza, a lo mejor se cansa y sienta la cabeza con un buen tipo que no se juegue el pescuezo como yo y pueda darle la vida que se merece.

Parpadeo, asimilando lo que me está contando.

— Pero ¿por qué te complicas así?

Se echa a reír. Esta vez, cuando se vuelve hacia mí, me revuelve el pelo hasta que me lo quito de encima.

— Ya te lo he dicho. Lo más honrado sería decirle que se busque a otro compañero con el que hacer misiones menores que le permitan tener una familia y hacerse vieja y feliz, pero soy un cobarde y un caradura, y no planeo decírselo de momento.

— Todos en Lilium piensan que tú..., que eres...

Arquea una ceja larga y tupida.

—¿Un golfo y un canalla? Y espero que sigan pensándolo durante mucho tiempo, chaval. — Me sonríe. Esta vez hay algo más cálido en su expresión —. ¿Ves? Me estoy arriesgando a que un mocoso se vaya de la lengua; el mismo mocoso que hace dos años contó a todo el mundo quién rompió la lámpara del maestro a pesar de que me juró y perjuró que me guardaría el secreto.

Bufo, pero me avergüenzo un poco.

— Eso fue hace una vida. Supéralo.

— Ya, ya... — Mira de nuevo al cielo —. Eso es la confianza. Si creo que la mereces, te la ofrezco. Hay otras cosas más complicadas en la vida, pero eso es así de simple. Inténtalo.

Yo también miro arriba, al cielo que se llena de nubes blancas por momentos. Después, saco mi colgante de debajo de la camisa. Repaso con el dedo la inscripción que no necesito leer porque me la sé de memoria:

Kian, que la ausencia del sol no te impida apreciar la belleza de las

estrellas.
Mamá

Espero que Annie me dé esa oportunidad.



11

Annie

Diara y yo nos encontramos en un pueblo costero. Nos hemos alejado del puerto, de las tiendas y los puestos, y hemos bajado a la cala donde dicen que una quimera de clase D está espantando a los peces de la zona. Deberíamos haber completado esta misión por la mañana, en cuanto hemos llegado subidas a esa carreta que nos ha acercado, pero poco después de llegar un temblor ha sacudido el pueblo, y creo que la costa entera, y las fuerzas de seguridad nos han obligado a permanecer en una taberna, por si se volvía a repetir el seísmo.

Un hombre vestido de pescador, con las botas altas y una gabardina, se acerca cargando con sus aparejos.

—¡Dad media vuelta, jovencitas! ¡Hoy no es día de playa!

— Somos mataquimeras — le dice Diara dando un golpecito en la empuñadura de la espada que lleva a la cadera.

—¿Podéis contra una de clase S? No, ¿verdad? — inquiere, aún a voces y sin detenerse —. ¡Entonces, largaos! ¡Galial va a despertar!

Diara suelta un resoplido.

— Pueblerinos. Siempre con sus supersticiones y sus miedos.

Me detengo un segundo y me giro para mirarlo cuando pasa de largo.

—¿Por qué ha dicho eso? — le pregunto a Diara.

Galial dio nombre a la era anterior a la nuestra. Fue una quimera de clase S que duerme bajo las montañas desde hace más de quinientos años. Las crónicas que han sobrevivido describen a este monstruo como un dragón sin alas hecho de granito, aliento helado y ojos de hielo.

— Por el temblor de antes — me explica mi compañera —. Algunos están convencidos de que los desastres naturales son un aviso de que las quimeras de clase S están a punto de despertar, pero esos desastres llevan ocurriendo toda la vida y aún es demasiado pronto para que una quimera de clase S aparezca. El maestro Mael ya se enfrentó a Rilia en su época.

— Supersticiones... — murmuro, pensando que esas supersticiones son muy fuertes si hacen que ese hombre se marche con tanta prisa de la playa.

—¿Vamos? — pregunta Diara, impaciente.

No le ha gustado tener que detenerse y, a decir verdad, yo también estoy deseando cumplir la misión.

El sol de la tarde calienta los huesos y el olor a sal es intenso aquí abajo, junto al mar. Sabemos en qué zonas han avistado a la quimera de clase D, así que nos quedamos cerca, entre varias rocas alejadas de la orilla, y preparamos el plan.

Diara me muestra una a una sus grageas. Yo solo tengo la que me volverá venenosa si se me toca. No he querido traer las que conseguimos contra la quimera de clase C. Todas ellas, la poderosa y las grageas menores, las tiene Brita hasta que Kian y yo decidamos qué hacer. No me ha parecido bien tomar ninguna sin hablarlo con él

antes.

Diara dice que a ella no le importa.

— Visión supernítida, curación potente, rapidez sobrehumana... —enumera—. Supersaltos, precisión, otra de iluminación...

— No sé si me parece bien usar algo así de bueno teniendo las mías propias en el Lilium... —empiezo.

— No pasa nada —ataja ella—. Si te hace sentir mejor, puedes darme una gragea parecida cuando terminemos esta misión. De todas formas, estas no son las mejores que tengo. No hay que gastar grageas muy poderosas en misiones menores, y esta lo es.

—Entonces... ¿puedo elegir cualquiera?

—Dada tu habilidad con las espadas cortas y la forma en la que te mueves... — empieza y toma una de las grageas que ha puesto frente a las dos—, yo me tomaría la de supersaltos.

La sonrisa que me dedica es radiante, tanto como la sonrisa que puso Kian al ofrecerme aquel bollo relleno del señor Clancy. Ay..., lo echo de menos. Sacudo la cabeza para quitarme esa sensación de encima y tomo la gragea para guardarla.

— No. Te la tomarás ahora. El efecto durará lo suficiente y así podrás practicar. Cuando es la primera vez, puede costar adaptarse.

—¿Cuál vas a tomar tú?

—Rapidez sobrehumana.

De nuevo, Diara está radiante. Se recoge el pelo con una cinta y sorprendentemente tiene otra para mí. Ha pensado en todo.

Juntas, trazamos un plan. Gracias al ojeador que hizo el informe de la misión, sabemos cómo es la quimera y qué podemos esperar. Los ojeadores se dedican a redactar los informes que envían a todos los gremios. Algunas personas con el don de la visión prefieren no arriesgar sus vidas y se limitan solo a vigilar y catalogar a las quimeras. Diara opina que es lo más aburrido que puedes hacer con

el don.

Cuando hemos decidido el plan, me tomo la gragea: sabe a chocolate, pero curiosamente también a lluvia y a... agujetas. Creo que nunca me acostumbraré a estos sabores tan disparatados.

Practico los saltos hasta que le pillo el truco. Diara controla la velocidad sin problemas, porque no es la primera vez.

Luego nos dirigimos a la orilla.

Más allá de unas rocas que forman un arco sobre la arena, se abre una pequeña cala de aguas tranquilas. El sol templado de la tarde le arranca vivos destellos al mar, que está salpicado de rocas que se adentran en el océano.

Diara es rápida y diligente. Cumple con su cometido sin dudar ni una sola vez y yo procuro seguirle el ritmo. El plan es simple: atraer a la quimera de clase D hacia la orilla, donde podamos darle caza fácilmente. Es ella quien se ofrece de cebo, pues será más rápida.

Aprovechamos un bote que han atado a una de las rocas y aguardo allí, agazapada con una red de pescador, lista para arrojarla sobre la criatura.

Los informes dicen que los marineros apenas pueden salir a faenar por esa zona porque, en cuanto la quimera siente movimiento en las aguas, se lanza a por ellos. Ha destruido embarcaciones, ha arrojado a marineros al agua y ha espantado a los peces. Pagan bien porque esta quimera ya ha devorado a tres hombres que cayeron al agua.

Eso es lo más importante hoy: no caer donde seremos vulnerables.

Diara salta de piedra en piedra con agilidad y, cuando está lo suficientemente lejos, intenta llamar la atención de la quimera. Mete la espada en el agua y veo que la agita hasta que, de pronto, una criatura emerge, quiebra la tranquilidad de las aguas y salta sobre mi compañera, que parece muy pequeña frente a ella.

El corazón se me acelera.

Se trata de una especie de guepardo. Tiene aletas en lugar de patas, una cola larguísima que ha usado para impulsarse, una cabeza pequeña que sí es felina y un pecho prominente.

Cuando Diara echa a correr, la criatura se hunde en el agua justo a su lado y vuelve a salir un poco más adelante, tratando de alcanzarla. Es de un tono azul pálido, pero tiene un pelaje parcheado y sus manchas son más oscuras. Parece tinta disuelta en el agua. Mi amiga corre y trata de alcanzarla. «Un poco más, un poco más...», me digo, porque no quiero salir y que me vea antes de tiempo.

Aferro con fuerza la red y, cuando Diara se está acercando, me grita:

—¡Ahora!

No necesito ver a la quimera, confío en Diara y ejecuto un salto que a mi profesora de baile le habría encantado. Doy una vuelta en el aire, ligera como una pluma, y llevo conmigo la red, extendiéndola justo cuando Diara se detiene y el monstruo salta para devorarla. Lo veo todo como si el tiempo se hubiera detenido: a la criatura saltando sobre mi compañera, la red amarrada al bote sosteniéndola y a Diara mirando a los ojos a la quimera.

Noto el tirón en los brazos y durante un segundo siento una punzada de pánico. ¿Y si no resisto? Pero eso no ocurre. Vuelvo a rodear a la quimera para atraparla por completo y Diara actúa con rapidez alzando la espada con ambas manos, pero, cuando está a punto de atravesar a la criatura con ella, algo ocurre. Al principio no lo entiendo. Diara tropieza; así, sin más. Como si algo la empujara hacia atrás, resbala. Pierde el pie y cae de la roca al agua, hundiéndose en ella. Solo entonces veo el destello que surge de detrás: una lanza plateada que gira y parece tragarse los últimos rayos de sol.

Luego veo a una chica que agarra su arma.

Una mataquimeras.

Tiene que serlo, solo una mataquimeras puede moverse de esa forma. Salta como una acróbata, mucho más alto de lo que lo he hecho yo, y gira..., gira como una profesional; primero sobre sí misma y luego dando vueltas de una forma que marea. Aterriza sobre la criatura y entonces puedo observarla mejor.

No puede ser mucho mayor que yo. Tiene el pelo negro y muy liso, y los ojos almendrados son verdes. El rostro es delgado, la piel dorada y el mentón muy fino y elegante.

—¿Os importa prestarme esto un minuto? — pregunta con voz cantarina.

—¡¿Violett?! — exclamo.

Es ella. Es la chica que me enseñó el Crinum.

—¡Annie! ¿Qué tal?

Corta la red que mantenía al guepardo preso, pero no la desenreda. La usa para agarrarse a él y montarlo como si fuera un caballo de carreras..., solo que este caballo tiene colmillos afilados y ha devorado a tres hombres.

El guepardo se encabrita. Asustado, empieza a nadar entre las rocas. Es torpe y está enfadado, y, cuando la mataquimeras toma su lanza y le hace un corte en el lomo, la bestia aúlla y se pone aún más nerviosa. De pronto, un ruido llama mi atención y descubro a Diara agarrándose a una roca. Sus manos se resbalan una y otra vez.

—¡Diara! — grito —. ¡Aguanta ahí!

Vuelvo a saltar y aterrizo en la roca donde está mi amiga, pero me cuesta mantener el equilibrio porque una sustancia viscosa pringa la piedra, y el agua...

—¡Agh! — masculla Diara cuando está arriba —. ¿Qué narices es

esto?

— Creo que es la quimera — respondo.

Diara se aparta el pelo mojado de la cara.

—¿La conoces?

— No — respondo, casi sin querer, cuando escucho el tono —. Bueno..., en realidad, sí. La conocí en Crinum cuando buscaba gremio, pero no había vuelto a verla desde entonces.

— Del Crinum. ¿Cómo no? — susurra con rabia —. Nos quiere quitar la presa.

Da un paso adelante con la espada en la mano. Sus ojos se mueven con rapidez sobre las piedras, calculando, y yo me preparo para seguirla cuando, de pronto, un bramido atronador nos deja heladas.

Algo espantoso surge del agua.

—¿Qué... qué es eso? — murmuro con un hilo de voz.

— Tentáculos — responde Diara, que no es capaz de hablar mucho más alto.

Unos tentáculos traslúcidos con decenas de ventosas de un color púrpura nocivo y extraño se alzan tratando de atrapar a Violett. Está a punto de hacerlo y, entonces, en el último instante, ella salta y se eleva en el aire con una pirueta. Los tentáculos caen sobre el guepardo, lo envuelven por completo, como si no fuera nada y lo arrastran consigo bajo el agua.

La mataquimeras cae sobre una de las rocas, pero no se mueve. Todo queda en silencio y ella permanece de pie, atenta y lista.

— Diara — la llamo.

Ella me agarra por la muñeca y tira un poco de mí, acercándome a su cuerpo.

— No te separes de mí — susurra.

Solo cuando siento el miedo en su voz soy consciente del peligro.

Cuento los segundos, sin saber muy bien a qué esperamos, y me quedo quieta hasta que ambas nos tensamos ante un rumor: el susurro acuoso de algo deslizándose bajo las aguas..., bajo nosotras.

Cuando miro abajo, al agua cristalina, descubro las ventosas oscuras moviéndose y me doy cuenta de que los tentáculos están ahí; veo los bordes cuando el sol los alcanza. De pronto, uno de ellos se mueve de forma extraña, se acerca a la superficie.

—¡Cuidado! — grito, y tiro de Diara con mucha más fuerza de lo que lo ha hecho ella antes.

El tentáculo emerge, la punta se enreda en el antebrazo de mi amiga, pero yo la tengo bien sujeta. Empuño la espada corta y lo rajo, provocando que el resto del tentáculo vuelva con violencia al mar y que el trozo que queda enredado en mi amiga se retuerza y caiga al suelo dando espasmos.

Ella lo patea completamente asqueada.

— Me has salvado — murmura, cuando se gira hacia mí.

Sin embargo, algo no va bien. Lo siento en todas las fibras de mi cuerpo. Y creo que ella, por cómo me mira, también lo nota.

— No sé por cuánto tiempo — murmuro.

Las dos nos giramos hacia Violett, que sigue quieta y mirando al frente..., hasta que el dueño de esos tentáculos emerge. Al tiempo que se muestra brama, y esta vez retumba en el aire, en todos mis huesos. Es grande, tan grande como para haberse tragado al guepardo de un bocado. La bestia es extraña y siniestra, de un color indefinido, casi traslúcido, que brilla con el sol. Esos destellos son lo único hermoso que tiene, pues todo lo demás parece un horror arcano: el rostro puntiagudo, una mandíbula que llena prácticamente todo su ser, repleta de varias filas de dientes afilados... Pero lo peor son sus ojos: decenas de ojos enormes que miran fijamente a la mataquimeras del Crinum cuando alza sus

tentáculos para agarrarla con ellos.

No me da tiempo a formular un solo pensamiento: a pensar cómo enfrentarnos a esa gigantesca quimera o cómo huir.

Violett actúa más rápido.

Salta. Salta tan alto que es capaz de sobrepasar a la criatura. Un tentáculo va a atraparla, pero ella se libera con facilidad, hunde la lanza con fuerza en el cuerpo del monstruo y empieza a... correr. Prácticamente vuela. Salta de tentáculo en tentáculo mientras abre una raja de la que sale un líquido espeso y negro, y un humillo grisáceo empieza a envolver a la quimera.

— La ha matado — murmura Diara —. La ha matado ella sola.

Boquiabiertas, contemplamos cómo termina su tarea y luego salta al suelo con su lanza. La enorme bestia se evapora dejando tras de sí una gragea que Violett recoge al vuelo. Entonces se gira y nos sonríe guiñándonos un ojo.

— Gracias por la ayuda.

—¡Nos has costado una quimera de clase D! — le grita Diara, con el ceño fruncido y los nudillos blancos alrededor de la empuñadura de su espada.

Violett se encoge de hombros.

— Así habéis podido ver cómo una verdadera profesional se encarga de una de clase C.

Abro mucho los ojos.

¿Era de clase C? Desde luego, por el tamaño y el aspecto de sus dientes, lo parecía, pero ha acabado tan rápido con ella... Kian y yo tardamos una eternidad y casi nos cuesta la vida.

Violett vuelve a saltar. Se eleva en el aire y pasa a nuestro lado con una pirueta digna del circo. Cuando alzamos la cabeza, ella nos mira desde arriba y agita la mano como si se despidiera de dos amigas.

—¡Hasta la vista! ¡Me ha encantado volver a verte, Annie!

— Pero ¿qué...? — farfulla Diara.

Violett se aleja por las rocas hasta que alcanza la orilla. Diara sale tras ella, pero no consigue alcanzarla.

Al anochecer, ya estamos llegando al gremio, desilusionadas y de mal humor. Diara no ha dejado de maldecir y soltar coloridas palabrotas que yo ni siquiera sabía que existieran. Parecía haberse calmado un poco, pero, cuando llegamos al camino que enfila hacia el gremio y vemos el edificio, eso parece costarle un nuevo golpe de ira.

— Cagarruta de mandril — masculla, y patea una piedra que sale volando —. Sanguijuela robamisiones, cara de lechuga sin aliñar...

— A mí me parece bastante guapa — se me ocurre decir.

Diara se detiene y me fulmina con la mirada. Estoy a punto de pedirle perdón. No hace falta decir que yo soy la desilusionada y ella la que está de mal humor.

—¿Cómo es posible que se moviera así? ¿Qué tipo de gragea hace algo por el estilo?

— Hay grageas así — murmura Diara, y suspira, intentando serenarse —, pero son muy caras y no creo que lo que ha hecho sea posible solo con una gragea. Esa tía se ha tomado más de una.

Parpadeo.

— Parecía de nuestra edad.

Diara chasquea la lengua.

— La última vez que tomé varias grageas potentes a la vez Brita tuvo que hacerme un lavado de estómago. — Arruga la nariz —. No quiero repetirlo en mucho tiempo.

No digo nada más, porque está claro que está mosqueada y no quiero alterarla más, no ahora que estamos a punto de llegar y

tendremos que explicarle al maestro Mael que no tenemos ni gragea ni recompensa porque un calamar gigante se ha comido a nuestra quimera.

Dioses..., esto va a ser un desastre.

Echo un vistazo a Diara, que vuelve a murmurar una retahíla de insultos por lo bajo. No temo por el maestro, sino por ella, por cómo se pueda poner mientras lo explica.

Cuando llegamos, nos damos cuenta enseguida de que algo es diferente. Hay más barullo, un murmullo apagado que crece cuando entramos, y en el pasillo que lleva a las salas de entrenamiento vemos apiñadas a varias personas.

—¿Qué ocurre?

Diara tampoco parece tenerlo claro hasta que avanzamos un poco más y me doy cuenta de que todas son chicas, chicas de mi edad. Se han reunido alrededor de una puerta y se susurran unas a otras.

La mataquimeras bufa.

—¿Qué?

Hace un gesto con la mano, como restándole importancia.

— Son solo las chicas que vienen a ver a Kian.

Me giro hacia ella.

—¿Hay chicas que vienen... a verlo?

Sacude la cabeza, agitando su melenita rubia, y pone los ojos en blanco.

— Antes venían a diario. Supongo que ha corrido la voz de que ha despertado. Apuesto a que está entrenando ahí dentro.

Me quedo un rato mirando la puerta, pero queda parcialmente cubierta por las chicas que se agolpan a su alrededor.

— Eh — me llama la atención, ya enfilando las escaleras que llevan a la planta de arriba —. ¿Vienes a informar al maestro?

Dudo un segundo, pero asiento.

—¡Sí!



12

Kian

Me parece ver un destello del cabello castaño de Annie, pero cuando salgo de la sala de entrenamiento se ha esfumado.

No la veo esta noche. Sé que han vuelto porque se comenta en Lilium, pero Diara y ella se encierran en su cuarto y yo no tengo valor para ir a llamar a su puerta.

Es por la mañana cuando la encuentro abajo, en una de las salas. Después de impartir alguna clase, Casandra y Dante se marcharon a cumplir con una misión de clase A. El gremio necesita esos fondos para pagar su emblema. Y hoy Annie entrena sola. No necesita a nadie mientras practica movimientos que parecen parte de un baile. Como en una rutina de danza, realiza fintas, saltos y giros elegantes mientras lleva espadas cortas en las manos. Ha aprendido muy rápido a moverse con ellas como si fueran parte de su cuerpo.

Tasso también está aquí, sentado en uno de los bancos laterales de la sala con Brita. Ambos contemplan a Annie sin que eso perturbe su calma y seguridad a la hora de encadenar un movimiento tras otro. No me extraña que vengan a verla. Es un espectáculo bonito.

No me doy cuenta de que me había quedado embobado hasta que

alguien carraspea para que me haga a un lado y dejo que dos mataquimeras pasen dentro con una sonrisilla.

— Perdón — me disculpo, y decido que ya es hora de irme.

Veo a Diara entrando en otra de las salas, armada hasta los dientes: dos espadas en las manos, otra envainada a la cadera, una daga enganchada a las correas de su antebrazo, otro puñal asomando de su bota...

Me uno a ella y me recibe con un ceño fruncido; no parece tener muchas ganas de hablar. Bajo la manga izquierda de su túnica de entrenamiento, asoma un vendaje. Ya me he enterado de que la misión no salió como esperaban, así que procuro no hacer ningún comentario al respecto. No quiero ponerla de peor humor.

—¿Vas a entrenar?

— No. Voy de compras — responde, sin mirarme apenas —. ¿A ti qué te parece?

Voy tras ella y entro en el cuarto.

—¿Cómo fue...? — Me detengo. No quiero que se cabree, pero sí quiero saber algunas cosas —. ¿Qué tal ayer? ¿También se sintió allí el temblor?

Me dedica una mirada ceñuda.

— Sí. — Resopla —. En el pueblo nos dijeron que era Galial, que está despertando. ¿Te lo puedes creer?

—¿Y tú qué crees que fue?

— Una quimera de clase S que lleva siglos dormida no, desde luego — contesta con dureza, y luego me mira de arriba abajo —. Parece que ya te has recuperado.

— Todavía me canso — reconozco, y me paso la mano por el pelo para quitármelo de la cara —, pero estoy mejor. Oye, quería preguntarte..., quería saber...

— Venga. Dispara.

—¿Qué tal ayer con Annie? No me refiero a lo que pasó en la misión, sino a... cómo fue... estar con ella de compañera.

Diara camina hasta una de las mesas. Nos encontramos en una sala amplia con grandes ventanales que dan al jardín y al camino de la entrada. El cielo hoy está nublado y el ambiente es lúgubre aquí dentro. A un lado, hay varias mesas donde solemos preparar y probar nuestras armas; en el centro, unos cuantos muñecos de entrenamiento, y en el otro extremo, dianas con las que probar puntería. Contra las paredes, hay apiladas cajas y otros trastos viejos.

—¿Qué quieres saber, Kian? ¿Si voy a robarte a tu compañera?

Mi amiga empieza a dejar sus armas en la mesa. Abro la boca para esgrimir una excusa con rapidez, pero cambio de idea.

— Sí.

Diara me observa un segundo, sorprendida, luego sigue deshaciéndose de sus armas. Por Rilia y por Galial..., llevaba más de las que yo le había visto.

— Eso no depende de mí — me explica sin inmutarse —. Trabaja bien. A diferencia de otros..., sabe seguir un plan. Está verde, pero es valiente y aprende rápido. Si ella quiere, dejaré que me acompañe también la próxima vez. — Hace una pausa, como si acabara de recordar algo —. Y, dado que esa entrometida usó nuestra quimera de clase D como cebo, será antes de lo esperado.

—¿Qué? ¿Cómo has dicho?

Diara va dejando uno a uno sobre la mesa pequeños cuchillos que llevaba en el interior de la túnica mientras me cuenta lo que ocurrió. ¡¿Qué clase de mataquimeras es capaz de derrotar así a una criatura de clase C?!

— Había tomado dos grageas — sentencia ella —. Tal vez más.

—¿De qué gremio era?

— Annie dice que del...

— Crinum — termina una voz alegre que no conozco.

Los dos nos giramos a la vez hacia una chica que acaba de asomarse por la puerta. Apoya la espalda en el marco, cruza los brazos bajo el pecho y nos dedica una sonrisa... Bueno, no; se la dedica a Diara.

— Tú... — murmura ella, y toma una de las dagas arrojadizas que ha dejado en la mesa.

Me da miedo lo que pueda hacer, así que la agarro por la muñeca antes de que se le ocurra una locura. La chica tiene el pelo largo y negro recogido en una trenza de la que escapan varios mechones que enmarcan un rostro delgado. Es pequeña de tamaño, puede que casi tanto como Annie, y viste una túnica negra ajustada.

—¿Qué haces aquí? — masculla Diara, que agarra más fuerte su arma.

— Me sentí un poco mal después de lo del otro día.

—¿Vienes a devolvernos la gragea de clase D?

Ella se ríe y echa a andar hacia nosotros. De cerca, veo que tiene los ojos verdes, pero, a pesar de eso, su mirada es oscura. Tal vez sea por las cejas, por esa forma de entrecerrar los ojos..., o quizá sea por algo distinto que no acabo de identificar. Se lleva la mano a la bolsa de cuero que cuelga de su costado y le tiende algo a Diara.

Esta no se mueve.

— Ten — insiste, abriendo los dedos para que veamos qué hay dentro —. No se te han curado las heridas del calamar dentado, ¿verdad? A mí me han dado esto para tratarlas.

— Tenemos sanadora. No necesito tus porquerías.

Me vuelvo hacia mi compañera y echo un vistazo a las vendas que asoman bajo su manga izquierda. Nuestra sanadora es Brita y es química, no médica, así que... tal vez sí necesite las porquerías de

esta mataquimeras. Intento que me mire para no decírselo en voz alta, pero Diara se mantiene inflexible, con los nudillos blancos de aferrar con fuerza la daga y con la mirada desafiante clavada en la chica.

Esta da un paso adelante, intuyo que para obligarla a tomar el frasco, pero Diara reacciona de forma violenta y se libera de mi agarre para apuntarla con la daga.

— Por Rilia, Diara...

La chica, que debería estar horrorizada, suelta una carcajada muy suave y se vuelve hacia mí.

— Los tentáculos eran tóxicos, una cataplasma normal no curará las heridas, se infectarán y acabarán amputándole ese brazo tan bonito. — Me da a mí el preparado —. Una vez por la mañana y otra por la noche.

— Gracias.

Diara me da un codazo un pelín demasiado fuerte.

— Nada de gracias.

La chica se muerde los labios. Tiene una expresión risueña que no casa demasiado con el resto de su aspecto. La túnica tiene un aire marcial, como si hubiera sido diseñada para la guerra: lleva hombreras que imitan las alas negras de un cuervo, correas en los antebrazos con hebillas metálicas de bordes puntiagudos, botas altas y ajustadas que parecen demasiado grandes para ella, y varios enganches y recovecos que ahora mismo quedan libres y que sin duda son para llevar armas. Coronando el conjunto, sobre el pecho lleva cosido el emblema del Crinum: la cara siniestra con esa sonrisa llena de dientes.

Da otro paso más hacia nosotros, se inclina sobre Diara y, cuando me preparo para sujetar a mi amiga y sacarla de otra pelea como ya he hecho muchas veces, la chica del Crinum toma una de las

pequeñas dagas de la mesa y la lanza al otro lado de la habitación con fuerza.

Ni siquiera se practican los tiros desde tan lejos. Lo hacemos desde mucho más cerca y en un ángulo más directo.

— Tomé dos grageas, por cierto — le dice entonces —. Una de superfuerza y otra de agilidad sobrehumana. Si sabes cómo combinarlas, puedes obtener también supersaltos y rapidez extrema.

Se aleja de nosotros y yo no puedo evitar mirar en dirección a las dianas. En la más alejada de todas, el proyectil brilla justo en el centro. Enarco las cejas, impresionado.

— Hasta pronto, Diara y...

— Kian — le digo yo.

Alza la mano, agita los dedos para despedirse y se va por donde ha llegado. Un puñetazo dado a traición en el hombro me hace soltar una protesta.

—¡Ay!

— Ahora sabe mi nombre por tu culpa — sisea —. ¡Y también el tuyo!

— Ha venido hasta tu gremio para encontrarte — le recuerdo —. ¿No te parece que lo del nombre es lo de menos?

Diara farfulla algo, ceñuda, mientras cruza a toda prisa la habitación y arranca la daga de la diana, como si eso borrara que esa chica del Crinum es capaz de acertar apenas sin mirar y desde el otro lado de la sala.

— Tenía que ser del Crinum. Claro que sí. Son unos buitres, chupópteros... Esperan a que otros mataquimeras hagan el trabajo difícil para llevarse los laureles y la pasta.

—¿Chupo... qué? — pregunto, pero Diara me ignora, enfurruñada. Miro hacia la puerta, donde ya no hay nadie —. No creía que alguien del Crinum se fuera a preocupar por las heridas de una

mataquimeras rival.

Diara se queda un instante en silencio, como si lo considerara. No dura mucho. Luego empieza a soltar pestes de nuevo.

—Sanguijuela, rata de...

Llevo todo el día intentando reunir el valor suficiente para hablar con Annie, pero no lo he conseguido. Cuando vuelvo a mi cuarto, veo a Destructor salir por la ventana y yo lo imito. Anoche volvió a dormir conmigo. Creo que le ha cogido gusto.

Me he subido a estos tejados a lo largo de los años muchas veces y me resulta fácil; puedo hacerlo sin problemas aunque algunas de las tejas están sueltas y otras resbalan por la humedad de la noche. Me siento al lado de Destructor, en la repisa plana de uno de los tejadillos, y ya llevamos aquí un buen rato cuando oigo una voz muy suave.

—Destructor...

El animal, que descansaba sobre su barriga, se pone de pie, luego se sienta y empieza a mover las orejas.

—Destructor...

Yo me tenso un poco y me inclino hacia delante. La luz del interior del gremio ilumina los alrededores, pero el resto se mantiene a oscuras; un buen tramo negro hasta las primeras casas del barrio.

—Annie... —murmuro. La voz me sale tan débil que me obligo a carraspear—. Aquí arriba. Estamos en el tejado. ¿Quieres que...?

No me da tiempo a terminar de formular la pregunta. Se oye movimiento, el frufrú de alguna tela y, un segundo después, veo las pequeñas manos de Annie asomando por el borde del tejado. Me muevo con rapidez para ayudarla, pero tampoco llego a eso. Con agilidad, se impulsa y sube a la repisa de un salto. Nos mira a uno y a otro alternativamente y, al final, toma asiento al otro lado de

Destructor.

Yo la miro mientras se sienta, se recoge las rodillas con los brazos y apoya en ellas su cabeza. Lleva el pelo castaño suelto y brilla tanto a la luz de la luna, tantísimo... Parece que se lo hubiera estado cepillando minutos antes. Me quedo sin saber bien qué decir, y eso que llevo todo el día preparándome para hablar con ella.

— Brita tiene ya los resultados de las grageas que le llevamos. Como eran muchas, ha tardado bastante. ¿Quieres saberlo?

Asiento enérgicamente.

— Hay muchas grageas menores, muchísimas — dice con tono apesadumbrado.

— Lo sé. Recuerdo la gruta cuando las serpientes quimera desaparecieron.

Tuerce aún más el gesto.

— No desaparecieron — replica —. Murieron. Las matamos.

Parpadeo y no contesto enseguida, esperando a que diga algo más. No lo hace.

— Claro, porque es nuestro trabajo.

Annie se aparta un mechón de la frente y se muerde el labio inferior.

— Ya lo sé. Es que... había tantas...

— Y estaban envenenando la tierra — le digo, aún sin comprender a qué vienen ese tono y esa cara —. Y luego me envenenaron a mí.

— Si cierro los ojos, aún veo la gruta llena de serpientes y, un segundo después, grageas, por todas partes... Creo que me impresionó; eso es todo.

— A mí también — reconozco.

Eso parece relajarla, porque vuelve a mirarme. Entonces creo que va a decir algo más sobre lo ocurrido aquel día — lo veo en su mirada, en la forma de entreabrir los labios —, pero al final sacude

ligeramente la cabeza e intenta cambiar el tono por uno más ligero.

— Como decía, hay muchas grageas de poca importancia y efecto rápido. Si no recuerdo mal: iluminación, sanación, energía instantánea, efecto somnífero, concentración, control del agua, control del aire... Yo me quedaría algunas y vendería el resto para darle una parte al Lilium.

— Me parece bien — coincido —. ¿Y la otra? ¿La gragea de la quimera de clase C?

Annie me mira y sonríe con cierto aire de disculpa.

— Capacidad para resistir a temperaturas bajas y muy extremas — declara y suspira con fuerza —. Brita cree que esa gragea permitiría a alguien aguantar durante horas en un entorno prácticamente congelado.

Yo también suspiro.

—¿La vendemos?

— Sí, será lo mejor. Nahanni estaba allí cuando Brita me lo contó y dice que podría conocer a algunos investigadores del norte de Cineraria a los que les vendría bien la gragea para las expediciones más peligrosas. — Hace una pausa —. Pero hay... algo más.

Annie se mete la mano en el bolsillo de la túnica y saca una gragea que me resulta familiar. Es azul y tiene motas violáceas.

—¿Otra gragea de precisión? — La tomo para mirarla más de cerca —. Esta sí me gustaría conservarla.

— Bien, porque es la tuya.

Me quedo callado.

—¿Cómo?

— Es tu gragea, Kian, la que llevaste a la misión. — Hace una pausa, esperando a que lo asimile —. No llegaste a tomártela.

Sacudo la cabeza.

— No, no puede ser. El último disparo... Disparé dos flechas a la

vez, en dos direcciones. Si no hubiera tomado la gragea, no habría podido...

No llego a terminar. Annie me sigue mirando con intensidad.

— Con todo lo que pasó..., debiste creer que ya te la habías tomado, pero esta seguía en la bolsa de cuero donde llevabas las grageas. No es una nueva. Además, yo no te vi tomar ninguna gragea. ¿Tú te acuerdas de haberlo hecho?

Hago memoria. Recuerdo escalar esas rocas a toda velocidad, los mordiscos de las serpientes, el dolor paralizante del veneno... Paré a tomar una de sanación instantánea, pero la de precisión...

Me quedo sin aliento.

— No puedo creerlo — musito.

— Yo sí. — Me dedica una sonrisa sin dejar de mirarme —. Eres muy buen arquero. Uno excelente.

Me sonrojo un poco y ella también debe avergonzarse, porque aparta la mirada enseguida y la pierde en algún lugar del cielo nocturno. Volvemos a quedarnos en silencio durante tanto tiempo que me pongo nervioso de nuevo. Al final, mi boca se mueve sola y al parecer lo hace sin el permiso de mi cerebro.

—¿Echas de menos bailar?

Annie vuelve la cabeza hacia mí, tan sorprendida sin duda como lo estoy yo. Reprimo el impulso de darme una palmada en la frente.

— Me refiero a... los entrenamientos... Ya no vas a bailar donde antes lo hacías, ¿no? Imaginé que si estabas enfadada con tu padrastro no habrías querido volver.

Ella arquea las cejas. Incluso si lo entiende, seguro que no sabe de dónde ha salido una pregunta así. Tampoco yo sé por qué se la he hecho. No es como si estuviera todo el tiempo pensando en ella cuando baila...

— No mucho. Me gusta bailar, pero no necesito esos

entrenamientos para hacerlo.

—Y a tus amigos..., a tus compañeros, ¿los echas de menos?

Sacude la cabeza.

— Como estuve toda mi vida ocultando que tenía la visión, la gente creía que era un poco rarita, así que no tenía muchos amigos. Antes de mudarnos a Dalia, sí los tenía. Todavía éramos pequeños y ver cosas que otros no podían ver no era un gran problema.

—¿No eres de Dalia?

Ella niega con la cabeza.

— Nací en la capital, en Freesia. Markus quiso que nos mudáramos aquí cuando mi madre murió... Ella nació aquí. No sé por qué mi padrastro quiso venir... — Se suelta las rodillas y echa los brazos hacia atrás, para apoyar los antebrazos —. Aquí no queda nada de ella.

Me quedo unos segundos mirándola.

—¿No te gusta Dalia?

Annie no responde enseguida.

— Estoy intentando que me guste.

Me sonríe un poco y no sé cómo explicarlo, pero esa sonrisa tan leve, esa expresión, me da un poco de esperanza y algo de valor.

— Siento mucho lo que te hice, siento haber dado el cambiazo a la misión por una más difícil y sobre todo siento no haber confiado en ti. No habría sido tan peligroso si nos hubiéramos informado bien... — Me doy cuenta de cómo me mira, de cómo arquea sus cejas largas y marrones, y me apresuro a alzar las manos y sacudirlas —. No es que crea que hiciera bien en tomar una misión de clase C, solo digo que, si lo hubieras sabido, si yo hubiese compartido toda la información...

— Está bien. — Suelta una pequeña risa —. Sé que te arrepentiste desde el principio y que no volverías a hacerlo.

Esta vez me toca a mí levantar las cejas.

—Ah, ¿sí?

Annie hunde las manos en el pelaje suave de Destructor, que se acurruca junto a ella y cierra los ojos plácidamente.

— Te escuché aquel día, mientras nos enfrentábamos a la serpiente quimera.

—¿Cómo...?

— Una de las grageas — dice con rapidez —. Me dio el poder de leer la mente, sentir otras cosas, emociones y..., bueno, es difícil de explicar ahora que no tengo ese poder, pero lo supe... Supe que te arrepentías y que te preocupabas por lo que pudiera pasarnos, por lo que pudiera pasarme a mí.

Aparto la mirada.

— Me arrepiento — confirmo, y tengo que bajar el tono de voz para poder seguir hablando —. Pero lo que más lamento es haber perdido tu confianza; haber perdido a mi compañera tan pronto.

El silencio es largo y pesado de narices. Me retuerzo los dedos.

— Diara trabaja de forma muy diferente — dice de pronto, obligándome a mirarla con un nudo en la garganta —. Es más disciplinada, está bien entrenada y siempre sale del gremio con un plan en la cabeza. Si no hubiera sido por esa mataquimeras del Crinum que nos interrumpió, habríamos completado la misión en unos minutos y habríamos vuelto a casa ilesas, con la recompensa y la gragea de clase D.

— Lo entiendo. Ella es mejor, ella...

— Pero... — me interrumpe, subiendo un poco la voz — contigo me lo pasé mejor.

Me quedo quieto, completamente inmóvil.

—¡No se lo digas a Diara! — se apresura a añadir. El rubor tiñe sus mejillas morenas —. No es que sea menos divertida o algo así. ¡Fue

genial! Aprendí mucho de ella, pero... contigo siento que los dos aprendemos juntos... y además ella es más mandona. — Se muerde los labios y ahora es ella la que aparta la mirada. La clava en Destructor, en los dedos que ha escondido bajo su espeso pelaje blanco, que absorbe toda la luz de la luna —. ¿Estoy diciendo tonterías?

—¡No, no! ¡Para nada! — Me llevo la mano al pecho, buscando las palabras —. Yo lo siento igual. Me lo pasé genial... Quiero decir..., hasta que nos caímos por ese agujero y salió la quimera de clase C. Bueno, en realidad, también me lo pasé bien entonces. Quitando los mordiscos y el veneno paralizante y...

Se echa a reír.

— Podemos pasar del veneno paralizante la próxima vez.

Sonrío y me relajo un poco cuando veo que ella hace lo mismo.

— Estoy de acuerdo.

Tiene una mirada luminosa a pesar de ser de un azul oscuro muy distinto a otros tonos de iris. En esos ojos grandes, en esas cejas elegantes, hay algo que tiene luz y que es bonito.

Sacudo la cabeza.

—¿Crees que el maestro Mael nos volverá a dejar completar una misión juntos? — pregunta entonces en un susurro.

Un bichillo brillante pasa volando por delante de nosotros; una criatura que parece una mezcla entre libélula y luciérnaga. Destructor lo ve, se pone de pie y salta por el tejado para perseguirlo.

— Espero que sí — respondo, y lo digo de verdad.

De pronto, caigo en la cuenta de algo y me giro en redondo para ver mejor al gato que salta de teja en teja persiguiendo a esa quimera.

—¿Ve a las quimeras?

Annie parpadea, sorprendida.

— Eh..., bueno...

—¡Claro que ve a las quimeras! ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora? También las vio en la misión. ¡Nos ayudó!

— Es un gato muy sensible.

Me llevo la mano a la cara.

— Cómo va a ser esto un gato, Annie...

Los gatos, los animales en general, no pueden ver a las quimeras. A veces las sienten, se ponen nerviosos si hay alguna cerca, pero por lo general están tan ciegos como los humanos sin visión.

— Es una quimera — dice de pronto.

Levanto la cabeza y me quedo pasmado.

Annie se aparta un mechón del rostro y mira a un lado, a Destructor, que sigue distraído con la quimera bicho.

—¿Una quimera?

— Creo que es una mezcla de algún tipo de felino y una quimera de clase E. Puede que sea... ¿una quimera... de clase F? — Me mira con espanto, con los ojos muy abiertos, las manos sobre el regazo retorciéndose los dedos... Parece asustada, aunque sea ella la que está diciendo locuras.

Abro la boca y ya no la cierro.

— Una quimera...

— Medio gato, medio quimera — me corrige.

Se hace el silencio mientras yo observo a Destructor. Esas patazas, esa cola esponjosa y esas orejas puntiagudas...

—¡Una quimera!

— Chisss... — me chista, acercándose un poco más a mí —. No digas nada, por favor. Eres el único que lo sabe.

—¿El único? ¿Tu padrastro...?

Ella sacude la cabeza y ese mechón rebelde vuelve a escaparse de

detrás de su oreja.

— Nadie lo sabe. Solo tú. Así que por favor...

— No diré nada, tranquila. No se me ocurriría hacerle eso a Destructor.

No sé por qué, pero saber que soy el único que sabe algo, un secreto tan importante, me provoca un hormigueo en el estómago, en las puntas de los dedos...

Annie sonríe porque me cree. Me lo ha contado porque confía en mí.

—¿Quieres ver algo alucinante? — pregunta entonces.

La luna arranca un destello peligroso a sus ojos.

— Claro.

Annie hace un gesto.

—¡Destructor! — lo llama —. Puedes enseñárselo.

Sus orejas se mueven; primero una y luego la otra, y acto seguido su imagen se transforma. Se hace más pequeño, apenas del tamaño de un gatito, y su pelaje cambia para dar paso a una silueta desdibujada y unas formas traslúcidas, casi como si estuviera hecho de...

— Luz de estrellas — se me escapa.

Annie sonríe y acaricia a Destructor cuando empieza a pasearse frente a nosotros. También yo alargo la mano.

— Nunca había oído que una quimera pudiera cambiar así de forma.

— Tampoco yo — coincide —. Los humanos sin visión pueden ver a Destructor en su forma de gato blanco. Por eso creo que tiene que ser algún tipo de criatura mestiza.

—¿Cómo acabaste con una quimera?

— Fue hace cuatro años, poco después de que nos mudáramos. Tras una discusión fuerte con Markus, me escapé de casa. Llovía y

me sentía sola, dolida y abandonada. No sabía por dónde iba; no conocía Dalia y, de pronto, en el borde de un camino, lo vi. Su luz estaba casi apagada por completo. Estaba muy malherido, temblaba por el frío y apenas podía abrir los ojos. Pensé que habría sido obra de algún mataquimeras. Pero ¿quién pudo hacerle algo así a una criatura tan pequeña, tan inofensiva...?

— Y te lo llevaste a casa.

— Subí por la ventana y lo tuve escondido en mi cuarto hasta que se curó. — Se ríe cuando Destructor apoya las patitas en su regazo y frota su cabeza contra la mejilla de la chica, como si entendiera lo que me está contando —. Desde entonces somos inseparables.

— Es tu familia — murmuro, y ella asiente —. Puede quedarse en mi cuarto, si quieres. Si aún no estás preparada para contárselo a Diara, Destructor puede dormir conmigo.

Ella esboza una sonrisa.

— Gracias.

Destructor también me lo agradece. Se acerca, me da un golpecito con la frente y se me sube encima. Agradezco que esté en su forma de gato quimera; como gato animal deja mucho que desear. Con ese tamaño y ese peso me aplastaría las piernas.

Nos quedamos aquí un tiempo, hablando de Destructor, de Dalia, del padrastro de Annie..., hasta que dejamos de hablar de algo concreto y nos perdemos en susurros. Abajo, las luces del Lilium se apagan una a una.



13

Annie

Han pasado un par de semanas, casi un mes desde la quimera que dejó a Kian postrado en una cama, pero el maestro ha vuelto a darnos una misión... de clase D.

— Tened cuidado — nos advierte, mientras aún sostiene el pergamino de su misión.

— Esta vez lo haremos bien. Te lo prometo — le dice Kian y tiende la mano con impaciencia.

El maestro aparta el pergamino.

— No lo digo solo por la misión. Vais cerca de las montañas y las crónicas dicen que Galial está dormido bajo una formación rocosa.

—¿Usted también, maestro? — pregunto.

No quiero ofenderlo, es verdadera sorpresa.

— Recuerdo cómo empezó todo hace medio siglo y ahora no es diferente: la tierra, el mar, las tormentas... La naturaleza nos está avisando y nosotros debemos escucharla.

Nos dedica una mirada de advertencia mientras arquea profundamente sus cejas blancas y pobladas.

Kian sigue con la mano levantada hacia él.

— Si sentís cualquier cosa extraña, volved. No importa que la misión no haya terminado, ni tampoco la reputación del gremio. Vuestras vidas son más valiosas, ¿de acuerdo?

— Ya, ya... Muy bonito, maestro — le dice Kian.

Intenta arrebatarle el pergamino, pero Mael es más rápido y le da un golpe en los dedos con él.

— No solo me preocupáis vosotros — nos dice con un tono tan grave que es evidente que lo que va a decir es importante —. Si algo grande despierta, ya sea en las montañas o en el mar, o incluso si lo que despierta es algo nuevo..., vuestra generación será la que tenga que salvarnos esta vez. Vuestras vidas son valiosas más allá de vuestra propia existencia porque solo quienes nacemos con la visión podemos proteger al resto de la humanidad. ¿Lo habéis entendido?

Kian baja la mano y asiente.

También yo.

Por fin, el maestro nos entrega el pergamino de la misión.

Hemos tomado un tren hacia las montañas del norte de Dalia.

—¡Café! ¡Chocolate caliente! ¡Fruta confitada! — anuncia un chico que recorre los vagones con un carrito —. ¡Ejemplares del *Mundo Quimérico*!

Kian se pone en pie de un salto haciendo que Destructor dé un respingo dentro de la bolsa de viaje.

—¡Dame uno!

— Son diez bocadragones — responde él, con tono aburrido.

Kian paga sin regatear, lo que no deja de ser sorprendente, y se sienta de nuevo con su ejemplar. Destructor asoma la cabeza por la bolsa para husmear y yo me inclino hacia delante para pedirle que vuelva a su sitio.

— Lo has puesto nervioso — le digo a Kian en un susurro.

— Es como para estar nervioso — responde, creo que sin hacerme caso de verdad. Pasa las hojas del periódico con rapidez y deja atrás los titulares que hablan del despertar de Galial tras el terremoto del otro día. Entonces me muestra una página muy diferente. Prácticamente me la pega a la nariz —. ¡Mira! Queda poco para los Juegos Quiméricos de este año. ¿Crees que esta vez por fin se llevará el premio algún mataquimeras de Dalia? Hace siglos que no tenemos un Rey de las Quimeras en la ciudad.

— No lo sé... — respondo con sinceridad —. ¿Has ido a verlos alguna vez?

— No... — responde con una tristeza que hace que me arrepienta enseguida de mi pregunta —. Nunca he salido de Dalia. ¿Y tú? ¿Has visto los Juegos?

— Tampoco. Mi madre me prometió que iríamos a verlos cuando fuera un poco mayor, pero a Markus no le gustan esas cosas. Dice que los Juegos Quiméricos son vulgares y violentos, y una oda al furor destructivo.

Kian arruga la nariz.

— No sé qué es eso de la oda y el furor, ¡pero es mentira! ¡Hay explosiones, pruebas peligrosas, batallas...!

Me entra la risa.

— Ya. Son una pasada.

Kian se calma un poco y vuelve a mirar su ejemplar del *Mundo Quimérico* con aire soñador.

— Tal vez podríamos ir juntos — propone.

—¡Me encantaría!

Mira por la ventana del tren y sus ojos se pierden en algún lugar del bosque de invierno.

—¿Te imaginas ser algún día tan bueno como para participar?

— Dijiste que algún día te convertirías en Rey de las Quimeras, ¿no?

Kian se pone del color de las fresas maduras.

—¡No! Es decir... ¡Sí! Ya sé que es imposible. Hay aspirantes tan buenos que hasta Dante y Casandra lo tendrían complicado para ganar, y yo no les llego ni a la suela de los zapatos, pero...

No termina la frase, pero vuelve a sonreír y a mirar por la ventana como si soñara despierto. Me gustan esos ojos cuando sueñan.

— Yo también querría ser así de buena algún día — digo.

— A lo mejor podríamos ir juntos no solo como público, sino para participar — me dice él —. A lo mejor somos los próximos mataquimeras del Lilium en convertirse en campeones.

Le tiendo la mano. Kian la mira con cierta sorpresa.

— Procuremos esforzarnos para estar a la altura.

Él se inclina hacia delante, la estrecha y la agita con tanta fuerza que me tengo que reír.

— Es una promesa.

Kian vuelve después a su ejemplar. Cuando acaba de leer las páginas dedicadas a los Juegos, saca el informe de la misión y ya no lo deja. Se lo acerca a la cara, frota el lugar en el que señala el nivel y...

—¡No escupas! — Se lo quito de las manos cuando me doy cuenta de que va a intentar emborronarlo con saliva, por si fuera falso. A quién se le ocurre —. Es de clase D, de verdad. El maestro Mael nos lo ha dicho.

Kian se pasa la mano por la nuca. No está muy convencido.

— No lo sé... Es que como nunca llegamos a cumplir una misión de clase E, como él quería...

— Fuimos capaces de sobrevivir a una quimera de clase C, derrotamos juntos a una de clase D antes de que pasara a formar

parte del Lilium y Diara y yo casi matamos juntas a otra... Así que imagino que el maestro se fía.

Esta vez, no replica.

—¡Fin del recorrido! — avisa de pronto una voz que nos hace alzar la cabeza.

— Pero si aún no hemos llegado — observa Kian, estudiando el plano que traemos con nosotros.

— Las vías están cubiertas de nieve — nos dice el inspector del tren —. Tendrán que seguir a pie.

No quedamos muchos en el vagón. Recogemos con rapidez el equipaje y salimos afuera, donde mi aliento se convierte en vaho. Kian se envuelve más en su abrigo, del mismo color que su túnica, antes de abandonar el tren y ponernos en marcha.

Cuando ya nos hemos alejado de la estación, Kian abre una de las dos bolsas que lleva al hombro y Destructor salta desde el interior y se hunde en la nieve en su forma de quimera. Intenta correr, pero una y otra vez acaba completamente hundido, hasta que nos echamos a reír y desiste, adoptando su forma de gato. Se sacude de encima la nieve, que rivaliza en blancura con su pelaje, y en menos de un segundo sale disparado, deseando liberarse después de un viaje tan largo.

No me extraña que el tren no haya podido seguir. La capa de nieve aquí es tan profunda que nos hundimos hasta las rodillas mientras intentamos avanzar, y Destructor salta y brinca a nuestro alrededor.

— No puede quedar mucho — protesta Kian —. ¿No?

A ambos lados se abre un bosque de pinos altos que parecen seguirnos a medida que avanzamos. Todo, salvo esos árboles, es blanco. Las únicas manchas de color son las del bosque y las montañas hacia las que nos dirigimos.

Aún no ha anochecido, pero algunas luces se encienden ya en la ladera y sabemos que vamos en buena dirección.

— Deberíamos aprovechar para prepararnos — opino.

Kian no pierde el tiempo. Se ajusta la correa de la bolsa de viaje a la espalda y carraspea antes de tomar el informe y leer.

— Se trata de una misión de clase D. No la han evaluado como complicada dentro de ese nivel, pero nadie ha querido hacerla en Dalia por la localización. — Debe alzar mucho las rodillas mientras lo dice para poder seguir avanzando en la nieve —. Una quimera está aterrorizando a los habitantes de la aldea a la que nos dirigimos. Ha incendiado pastos y graneros, y ahora que se acerca el invierno la gente no puede permitirse perder ni un grano de comida.

Kian se guarda el informe en el interior del abrigo.

—¿No dice qué tipo de quimera podría ser?

Él sacude la cabeza.

— Parece que ningún ojeador ha querido perder mucho tiempo con esto.

Voy a responder cuando, de pronto, un destello en medio de la nieve hace que me detenga. Allí, junto a la primera línea de árboles, algo emerge de la nieve para volver a hundirse en ella. Destructor también lo ve, porque sale disparado hacia ese punto. Kian se lleva la mano al carcaj y saca una flecha. Yo me quedo quieta porque lo que he visto me ha parecido... hermoso.

Cuando Destructor alcanza el lugar, de pronto, el brillo surge de nuevo. Salta en el aire y traza un arco perfecto que nos permite ver que se trata de una quimera: una criatura similar a una comadreja con una cola tan grande y larga como su tronco, hecha de luces y sombras iridiscentes que al saltar dibuja un arcoíris en el aire. Su hocico es pequeño en comparación y sus ojos negros tan grandes que puedo verlos desde aquí.

Se alza en el aire, nos muestra un precioso arcoíris y vuelve a desaparecer. Destructor la sigue, intenta hundirse también en la nieve con sus patas por delante, pero no lo consigue. La comadreja vuelve a emerger un poco más adelante. Surge de la nieve, salta y se escapa de nuevo, y Destructor la sigue a través del manto blanco.

Kian aparta la mano de su carcaj y deja el arco.

— Debe de ser una clase E — murmura.

— Es... bonita — me atrevo a decir.

Sé que muchos no tolerarían un comentario así. Las quimeras han aterrorizado a los humanos durante siglos. Incluso las más pequeñas e inofensivas han causado estragos y pavor: quimeras bicho que arruinan maquinaria y causan la quiebra de empresas que dan de comer a familias enteras, quimeras roedor que provocan accidentes domésticos, pequeñas quimeras marinas que ocasionan la muerte de decenas de marineros...

Pero Kian asiente.

Antes de que pueda opinar, otro arcoíris surge en la nieve un poco más adelante, y otro, y otro más... Y de pronto estamos rodeados por un montón de comadrejas arcoíris, que parecen seguirnos cuando echamos a andar de nuevo.

Destructor ya no trata de cazarlas. No quiere hacerlo. Me doy cuenta de que solo juega con ellas y las quimeras de clase E también están jugando con él.

Seguimos andando montaña arriba, hasta que las luces de la aldea brillan con más fuerza, como puntos dorados en mitad de un lienzo blanco, y solo entonces las comadrejas empiezan a quedarse atrás y nosotros tenemos que seguir solos.

La aldea no parece muy grande. Nada más traspasar sus bajos muros de piedra, salen a recibirnos y nos indican el camino hacia la casa del alcalde. La temperatura ha bajado considerablemente y

volutas de vaho escapan de los labios enrojecidos de Kian, que se frota las manos para entrar en calor. No ha traído guantes. Tiene las mejillas pálidas enrojecidas, igual que la punta de la nariz y las orejas. Parece aún más pálido en contraste con su piel sonrojada y el negro del abrigo en el que se hunde cada vez más. Lleva el emblema del Lilium, el dragón y los lirios, bordado sobre el pecho.

Yo sí he venido preparada. Diara me dejó un abrigo que le quedaba pequeño, que también lleva el emblema del gremio en el pecho, y llevo puestos mi gorro, mi bufanda y mis guantes.

Cuando nos detenemos frente a una casa señorial y nos piden que esperemos, Kian empieza a dar saltitos. Me quito la bufanda y se la ofrezco.

— Toma.

Alarga la mano sin pensar, pero, cuando se da cuenta de lo que es, sacude la cabeza.

—¿Y tú?

— Yo no tengo tanto frío. Mi abrigo tiene un forro de piel que me cubre todo el cuello, así que no la necesito.

Kian se apresura a decir de nuevo que no con efusividad, así que lanzo un suspiro y me acerco a él para ponerle la bufanda yo misma. Me doy cuenta de cómo me mira, apenas a unos centímetros, muy pocos centímetros, y me doy prisa para terminar cuanto antes. Luego doy dos pasos atrás.

— Ya está. No te la quites — le ordeno.

Me mira con los ojos castaños muy abiertos.

— Vale — contesta, como si estuviera asustado; como si no se atreviera a decir nada más.

De pronto, las puertas de la entrada se abren.

—¡Ah! ¡Aquí están! — dice un hombre desgarbado, muy alto y espigado, que va un poco encorvado —. Ustedes deben de ser los

mataquimeras del Lilium. Yo soy Rupert, el alcalde de esta aldea. ¡Cuando recibimos la noticia de que aceptaban la misión pensamos que era un milagro!

Después de un apretón de manos muy rápido se mete las suyas bajo las axilas.

— Nosotros somos Kian y Annie, señor. Si pudiese contarnos todo lo que sepa sobre esa quimera...

— Ah, sí, sí... ¡Vengan! ¡Los llevaré a su alojamiento! — exclama, y echa a andar calle abajo —. Anochece rápido en la montaña y, después de los últimos incidentes..., no es bueno salir a la calle antes del alba.

Destructor nos sigue en su forma de quimera a paso ligero. Parece cansado después de haberse pasado medio camino jugando con las comadrejas arcoíris.

—¿La quimera...?

—¡Ah, sí! Yo mismo la he visto... Bueno, he visto su destrucción en directo. No tengo la visión. Creemos que se trata de una criatura espantosa, hecha de fuego; violenta y agresiva, colmada de rabia e iracunda como una tempestad. — Nos señala un granero de madera al pasar al lado. Una parte de la madera es roja, pero el resto está ennegrecido por el fuego —. Eso es obra de la quimera y hay muchos destrozos a lo largo de la aldea: ha quemado pastos enteros, terrenos, graneros, granjas e incluso el cobertizo de uno de nuestros vecinos.

—¿Ha matado a alguien? — pregunta Kian.

—¡No! — responde. Habla alto y rápido, y esa forma de expresarse combina bien con sus pasos apresurados mientras nos guía —. Por suerte, no se ha llevado a ninguno de los nuestros, pero no sabemos cuánto más podremos aguantar. Baja muchas noches de la montaña. Algunas veces su fuego solo deja caminos de nieve derretida, pero

últimamente se ceba con nuestras propiedades y no podemos permitirnos perder más cosechas, ni más provisiones... Tienen que detenerla.

— Haremos lo posible — respondo yo.

Rupert se ha detenido y ahora me mira de arriba abajo antes de volverse para fijarse en Kian y soltar un sonoro suspiro que no me gusta mucho cómo suena.

— Sé que la recompensa que ofrecemos no es muy alta, pero les ruego que...

— Cumpliremos — asegura Kian —. Somos buenos.

Rupert disimula una segunda mirada y esboza una sonrisa forzada.

— Eso espero... — le oigo murmurar antes de girarse y golpear la aldaba de una pesada puerta de madera —. Hemos llegado. Se hospedarán en la posada de la aldea.

Antes de que se abra la puerta, un alarido rompe el silencio de la noche. Los tres nos giramos, sobresaltados. Por instinto, Kian se lleva una mano a la cadera, donde guarda su puñal, pero solo es un hombre que se ha detenido a un par de metros.

—¡Suria ha despertado! — aúlla, haciendo sonar una pequeña campana que es suficiente para armar escándalo —. ¡El pájaro de fuego ha regresado para calcinarnos a todos!

Rupert se pone rígido. El poco color que conservaba en el rostro pálido lo abandona.

— Pero ¿qué narices...? — empieza Kian.

—¡Basta ya! — brama el acalde —. ¡Llamaré a la policía!

—¡Suria ha regresado! ¡Preparaos para el fin de otra era! ¡El pájaro de fuego nos quemará, Rilia nos ahogará y Galial devorará nuestros huesos! — pregona, agitando la campana.

—¡Ya está bien! — grita Rupert, ahora rojo de ira —. ¡Ahora mismo

voy a...!

No llega a terminar la frase, porque el hombre echa a correr calle abajo y se pierde entre las casas. Rupert se vuelve hacia nosotros y nos mira como si acabara de darse cuenta de que estamos aquí. Se estira nerviosamente el borde del abrigo mientras fuerza una sonrisa.

— Solo un loco, sin duda. El miedo hace aflorar las supersticiones y las creencias más absurdas, ¿saben? — Hace una pausa, de pronto lívido —. ¿No se creerán que la quimera de la montaña...? ¡No pueden hacerle caso! ¡Les juro que el informe es real! Lo hizo un ojeador cualificado.

— Descuide — le digo yo, entendiendo lo que pasa —. Sabemos que, si una quimera de clase S como Suria hubiera despertado, haría algo más que incendiar unos pastos.

Suria fue la quimera de clase S que asoló el mundo antes de Galial, hace más de mil años. De él solo sabemos que lo conocieron como el pájaro de fuego. Es imposible saber qué tamaño tenía o si su forma era de verdad la de un pájaro, pero sin duda un ojeador no lo confundiría con una quimera de clase D.

Rupert se ríe, visiblemente aliviado. En ese momento, la puerta de la posada se abre y pasa dentro sin esperar invitación.

— Bienvenidos — nos dice una señora de aspecto bonachón.

Cuando cierran la puerta tras nosotros, Kian se apresura a interponer la mano un instante antes de que aplasten a Destructor con ella. Finge haber puesto la mano para evitar que se cerrara de golpe y nadie duda de que sea así. Mi mascota se restriega contra sus piernas en señal de agradecimiento.

— La señora Molly ha cedido amablemente una de sus habitaciones.

—¿Una? — inquiero yo.

Kian carraspea.

— Lo sentimos, muchachos — responde la mujer, que tiene la cara surcada de arrugas. Sus ojos negros parecen aún más grandes tras las gafas de cristal grueso que lleva medio caídas sobre la nariz —. Queríamos daros dos, pero un grupo de cazadores ha llegado esta mañana y no puedo permitirme rechazar esos ingresos.

Se estruja el delantal que lleva sobre la falda de felpa y yo no puedo resistirlo.

— Una es suficiente.

Kian me mira como si estuviera espantado, pero luego sacude la cabeza y aparta la mirada con rapidez. Cuando llegamos arriba, nos dejan solos. El dormitorio es austero, pero al menos cuenta con un cuarto de baño privado. Las ventanas dan a la calle empedrada por la que hemos venido y, como la posada se encuentra situada tan alta, desde ellas también podemos ver las montañas por las que la quimera desciende a la aldea.

Hay dos catres, una mesita de noche entre los dos, un par de sillas viejas y un armario cuyas puertas parecen un poco desencajadas, casi como si colgaran.

Aunque no hace tanto frío como fuera, también aquí se siente el invierno temprano. Kian deja su bolsa en una de las camas y se acerca después a mí, que me he detenido frente a la ventana.

—¿Y ahora qué? — pregunta.

— Ahora a trazar un plan.



14

Kian

La quimera no baja a la aldea durante las cinco primeras noches. Al principio, nos turnamos para hacer guardia, pero acabamos quedándonos despiertos los dos. Una noche, Annie se levanta antes, se sienta a mi lado y me da conversación, y a partir de entonces nos olvidamos de los turnos.

Durante las horas de luz dormimos. Por la noche, nos sentamos frente a las ventanas, desde las que tenemos una vista perfecta de la montaña, y esperamos juntos. Algunas noches nieva y las horas se hacen más frías, pero no más largas.

Annie me habla de su hogar en Freesia, de su madre, de las clases de baile que ya no le gustaban tanto por culpa de la relación con sus compañeros... Y yo intento hablarle de mi pasado también, pero los secretos y las confesiones se quedan atascados en algún lugar de mi garganta y le cuento poco.

También hoy nieva. Destructor está hecho un ovillo en la repisa de la ventana, en su forma de quimera, y Annie se encuentra frente a la chimenea. El fuego está encendido, pero queda lejos de la ventana y no podemos calentarnos y hacer guardia a la vez. Annie se ha

arrebujado en una manta de lana que la señora Molly nos ha dado. Se rodea las rodillas con los brazos y tiene la cabeza apoyada en ellas mientras se le cierran los ojos y me cuenta una historia de la que... acabo de perder el hilo. Espero que no me pregunte nada.

De pronto, se levanta y vuelve a sentarse a mi lado. Su sola presencia trae consigo el calor de la lumbre. Me inclino un poco hacia ella de manera casi inconsciente y me froto las manos para hacerlas entrar en calor. Annie se me queda mirando fijamente y yo le devuelvo la mirada, esperando que diga algo, pero no lo hace, y empiezo a ponerme nervioso.

—¿Qué pasa? — inquiero.

— Ah, perdona... — Se muerde los labios con aire de disculpa —. Es que no puedo evitar preguntarme qué es eso que llevas al cuello.

Bajo la mirada.

— Oh..., mi colgante.

El colgante de la media luna, las nubes y las estrellas está ahora sobre mi ropa. Lo agarro y estoy a punto de guardarlo de nuevo cuando recuerdo aquella conversación con Dante.

Si crees que alguien se merece tu confianza, se la das.

Lo mantengo ahí, entre mis dedos.

— Me lo dio mi madre. O eso creo. No lo recuerdo, pero es lo único que conservo de ella.

— Es muy bonito. — Sonríe.

Ni una sola pregunta. Ni una sola exigencia.

Quizá por eso me lo quito y se lo enseño.

Annie lo toma entre sus delicadas manos como si fuera algo muy preciado. Para mí lo es. Así que me alegra que lo trate así. Veo cómo sus labios se mueven cuando lee la inscripción en voz baja.

— Es un buen consejo — susurra en la oscuridad —. ¿Ella... te dejó a cargo del maestro?

Aparto con rapidez la mirada.

— No. A Mael no lo conocí hasta que tuve nueve años.

«No preguntes más. No preguntes más. No preguntes...».

— Oh... — murmura, y entonces escucho su manta deslizándose por el suelo —. Ten. Seguro que no te gusta desprenderte de él mucho tiempo.

Me vuelvo con el corazón acelerado, pero Annie no ha hecho más preguntas. Tan solo se ha estirado en su asiento para devolverme el colgante. Me lo pongo con rapidez y veo que da un respingo.

—¡Kian! — exclama —. ¡Estás helado!

Arrastra su silla hasta pegarla prácticamente a la mía y, con un grácil movimiento, me echa un trozo de manta por los hombros y, sin previo aviso, me agarra las manos. Las toma entre las suyas y yo me quedo completamente inmóvil. No hago ni digo nada cuando se las acerca a los labios y sopla su cálido aliento en ellas.

El corazón, aunque ya sé que ahora estoy a salvo de preguntas que no quiero responder, todavía me late a toda potencia.

Annie no me mira a los ojos. Está muy concentrada en mis manos frías, insuflando aire caliente como si fuera una tarea sumamente importante. Algo cálido empieza en mis dedos, pero se extiende más allá. Por mis brazos y también por mi pecho, y, de pronto, tengo la extraña sensación de haber vivido esto antes: la nieve tras los cristales, algo dorado en mi colgante y la sensación cálida de una mano que rodea la tuya en el frío de la noche...; la mano de Annie.

De pronto, me doy cuenta de que es exactamente lo que sentí cuando tomé aquella gragea para luchar en el Palacio de las Magnolias la primera vez que Annie y yo peleamos juntos sin saber que nos convertiríamos en compañeros. ¡Sabía a dorado, a nieve, a la sensación cálida de una mano cogiendo la mía! O... a algo muy parecido. Creo que aquella gragea sabía también a... ¿miel?, pero el

resto — la nieve, la calidez de la mano, el dorado...—, todo es concreto y exacto.

Pero... ¿cómo?

El corazón se me desboca.

¿Cómo va a ser eso posible?

La miro con intensidad, pero ella no se da cuenta porque está concentrada en mis manos. Bajo las pestañas, los ojos de Annie albergan un color tan distinto y extraño, pero también bonito y especial... Veo cómo los levanta poco a poco, cómo me devuelven la mirada al darse cuenta de que la estoy observando fijamente. Abre la boca para decir algo, sin duda sorprendida, y entonces aparta con rapidez los ojos.

—¡Está aquí! — grita de pronto, y estoy tan embobado que al principio ni siquiera entiendo a qué se refiere —. ¡Kian, la quimera! — dice alzando aún más la voz y despertando a Destructor.

En sus ojos veo el reflejo de un destello anaranjado y, cuando me giro hacia la ventana, descubro un punto incandescente que baja por la ladera de la montaña a toda velocidad.

—¡La quimera! — repito.

Como siempre hacemos guardia listos para salir en cualquier momento, solo tenemos que coger nuestros abrigos y armas. Me echo el carcaj a la espalda y agarro el arco mientras escucho a Annie convencer a Destructor de que se quede aquí. Luego corremos hacia la colina. El viento helado de la noche me araña las mejillas hasta que me subo un poco la bufanda que me prestó Annie. Es ella la que se toma una gragea de luz y alumbra el camino mientras corremos hacia el fuego.

Es fácil seguirla en la noche. Los aldeanos se asoman por las ventanas para contemplar el fuego que la criatura deja tras de sí y que pronto se desvanecerá en la nieve. Me pregunto qué clase de

quimera será capaz de algo así.

La perseguimos hasta las puertas de un enorme granero y allí ponemos en marcha el plan que hemos perfeccionado durante estas noches en vela.

La misión de la serpiente quimera nos dio muchas grageas; algunas las vendimos, pero las más provechosas nos las quedamos. No nos las hemos traído todas, pero sí las que creímos que nos ayudarían más.

Annie se pone en posición frente a la masa de fuego y me cubre mientras yo meto la mano en la bolsita de cuero que he colgado del cinturón del abrigo y me trago la primera gragea: azul y negra, con pequeños puntitos blancos. Es de acción rápida y no será determinante, pero ayudará. Siento los efectos al instante, ese instinto que me llama a alzar la mano, a dar un paso hacia el fuego y desear apagarlo.

Algo surge de la nieve, algo ligero, minúsculo..., y comprendo que la capacidad de controlar el agua está manipulando la que hay en la nieve. Sube hacia arriba como una nube tormentosa y, cuando así lo deseo, cae sobre la quimera que intentaba entrar en el granero. Se oye un chisporroteo, como cuando arrojas un cubo de agua a la chimenea y, poco a poco, tras el vapor que deja descubrimos la figura imponente de la quimera.

Es oscura como el carbón, tiene cuatro patas y un lomo majestuoso, y parece... parece un caballo, pero sus crines, pezuñas, cola e incluso sus ojos están hechos de fuego: de llamas. Poco a poco el fuego que antes envolvía a la criatura empieza a cobrar fuerza de nuevo. Arde, brilla y se extiende también por su cuerpo, siguiendo senderos que parecen grietas en la grupa de la bestia. Entonces, se gira hacia nosotros. Sus ojos son dos bolas de fuego, rojas y ardientes, y de sus belfos escapan volutas de humo igual que

las que suben desde sus pezuñas incandescentes en contacto con la nieve.

—¡Kian! —me grita Annie—. ¡Ahora que está quieta!

—¡Sí!

Tomo una flecha y preparo el arco, pero, cuando estoy a punto de disparar, la quimera relincha y sale corriendo. La flecha se encaja en un tablón del granero. Annie persigue a la criatura mientras veo cómo introduce una mano en su bolsa: empieza la segunda fase del plan.

No veo cómo se la toma, pero sí noto que la nieve se mueve a nuestro paso cuando Annie también intenta controlar el agua que contiene. Ahora somos los dos los que manipulamos la nieve y su agua sale despedida hacia la criatura, la salpica, la hostiga y la obliga a cambiar una y otra vez de rumbo. La perseguimos y la luz que desprende nos lleva hasta el bosque. Corremos entre los árboles, pero yo he de detenerme una y otra vez cuando descubro que el fuego de la quimera ha crecido y está incendiando los setos de espinos.

Ese es el plan, así lo hemos acordado cuando hemos barajado todas las posibilidades. No sabíamos cómo sería la quimera, pero sí sabíamos que provoca incendios y decidimos que yo sería quien extinguiría el fuego si eso ocurría. Me parecía un buen plan; sin embargo, ahora que veo a Annie alejarse sola hacia la quimera, dudo.

Todavía recuerdo el momento en que descubrimos a la serpiente en la anterior misión, el instante en el que me di cuenta de que si Annie moría sería por mi culpa. El miedo que siento ahora es parecido, pero tengo presentes las palabras de Dante. Puede que sea tontísimo para otras cosas, pero tenía razón con lo de la confianza.

Así que me mantengo fiel al plan y sigo apagando los fuegos hasta que no quedan más y me reúno con Annie en un claro que brilla en la oscuridad del bosque. Es la luz de la quimera la que nos alumbra. Las ramas de los árboles proyectan sombras retorcidas sobre la nieve. Un vapor extraño emana de la bestia, a la que ahora puedo ver más de cerca. Parece aún más grande frente a Annie, negra como la noche, alta y majestuosa. Resuella con fuerza y nos mira con la cabeza gacha, como si nos retara a que lo intentáramos. A su alrededor, arden pequeños fuegos que luego tendremos que apagar.

A mi lado, Annie jadea. Tiene una de sus espadas cortas en la mano y la otra la mantiene alzada. La nieve alrededor de la criatura oscila. Parece alzarse bajo un viento invisible y bailar.

Lentamente, vuelvo a encajar una flecha en mi arco.

Por encima de la respiración agitada de la bestia, los jadeos de Annie y los míos propios, oigo el latido acelerado de mi corazón cuando apunto al ojo. Mis dedos se tensan, aparece el hormigueo que siento justo antes de hacer un disparo y, entonces, escucho algo diferente. Annie inspira con fuerza.

Noto algo cálido sobre mi antebrazo. Son los dedos de Annie.

— No..., espera — murmura.

Da un paso adelante, impidiéndome ver.

— Annie... — le advierto.

— Confía en mí — dice, pero parece nerviosa.

—¿Qué haces? Esto no es parte del plan — susurro cuando veo cómo avanza hacia la criatura.

Da un paso, y luego otro, mientras mantiene una barrera de nieve que se mece alrededor de la quimera, impidiéndole moverse. La criatura mira a Annie, apenas a unos metros, se encabrita y relincha.

—¡Annie! — grito.

Vuelvo a preparar el arco, pero ella se da cuenta y se echa a un

lado para impedirme ver.

Todo mi cuerpo se tensa.

¡¿Es que ha perdido por completo la cabeza?!

El caballo de luz se agita, acorralado, y ella sigue avanzando.

— No puedes matarla tú — le digo —. ¡Si te acercas con tus espadas, te quemará! Tengo que ser yo, tiene que ser una flecha que...

No llego a terminar la frase porque entonces Annie enfunda su espada corta y le muestra las manos desnudas al monstruo, que continúa nervioso. Se levanta sobre sus patas traseras y cocea en el aire. Estoy a punto de salir corriendo hacia Annie cuando veo que se gira, me mira a los ojos y vuelve a gritar:

—¡No!

Leo en sus ojos las palabras que no pronuncia: «Confía en mí», y me detengo con el corazón acelerado.

Annie avanza un paso y después otro... Sus botas se hunden en la nieve medio derretida por el calor que emana de la quimera y entonces veo cómo apoya en la grupa del caballo los mismos dedos que antes han rozado mi antebrazo.

Contemplo, conteniendo la respiración, cómo Annie desliza la mano por el lomo oscuro, cubierto de esas grietas de las que sale luz y fuego..., y entonces lo veo, veo lo que ella ya ha debido de observar. Lleva las manos hacia ese destello plateado y tira de una especie de mecanismo dentado y metálico, alguna clase de cepo clavado en la carne de la quimera. El caballo vuelve a agitarse, pero ella le dice algo. Le dice algo a la puñetera quimera y esta... se queda quieta.

Annie tira con fuerza, le oigo murmurar una maldición y, al instante, la trampa cae al suelo. La quimera se alza poderosa sobre sus patas, relincha hacia la luna y el fuego se intensifica, obligando a

Annie a dar varios pasos atrás. La luz, sin embargo, cesa pronto. El resplandor se apaga y da paso a otro tipo de brillo, uno más suave, más frío... Me doy cuenta de que las crines no están hechas de fuego, tampoco sus pezuñas ni la cola majestuosa. Y lo que ardía en sus ojos no era fuego, sino luz, una luz que recuerda a los rayos de sol. Una luz cálida, brillante y hermosa que deja de parecer peligrosa.

Annie sigue caminando hacia atrás, sin apartar los ojos, maravillada. Llega a mi lado y ambos contemplamos a la quimera de clase D, que se vuelve un instante para devolvernos la mirada antes de salir corriendo y dejarnos a oscuras.

La conmoción es tan grande que tardo un rato en reaccionar.

—¿Qué acaba de pasar?

— Estaba herida... — contesta, como si ella tampoco terminara de creer lo que ha hecho.

Sacudo la cabeza.

La luz de la quimera se pierde bosque adentro, pero ya no es peligrosa, ya no emana un fuego hambriento que lo devora todo. Es solamente luz.

—¿Cómo te has dado cuenta? Apenas se veía nada con ese brillo.

Annie se vuelve hacia mí. Solo el fuego que se apaga lentamente en los matorrales nos ilumina.

— Me ha mirado como me mira Destructor cuando necesita mi ayuda.

Parpadeo, sin saber qué decir.

Entonces me doy cuenta de cómo se está sujetando la muñeca, un poco encogida sobre sí misma, con los dedos estirados.

Me apresuro a tomar sus manos.

—¡Annie, tus dedos!

Consigo que los extienda y veo las quemaduras, las pequeñas

heridas y zonas magulladas. La suelto para buscar en la bolsa una gragea de curación rápida, que yo mismo le pongo en los labios cuando hace un amago de intentar agarrarla. Las peores heridas se cierran un poco, sanan y dejan tras de sí una piel rojiza y cubierta de un rastro que parece ceniza, pero la gragea no la sana del todo.

— Tenemos que volver a la posada para curarte — murmuro.

— Estoy bien — me asegura, y se las arregla para sonreír un poco a pesar de que tiene que dolerle mucho.

Solo me he quemado un par de veces, en la lumbre de uno de los salones del Lilium. Y, si esas heridas que no se parecían ni por asomo a estas dolían tantísimo, no me quiero ni imaginar lo que estará sintiendo.

— De eso nada.

Busco en su bolsa las vendas que sé que lleva consigo y, cuando las encuentro, empiezo a taparle las heridas. Una voluta de vaho escapa de su boca entreabierta cuando suelta el aliento que estaba conteniendo.

El silencio, de pronto, me parece más denso.

—¿Estás enfadado? — susurra.

Levanto los ojos hacia los suyos sin dejar de vendar con cuidado una de sus manos.

— Estoy sorprendido.

Annie parpadea.

— No he seguido el plan. Lo siento.

Sacudo la cabeza.

— Está bien. Eso no importa — acierto a decir —. Pero tus manos...

— Se curarán — asegura y, de pronto, siento una presión muy suave. Ha girado los dedos y me agarra los míos con cuidado. Un apretón delicado, como si fuera yo quien necesitara consuelo, como

si viera algo en mis ojos de lo que yo no soy consciente.

Volvemos a la posada en la oscuridad de la noche mientras algunos vecinos curiosos que se habían despertado por el fuego se asoman desde sus ventanas y preguntan si hemos cumplido con nuestra misión.

Annie dice que sí, que la quimera no los molestará más, pero yo no sé si está diciendo la verdad. No creo que ni ella misma lo sepa.

Esta noche la pasamos en vela en la habitación de la posada y por la mañana visitamos a la curandera de la aldea para que vea las heridas de Annie.

También nos quedamos el día siguiente, y el siguiente a este...

Acordamos quedarnos hasta que la quimera vuelva a aparecer o hasta que estemos seguros de que se ha marchado. Y esperamos sin un plan, sin hablar de qué pasará si el caballo de luz regresa incendiando pastos y quemando graneros.

Al final, comenzamos a usar los días para hacer expediciones por la montaña. Al principio, el alcalde se alegra de que seamos tan concienzudos haciendo nuestro trabajo, aunque creo que luego empieza a sospechar y nosotros no podemos darle mucha información sin revelar que, en realidad, no la hemos matado.

Annie y yo recorremos uno de los caminos de pastores que bordean la montaña hasta la cima. Hemos venido tantas mañanas que empiezo a memorizar la ruta, las rocas grandes que hay justo antes de la cima, un pequeño arbusto espinoso que conserva sus flores a pesar del invierno...

Desde aquí arriba el pueblo parece minúsculo y, curiosamente, las montañas que se ven a lo lejos parecen aún más enormes.

—¿Crees que el maestro tiene razón cuando dice que nuestra generación tendrá que enfrentarse a una quimera de clase S? — se me ocurre de pronto.

— Creo que el maestro es un hombre sabio — responde ella.

Yo bufo.

— Ese... sabio... — bromeo, pero me quedo en silencio y, cuando hablo, lo hago un poco más bajito —. Si él tiene miedo..., ¿qué deberíamos sentir nosotros?

Annie me mira. El viento le despeina el cabello castaño y tiene que apartarse un mechón de la cara con los dedos vendados.

— Creo que es normal preocuparse. — Hace una pausa. Luego mira a las montañas nevadas a lo lejos —. Le haremos caso. Si llega..., nosotros estaremos preparados.

Debemos volver a turnarnos para dormir, pues los días los pasamos en la montaña helada y acabamos exhaustos por la caminata y el frío helador, y las noches son largas frente a los ventanales.

Una noche estoy haciendo guardia mientras Annie duerme acurrucada junto a Destructor. La quimera ha encontrado un hueco en el espacio que queda entre su pecho y sus piernas, y, en lugar de rodearse a sí mismo con su frondosa cola como hace otras veces, ahora la usa para tapar a Annie.

Los estoy mirando cuando un destello hace que me gire hacia la ventana con el corazón acelerado. Con un rápido vistazo, descubro que no hay fuego bajando por la ladera y suspiro.

¿Cuánto tiempo estaremos buscando a esa quimera antes de marcharnos?

Hay mataquimeras fraudulentos, sobre todo los que no pertenecen a ningún gremio. Dicen haber terminado un trabajo, muestran una gragea cualquiera como prueba y quienes los han contratado no tienen más remedio que fiarse de su palabra y pagar.

Todo el mundo puede meter la pata, pero no quiero que una mancha así recaiga sobre el Lilium. Si su reputación empeora aún

más ahora que necesitamos tanto el dinero...

Me quedo quieto de pronto, porque entonces vuelvo a ver ese destello.

Un punto plateado, brillante y luminoso que había creído una estrella baja ahora por la ladera como hace días bajó la bola de fuego.

Me vuelvo hacia el catre más cercano.

—Annie, despierta. —Le toco el hombro y ella parpadea y se frota la cara—. El caballo de luz ha vuelto.

Sus ojos se llenan de pánico, pero no dice nada mientras recoge sus espadas cortas y se calza las botas. Bajamos a la aldea y creo que despertamos a varios vecinos con la carrera apresurada.

Esta vez es más difícil seguir la luz —el fuego era más visible—, pero la encontramos.

La seguimos hasta las afueras, más allá de los graneros y las granjas, más allá de la última casa, hacia la primera línea de árboles. Cruzamos el bosque en la oscuridad, pendientes de cada ruido y cada movimiento, hasta que la luz se hace más intensa y sabemos que nos estamos acercando.

El resplandor se cuela entre los árboles, demasiado brillante para que podamos ver nada desde aquí. Tenemos que avanzar en silencio, despacio, hasta que el caballo se gira y entre los jirones de resplandor podemos verlo.

Está pastando. Come tranquilamente en este claro iluminado por su luz.

Y no hay ni rastro de fuego. Sus crines parecen tejidas con luz de estrellas, sus ojos emiten un destello iridiscente, sus pezuñas brillan con la fuerza del sol y su grupa está lisa y es de un intenso color negro. No hay ni rastro del fuego que ha incendiado la aldea, nada del poder destructivo que ha tenido aterrorizados a los vecinos.

De hecho, se podría decir que es bonito.

La criatura alza el hocico y ambos damos un paso atrás cuando parece vernos. Nos observa largo y tendido sin que movamos un solo músculo hasta que Annie anuncia:

— Ya está. No les hará daño, a no ser que vuelvan a herirlo.

Por fin podemos despedirnos de la aldea. Igual que los mataquimeras que trampean sus misiones, les mostramos una de nuestras grageas y nos dan la recompensa.

Volvemos a Lilium con el dinero, pero sin gragea. Es difícil explicárselo al maestro.

—¿Habéis engañado a esa gente? — pregunta con voz grave.

— No, no... Le prometo que no — le responde Annie, pero se queda callada. Me doy cuenta de que no sabe qué más decir —. Cumplimos la misión, es solo que...

— Perdí la gragea — le digo al maestro.

Este se gira hacia mí con los ojos entrecerrados.

—¿La perdiste?

— Apostando a las cartas, en el tren — añado, y esbozo una sonrisa. Saco la bolsa con monedas que nos entregaron y se la dejo sobre el escritorio —. No te preocupes. Voy a donar mi parte de la misión al gremio.

Mael cierra los ojos y se lleva los dedos al puente de la nariz.

— No es necesario, Kian — me dice —. La gragea es siempre de los mataquimeras. Es Annie la que debería estar enfadada contigo, no yo. Puedes quedarte tu parte.

Sacudo la cabeza y doy un par de pasos atrás. Me encojo de hombros.

— Iba a donarlo de todas formas. El Lilium lo necesita más que yo.

Mael me observa con cuidado.

— Argus se pondrá contento — responde, aunque él no parece

muy convencido.

Annie sale corriendo detrás de mí cuando abandonamos su despacho. Me agarra de la muñeca y pregunta muy bajito:

—¿Por qué has cargado con la culpa?

— No iba a entenderlo — respondo.

Se muerde el labio inferior.

—¿Y tú?

Me quedo en silencio un buen rato, buscando una respuesta que no encuentro...

Somos mataquimeras: cazamos y destruimos a los monstruos que hostigan a los humanos. Annie no debía ayudar a esa quimera de clase D. Al ver el cepo que la debilitaba, debió aprovechar la ventaja para acabar antes con ella, pero... también Destructor estaba débil y malherido cuando lo encontró y ahora es... un amigo.

Puede que lo que ha hecho sea nuevo para mí, pero no lo es para ella.

Necesito tiempo para entenderlo.

— Eres mi compañera — acabo diciendo, y eso parece suficiente cuando lo digo en voz alta.

Annie se queda quieta un segundo. Veo que abre la boca para decir algo, pero al final se arrepiente y vuelve a cerrarla. Entonces da un paso hacia mí, se pone de puntillas y me da un beso rápido en la mejilla que hace que me arda la cara.

— Gracias — susurra con mucha suavidad.

La miro con los ojos muy abiertos, pero ella no parece avergonzada, sino feliz.

Yo, en cambio, debo de estar poniéndome de mil tonos de rojo distintos, así que carraspeo y me alejo rápidamente.

— No hay de qué — me apresuro a decir, dándole ya la espalda.



15

Annie

— El río siempre me había parecido un sitio para visitar en..., no sé..., ¿verano?

— Hazme caso — declara Diara, más dicharachera que de costumbre —. Precisamente por eso no habrá gente, ni ruido. No tendremos que lidiar con las aglomeraciones, ni los olores de las barbacoas de la gente, ni los niños gritones...

Me dedica una sonrisa que vemos poco. Parece que obligarnos a hacer planes de verano cuando queda poco para el invierno la anima bastante.

— Todos los años venimos cuando empieza el frío — asegura Kian, que camina por detrás de mí; vamos los dos en fila india tras Diara.

— Y tiene razón — añade Tasso, que viene tras nosotros —. No hay absolutamente nadie.

— Por qué será... — murmuro.

Pero ni siquiera eso consigue molestar a Diara, que avanza con buen ritmo hasta que la vegetación se abre y el rumor del agua nos llega. Al alcanzar la orilla los demás extienden las mantas por allí

para poder sentarse, pero yo me quedo un rato admirando el lugar.

El río no tiene un gran caudal, pero parece que hay zonas, pequeñas pozas, donde es lo suficientemente profundo como para poder bañarse... si tuviéramos diez o veinte graditos más. Los árboles son altos y hay un frondoso sotobosque de helechos, arbustos de espinos y pequeñas plantas que florecerán en primavera.

Diara, Kian y Tasso se están acabando de sentar cuando algo salta en el río. Los cuatro nos giramos, atentos, hasta que una criatura vuelve a emerger. Primero, por el brillo acerado de su piel, creo que es una nutria jugando. Luego veo los colores y me doy cuenta de que se parece más a un mapache.

—Debe de ser de clase E —murmura Diara.

Ha traído la espada consigo y durante unos segundos me tenso cuando apoya la mano en la empuñadura... Al final, no saca el arma.

Suspiro aliviada.

Me quedo mirando cómo la criatura continúa saltando contracorriente y al cabo de un rato me doy cuenta de que son dos o tres..., o tal vez sean más. No sé cuántos hay. Tienen piel de nutria, resbaladiza y brillante, pero los colores de su patrón de rayas son los de un mapache: grises, negros y blancos. Su cola es probablemente lo más hermoso. Se parece a la de un pez de colores, grande y exuberante, con formas sinuosas y bordes redondeados. Están jugando en el agua, saltan como si quisieran lucirse y emiten un sonido agudo y encantador que me hace sonreír un poco. Por suerte, ninguno de los mataquimeras siente la necesidad de levantarse para cazarlas.

Tasso ha traído la merienda. Nos reparte unos bollos que ha debido de hacer Berto y, mientras dejamos que el sol nos temple la piel y escuchamos a los mapaches de agua jugar, pienso que esto le

habría gustado mucho a Destructor.

Otro día tengo que traerlo. Quizá Kian también se apuntaría a venir con nosotros. No me doy cuenta de que me he quedado mirándolo hasta que me sonríe con los carrillos llenos y ladea la cabeza, esperando a que le diga algo. No llego a hacerlo porque entonces una voz perturba la quietud del río y todos nos giramos para ver a una chica que se separa de un pequeño grupo y agita la mano en nuestra dirección... No. En la nuestra no. Está saludando a Kian.

—¡Kian!

Él se pone de pie con agilidad y se alisa la ropa mientras se acerca a ella. Creo que ya la he visto antes en el gremio. Tasso resopla mientras los observa. Lleva las rastas recogidas en un moño, pero algunas le han quedado sueltas y se balancean ligeramente cuando mueve la cabeza.

— Parece que no somos los únicos que han venido buscando tranquilidad.

— Es Ginny — explica Tasso —, la hija de Berto. Igual que su padre, ella tampoco tiene la visión, pero suele pasarse mucho por el gremio. Ha debido de enterarse de que Kian venía y habrá querido probar suerte.

Diara resopla, pero no lo niega.

—¿Probar suerte? — inquiero.

— Esa chica está coladita por él. Lo sabe todo el mundo..., incluso ese, que no se entera de nada.

Señala a Kian con el mentón y yo sigo la dirección de su mirada. Ginny es más bajita que él, aunque eso no es difícil. Kian le sonríe mientras ella le cuenta algo que debe ser gracioso. Tiene el pelo corto y negro, y los ojos grandes y claros, muy bonitos.

Su grupo se ha sentado cerca. Ella los señala y Kian se frota la

nuca antes de señalarnos a nosotros.

— No, no, no... — dice Diara —. Me niego a sentarme con ellos.

—¿No te caen bien? — pregunto.

— Esa no es la cuestión. He venido buscando paz, Annie.

Tasso se ríe, como para quitarle hierro al asunto. Por suerte para Diara, Kian vuelve solo y sin una propuesta para sentarnos con ellos.

—¿Qué quería? — le pregunta Diara.

— Nada, solo saludar.

Ginny sigue mirándolo cuando ya ha vuelto con los suyos. Una chica le dice algo al oído y ella se ríe antes de alzar la mano y volver a saludar. Kian le devuelve el gesto, afable.

Alguno de los recién llegados ha traído un ejemplar del *Mundo Quimérico* y todos comentan con mucho entusiasmo qué mataquimeras de Dalia podrían participar en los Juegos de este año.

Tasso ha seguido los pormenores de los Juegos con mucha curiosidad durante semanas y una y otra vez gira el cuello a punto de dislocárselo. Parece que a veces quiere llevarles la contraria, pero luego se acuerda de que Diara lo está mirando y permanece callado.

En un momento dado alguien saca una guitarra y espanta a los mapaches de río y al resto de las quimeras de clase E.

— Berto es un bocazas — rezonga Diara —. Prefiero venir sin merienda la próxima vez.

Tasso se come otro pastelito de crema y suelta una carcajada.

— Yo no — dice con la boca llena.

Es divertido. A pesar de todo, yo me lo paso bien. Es gracioso ver a Diara mortificada por unos acordes desafinados y también es agradable improvisar una competición de rebotar piedras en el agua. Una de las veces, una quimera mapache salta, roba la piedra de Tasso, que sin duda iba a ganarnos a todos, y vuelve a hundirse con ella.

La competición cambia de pronto, también el objetivo, y nos volvemos locos haciendo rebotar piedras para que las quimeras mapache salgan a robarlas.

Mientras jugamos pienso que, si algún humano sin la visión se topara con uno de estos mapaches de río y ocurriera algo (un niño al que le roban la comida, un pescador al que le rompen la caña, un bañista al que le quitan la ropa...), nos llegaría una petición para cazarlos. Al no ver a las quimeras se asustarían, mandarían a un ojeador primero y luego esto se convertiría en una sencilla misión de clase E. El pensamiento me oprime el pecho durante unos minutos, pero Diara me da un codazo (es su forma de preguntar si estoy bien) y decido apartar esas ideas de mi mente.

El otro grupo no entiende los gritos ni la algarabía. Queda claro lo diferentes que somos cuando nos miran sin comprender, en silencio, sin que se den ni cuenta de lo que pasa.

Kian se remanga la túnica, que hoy es verde y negra, mucho más ligera que la que llevaba en las montañas, y lanza una piedra, que rebota sin que ninguna quimera mapache se la lleve y el «oooh» apenado que emitimos todos se ve interrumpido por unos aplausos.

Es Ginny.

— Has ganado, ¿no?

— En realidad he perdido — responde Kian con una sonrisa.

Siempre tiene una sonrisa para todos.

— Pero tu piedra... ha sido la que más rebotes ha hecho. Estaba mirando, ¿sabes? — añade.

— Gana quien consigue que una quimera se lleve su piedra — responde Diara.

—¿Quimera? — pregunta Ginny, algo temerosa.

— Es de clase E — explica Kian.

— Ah... — Frunce un poco el ceño y deja las manos frente al

regazo —. Curioso... ¿Quieres venir a dar una vuelta?

Todos los observamos en silencio. Él se da cuenta y, un poco dubitativo, nos mira alternativamente a nosotros y a Ginny, hasta que acaba asintiendo con fervor y se marcha con ella. Creo que se ha puesto nervioso.

— Nos vemos luego — dice sin mirar a ninguno de nosotros tres en particular —. En el gremio.

Echa a andar tras Ginny, pero no se detienen al llegar a la altura del grupo de amigos de la chica, y los vemos tomar el camino por el que hemos llegado al río. Siento algo pesado en el estómago y también algo extraño en las puntas de los dedos...; una sensación que no entiendo.

— Uno menos para hacerme con la victoria — sentencia Diara, que está en racha —. Venga, Annie. Te toca.

A partir de entonces nos quedamos solos los tres. No debería importarme. Me lo paso bien con Diara. Duermo cada noche con ella y, a pesar de que me da un poquito de miedo, la considero mi amiga. También estoy cómoda con Tasso. No he pasado tanto tiempo con él, pero tiene un carácter amable y despreocupado que hace fácil sentirse bien a su lado. Sin embargo, desde que Kian y Ginny se han marchado noto una sensación pesada y desagradable que no consigo sacudirme de encima, y no comprendo por qué, aunque eso deja de importar una de las veces en las que Tasso lanza una piedra y un instante después da dos pasos hacia atrás y está a punto de caerse.

Es su expresión de espanto lo que me hace seguir los movimientos de la piedra, que ha rebotado en la superficie del agua hasta llegar a la orilla contraria y... acabar frente a una quimera.

No es un mapache de río, ni uno de esos bichillos encantadores de clase E.

No.

Esto no es, definitivamente, de clase E.

Una criatura está agazapada entre las sombras del bosque bebiendo agua..., o eso parece. Ahora nos mira con dos ojos completamente naranjas, como si estuvieran hechos de lava candente. Tiene un cuerpo grande pero esbelto, cuatro patas poderosas y su pelaje es naranja con vetas negras, como el de un tigre. Esta quimera, sin embargo, tiene astas sobre la increíble cabeza: una cornamenta como la de un ciervo.

—¿Es de clase D? — me atrevo a preguntar.

Diara ya ha echado a andar hacia atrás, sin apartar los ojos de la criatura. Se agacha sin volver la vista para recuperar su espada del suelo.

— Puede que sí — responde Tasso, que se ha quedado completamente inmóvil.

El tigre astado nos contempla con curiosidad y yo me pregunto cuántos saltos tendría que dar con esas patazas para alcanzarnos.

Tras nosotros, completamente ajenos a la presencia de la criatura que podría destrozarlos a todos en un segundo, el grupo que ha venido con Ginny sigue charlando, riendo, haciendo bromas que nosotros ya no escuchamos y proponiendo canciones que uno de ellos ha de interpretar a la guitarra.

— Yo no estoy segura — dice Diara —. Puede que sea de clase...

No llega a terminar la frase, porque entonces la criatura levanta el hocico del borde del río y entreabre unas fauces donde lo más peligroso no son los dientes. Volutas de humo se forman entre las encías y allí, al fondo de su garganta, se adivina un fuego que empieza a surgir.

— De clase C — dice Tasso enseguida —. ¡El maldito bicho es de clase C!

— Vámonos — decide Diara, más serena —. No estamos preparados para esto.

—¡Claro que nos vamos! — grita Tasso, tal vez demasiado alto —. Nos vamos ahora mismo.

Es él quien se vuelve con rapidez hacia el grupo para explicarles la situación. En cuanto oyen la palabra «quimera» se levantan sin pensarlo y se alejan sin saber muy bien qué dirección tomar. Siempre he pensado que vivir en Plumeria sin la visión tiene que dar muchísimo miedo..., aunque fingir no tenerla durante doce años tampoco ha sido un camino de rosas.

Cuando nos marchamos, nos encontramos con el grupo, que nos está esperando para que lo guiemos lejos de la quimera de clase C.

—¿Sabéis a dónde se ha ido Ginny con Kian? — pregunta Diara, que, con la espada en la mano, encabeza la marcha.

— Volvían al barrio — dice uno de ellos —. Estarán bien.

Diara asiente y todos nos alejamos del río sin perder el tiempo. Leo los informes que cuelgan del tablón de las misiones todos los días y estoy segura de que ahora mismo en ninguno de ellos se habla de la quimera tigre. Puede que simplemente viva por aquí sin molestar a los humanos.

— Voy a preguntarle al maestro si puedo volver para intentar cazarla — dice Diara.

Tasso arquea mucho las cejas oscuras y bufa.

— Toda tuya.

—¿Te dejará, aunque no esté en el tablón?

Diara se encoge de hombros. Tiene la mirada puesta en el camino, pero sé que está pensando en algo más; probablemente, ya está elaborando un plan para cazar al tigre astado.

— El gremio está en números rojos. Aunque no haya recompensa, podríamos vender la gragea que dé esa quimera, que puede ser muy

valiosa. Necesitamos cada moneda que podamos conseguir para pagar el emblema del Lilium. Puede que me deje. ¿Quieres venir?

El corazón se me acelera cuando lo imagino. No es el miedo que siente Tasso, es otra cosa, otra emoción intensa y burbujeante que me hace cosquillas en los dedos, pero precisamente eso me hace sacudir la cabeza.

Le muestro las manos, que aún llevo vendadas.

— Brita dice que todavía necesito un par de días sin empuñar ningún arma para curarme por completo.

— Te quemaste de lo lindo — observa Tasso —. Todavía no he entendido bien qué pasó. ¿Cómo pudiste acercarte tanto a esa quimera sin acabar chamuscada del todo?

Me guardo las manos en los bolsillos de la túnica.

— Bueno... No lo hice a propósito, ¿sabes? Fue ella la que se empeñó en acercarse a mí.

Tasso se ríe cuando sonrío.

Diara me mira desde arriba.

— Debes tener más cuidado.

Un ruido entre la maleza hace que Diara se detenga de golpe. Clava los pies en la tierra, igual que hacemos Tasso y yo. Alguien articula un quejido lastimero a nuestra espalda. Sin embargo, no es la quimera. Un grupo de personas pasa por delante de nosotros: son mataquimeras, a juzgar por su atuendo. Visten de negro, con túnicas ajustadas, botas altas y correas por todas partes...; correas en las que han encajado armas. Sobre algunos pechos, distingo el emblema de la cara espeluznante que sonríe.

— El Crinum.

— Me parece que vas a tener que renunciar al tigre astado, Diara — observa Tasso.

Ninguno de nosotros ha abandonado la posición defensiva. Los

mataquimeras del Crinum reparan en nosotros, pero solo nos dedican alguna mirada y alguna risa mal disimulada. Al final del grupo, no obstante, una joven que camina un poco apartada del resto se detiene. Por la forma en la que reacciona Diara, que se tensa aún más, la reconoce antes que yo.

Es Violett. En una mano lleva la lanza que usa de arma, la otra la utiliza para apartarse un mechón oscuro que le cae sobre la cara. Esboza una sonrisa en nuestra dirección antes de alzar la mano y agitar los dedos para saludar.

— Estupendo — masculla Diara.

—¿La conocéis?

— Es la chica que nos robó la misión — respondo yo, porque Diara está demasiado ocupada en poner cara de mala uva mientras se nos acerca la mataquimeras del Crinum, que no espera a llegar frente a nosotros para apuntar a mi compañera con el mentón y preguntar:

—¿Se te ha curado la herida?

—¿Qué herida? — inquiere Tasso.

— Ninguna. Esta ya se iba.

Violett mira al grupo que escoltamos y luego se fija en la espada que Diara lleva en la mano.

— Ah..., ¿os estáis escapando de la quimera tigre?

—¡¿Tiene pinta de tigre?! — exclama uno de los chicos del grupo.

La mataquimeras del Crinum sonríe un poco antes de morderse los labios.

— Hacéis bien. Puede que sea demasiado para vosotros. Lo más sensato y prudente es escoltar a la gente sin visión hasta la ciudad. Nosotros nos encargamos del peligro.

Diara suelta un resoplido.

— Si crees que con esa pulla facilona vas a provocarnos, la llevas clara.

Pasa a su lado sin molestarse en esperar a que se aparte. Le da un golpe en el hombro y me hace un gesto esperando que la siga. Todos pasamos junto a Violett para seguir nuestra ruta. A pesar de sus palabras, sin embargo, Diara va maldiciendo.

— Peinabombillas, escuchapedos...

Los chicos sin visión no se apartan de nosotros hasta que prácticamente alcanzamos el camino del gremio, como si se resistieran a irse solos. Al final, cuando Diara les dice, con ese gesto seguro suyo y su voz autoritaria, que la quimera tigre no nos ha seguido, acaban yéndose y nosotros tres enfilamos el camino de gravilla hacia Lilium.

— Ya no hay ratas — comenta Tasso, como si tratara de aligerar la tensión.

— Ni gatos — apunta Diara —. Creo que se han marchado desde que se acabó la plaga de ratas.

—¿Sí? Creo que el otro día me pareció ver a uno en el tejado del Lilium. Era... — se interrumpe al ver un carruaje detenido justo a la entrada del gremio. Un hombre con levita, elegante, alto y bien peinado espera en la entrada.

—¿Qué narices se le ha perdido a ese ricachón aquí? — pregunta Diara entre risas.

— A lo mejor ha parado a pedir indicaciones — dice Tasso.

— Oh, claro... Perdonen, buenos señores — empieza ella, imitando un acento pomposo y forzado —, ¿podrían indicarme cómo llego al mercado del caviar?

— Tengo otra, tengo otra... — se anima Tasso, y carraspea —. Disculpen, honrados lugareños, ¿tienen cambio para este lingote de oro?

A continuación me da un codazo con suavidad.

— Venga, Annie, te toca.

Pero yo no he pensado en una broma. No he pensado en nada desde que he reconocido al hombre.

Noto la garganta seca cuando hablo.

— Es mi padrastro.

— Así no es como se juega... — protesta Tasso, hasta que se da cuenta de que hablo en serio —. Oh... ¡Oh!

Los dos se quedan atrás cuando yo aprieto el ritmo y me acerco a mi padrastro.

—¿Qué haces aquí, Markus?

Tan elegante y recto como siempre, me mira con altanería. Se ha puesto un traje azul claro que contrasta poderosamente con su piel oscura. Sus ojos negros se entrecierran un segundo antes de adoptar una expresión de indiferencia que ya le he visto usar cuando cierra tratos con sus socios.

— Creo que hacer esa pregunta me corresponde a mí.

Resoplo y me cruzo de brazos.

— Lilium es mi hogar ahora. Soy una mataquimeras.

Markus deja escapar una carcajada áspera y seca que me duele más de lo que me gustaría admitir.

— No digas estupideces — sisea, bajando el tono de voz, como si mi mera existencia le avergonzara —. Tú no eres una mataquimeras. Eres una niña, una niña de la alta sociedad. Estás emparentada con...

—¡No! — lo interrumpo —. Ya no soy esa niña. Soy una mataquimeras del Lilium, te guste o no. Y no puedes hacer nada para cambiar eso.

No sé cuál de los dos se sorprende más por mi tono. Puede que yo misma, que no sabía que pudiese hablar con tanta seguridad. Markus mira por encima de mi hombro y sé que mis amigos se han acercado. Por encima del suyo, yo veo algunos ojos curiosos que

observan desde la puerta, pero intento no prestarles atención.

— Vuelve a casa — ordena secamente, y sus ojos bajan un segundo a mis manos —. Antes de que sea demasiado tarde.

Hay ira en esa mirada, un enfado brutal que hace unos meses me habría hecho encogerme sobre mí misma.

— No — contesto —. No hay nada que puedas hacer para que regrese a mi vida de antes.

Cuando paso a su lado, demasiado nerviosa para seguir discutiendo, noto un tirón en el brazo y me doy cuenta de que Markus lo ha agarrado con fuerza. Sin embargo, en cuanto me giro hacia él, me suelta de golpe, como horrorizado, y da dos pasos atrás.

No dice nada.

El silencio ha sido peor muchas otras veces, pero en esta ocasión lo siento como una victoria.

Me doy la vuelta y cruzo la puerta del gremio.

Ni siquiera me doy cuenta de quiénes se apartan para dejarme pasar. No veo sus caras y tampoco me vuelvo para mirar a Tasso y Diara, que entran detrás de mí. Avanzo hecha una furia y un manojo de nervios, y cuando ya estoy al pie de las escaleras oigo unos aplausos que me obligan a mirar atrás. Tardo un rato en entender lo que está ocurriendo... Todos me están mirando: Diara, Tasso, Brita, Berto, otros mataquimeras del gremio con los que ni siquiera he cruzado más que un par de palabras... y Kian.

Tasso viene hacia mí con dos largas zancadas y me pasa un brazo por los hombros.

—¡Es nuestra compañera! — grita —. ¡Nuestra mataquimeras del Lilium: Annie!

Todos irrumpen en vítores y aplausos. El vestíbulo se llena de gritos y algarabía, tanto que el maestro Mael se asoma desde la

barandilla porque cree que ha de detener una pelea espontánea, pero, por una vez, no es así. Incluso Nahanni, siempre enfrascada en sus pesados manuscritos, ha salido de la biblioteca a ver qué ocurría.

Entonces Kian aprovecha para acercarse a mí.

—¿Ese era...?

Me ha visto. También él miraba.

— Sí. Era mi padrastro: Markus.

Empiezo a subir las escaleras. Quiero abrazar a Destructor, pero lo más seguro es que esté durmiendo en el cuarto de Kian.

— Vaya. No ha sido... bonito.

— No. No lo ha sido.

Se frota la nuca y abre la puerta de su habitación sin que yo tenga que decir nada. Mi quimerita de clase F está durmiendo patas arriba en la cama, con una panza imposible que sube y baja con cada respiración profunda. Ni siquiera se mueve cuando entramos.

— Será posible... Si entrase alguien que no fuera nosotros... — me interrumpo cuando noto una mano que Kian apoya en mi hombro. Me mira de una forma complicada, dubitativa y... ¿temerosa?

— Quiero decirte algo y no sé cómo hacerlo sin que lo malinterpretes.

— Adelante. — Me giro hacia él, pero Kian camina hasta el borde de la cama y se sienta en ella.

Lo sigo y hago lo mismo.

En algún momento, ese gesto se ha vuelto familiar entre los dos. Podemos estar frente a frente, como dos amigos de toda la vida, aunque solo hace unos meses que nos conocemos.

— Verás... Creo que Markus no entiende lo que supone obligar a alguien con la visión a ocultar su naturaleza, pero...

—¿Pero? — inquiero, sorprendida.

Kian se muerde el labio inferior.

— Pero hoy no he visto a una persona mezquina intentando atarte.

Arqueo las cejas y me cruzo de brazos.

—¿Y qué has visto?

Kian suelta un profundo suspiro y echa la cabeza hacia atrás.

— A esto me refería... No soy buen orador. Soy buen comedor de pasteles, buen jugador de cartas, buen arquero...

— No eres tan buen arquero...

Kian se ríe y respira un poco más aliviado.

— Ya sabes que yo no recuerdo nada de mi madre, pero, cuando la imagino..., lo hago mirándome como te miraba hoy las manos Markus.

— Te equivocas — digo —. Mi padrastro solo desea que vuelva a casa para que no ensucie su nombre. Al final se rendirá, fingirá que nunca tuve nada que ver con él y, al cabo del tiempo, se olvidará de mí. Es lo que siempre ha querido: fingir que no existo para ahorrarse la humillación.

Me cuesta un poco decirlo, pero lo hago igualmente, aunque me tiemble la voz.

Noto algo cálido en los dedos y bajo la vista para ver unas extrañas gotitas que caen sobre ellos, sobre mis nudillos.

¿Kian tiene goteras?

Tardo un rato en darme cuenta de que soy yo, de que estoy llorando.

Kian debe de darse cuenta antes que yo, porque alarga con rapidez la mano y antes de que yo misma lo entienda estrecha mis dedos.

— Pienso que deberías intentar hacerle comprender. Ese hombre solo parecía asustado.

Bufo. Me da un poco de rabia que crea que conoce mejor que yo a Markus, pero no me levanto ni le aparto la mano, porque es reconfortante.

—Ya, bueno... —digo secándome las lágrimas con la manga de la túnica —. No creo que volvamos a hablar en mucho tiempo, así que...

Kian no dice nada. Entiende que no puede hacerme cambiar de opinión. Se limita a seguir cogiendo mi mano, en completo silencio, sin que haga falta nada más.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que se pone de pie.

—Antes de que se me olvide... —Va hasta la cómoda junto a la pared y de un cajón extrae una bufanda. Mi bufanda —. Perdona. La llevé durante toda la misión y luego se me olvidó devolvértela.

Parece nervioso. La cojo, apretándola contra mi pecho.

—Oh, está bien... No me ha hecho falta.

Kian se frota la nuca.

—Ya. Bueno..., te hará falta en diciembre.

—Gracias.

Se ríe.

—Es tuya. Yo debería darte las gracias a ti.

Entonces me río yo.

—Es verdad. Entonces, de nada.

Esta vez nos reímos los dos y el nerviosismo extraño se disipa un poco.

Cuando regreso a mi cuarto, ya sola, antes de guardar la bufanda, me la acerco a la nariz porque me doy cuenta de que desprende un olor familiar, agradable y reconfortante.

Lo primero que me viene a la cabeza es que huele a hogar.

Un segundo después comprendo que en realidad huele a Kian.



16

Kian

Ya han vendido las grageas que conseguimos en la gruta de las serpientes. Lo hemos donado al Lilium, pero seguimos muy lejos de la cifra que necesitamos para pagar el emblema.

Cuando Nahanni nos cuenta que ya ha hecho el intercambio por la gragea de clase C, Annie pone una cara muy rara. No le pregunto en el momento, porque ya imagino por qué lo hace. Me digo que, cuando nos quedemos a solas, le recordaré que hicimos bien y que acabar con esas quimeras era nuestro trabajo, pero, cuando volvemos a mi cuarto y abro la puerta, Destructor me salta encima.

Me estaba esperando para tenderme una emboscada y el muy listillo lo hace en su forma grande, cuando es como un perro enorme. Así que estoy a punto de caerme al suelo. Annie, riéndose, me empuja por la espalda para que pase cuanto antes dentro y pueda cerrar la puerta.

—¡¿Y si hubiéramos venido con alguien más?! — dice, regañando a Destructor.

Él adopta su forma de gatito adorable y se restriega contra nuestras piernas para hacerse el loco. De pronto me doy cuenta de

que la magia de Destructor también concedería un poder si muriera. Me pregunto cuál será su gragea y tengo que llevarme la mano al estómago cuando se me retuerce, porque ningún poder sería suficiente para compensar esa pérdida.

Annie se ha sentado con él para acariciarlo; ya no le está riñendo. Solo le da mimos.

Al final, no le pregunto por qué ha puesto esa cara cuando hemos vuelto a hablar de las quimeras que matamos en la gruta.

—¿Habéis entrenado hoy? — me pregunta Diara después de comer.

Me da miedo responder.

— Aún no, pero...

—¡Estupendo! — exclama, y lo hace con tanto entusiasmo que Tasso, sorprendido, se atraganta con el pan frito de Berto —. Pues vamos.

— Diara, estoy com... — No llego a acabar la frase, ni la comida, porque ella me agarra por la muñeca y me arrastra fuera con dos bastones de entrenamiento que ya traía consigo.

Está fatal.

Annie nos sigue y a mí me alegra que haya testigos.

Cuando llegamos fuera, sin embargo, me doy cuenta de que no vamos a entrenar. No, al menos, hasta que esa mataquimeras del Crinum se vaya.

— Oh, no... — sisea Diara, sin apartar los ojos de ella.

Es la chica que les reventó la misión. Parece tan pequeña como Annie, aunque debe sacarle un par de centímetros. Tiene la piel dorada por el sol, de un color cálido, y sus ojos almendrados, aunque tienen cierta aura oscura, parecen amables.

— Diara, Annie, Kian... — canturrea —. ¡Qué sorpresa encontraros

por aquí!

—¿Es una sorpresa encontrarnos en nuestro propio gremio? — replica Diara.

La chica esboza una sonrisa.

— Estoy buscando pareja de baile — dice, mirando hacia abajo, hacia los bastones de bambú que sujeta Diara — y resulta que sé que por aquí os gusta bailar.

— Corta el rollo y lárgate. No tenemos tiempo para esto.

Diara pasa a su lado sin contemplaciones, pero la chica no deja que se aleje mucho.

— Quiero entrenar — explica, por si no la habíamos entendido.

— Oh, venga, ¡piérdete!

—¿Es que te da miedo?

Diara se gira hacia ella como un resorte.

—¡Claro que no! Es solo que no quiero verte la cara.

— Creía que mi cara estaba bastante bien. — Se pone la mano bajo la barbilla, en un gesto coqueto que hace que a mí me entre la risa y que Diara me fulmine con la mirada —. Combatir contra personas que usan técnicas diferentes es sumamente importante en la formación de un mataquimeras. Yo he peleado contra miembros del Aster y del Rosmarina. Incluso me enfrenté en un duelo de espadas a Rokus, de Cineraria, el mataquimeras que...

—¡¿A Rokus?! — grito yo, ignorando los gestos de Diara —. Fue... ¡Fue Rey de las Quimeras hace tres años!

Si las miradas mataran, a estas alturas estaría enterrado, pero no puedo evitarlo. La verdad es que es impresionante.

—¿Alguien del Rosmarina accedió a enfrentarse contigo en un duelo? — pregunta Annie.

Sinceramente, a mí también me sorprende.

La chica se muerde el labio inferior y levanta un hombro de forma

juguetona.

— Con aquella mataquimeras del Rosmarina, más que un duelo fue una pelea. — Esboza una sonrisa —. Y más que acceder...

— Vamos, que atacaste a alguien del Rosmarina — termina Diara.

— Chica, dicho así suena muy feo. El caso es que es bueno conocer técnicas diferentes para nuestra formación. ¿Qué? ¿Alguno de vosotros se anima?

Diara se adelanta para responder cuando Annie exclama:

—¡Yo sí!

—¡Annie! — exclama Diara.

A pesar del miedo que debe de darle que Diara se enfade, Annie se las arregla para encogerse de hombros y esbozar una sonrisa conciliadora.

— Vamos, Diara. ¿Qué mal nos puede hacer? Brita me ha dicho que puedo volver a entrenar si lo hago con cuidado... — Se mira las manos, que aún lleva vendadas —. Y la verdad es que me muero de ganas.

—¡Excelente! — grita la chica.

Diara bufa y pone los ojos en blanco, pero ya no hay nada que hacer. Annie toma los bastones de entrenamiento, los mueve y los prueba en las manos para ver si puede sujetarlos bien, pero, cuando ya está preparada para enfrentarse con Violett, esta dice que tiene una idea mejor..., y un segundo después está organizando un circuito en el jardín.

— Me lo enseñó un mataquimeras de Cineraria — explica mientras arrastra una gran roca por el suelo —. Allí los inviernos son muy fríos y muchas de las misiones son a gran altitud y con temperaturas extremas, así que en los gremios los preparan sobre todo para ser resistentes.

Violett regresa hasta donde los tres la estamos observando. Ha

preparado un buen circuito. Diara ha hecho un amago de marcharse, pero ha terminado quedándose.

— Entonces, ¿vamos a...? — empieza Annie.

— Primero una carrera: tocar el árbol torcido y regresar para empezar el circuito oficial. Después esquivar esas piedras haciendo zigzag. Así..., ¿lo ves? — Representa lo que habría que hacer —. Ida y vuelta, y al regresar al principio hay que tomar las piedras y encestarlas en ese círculo... Lo he dibujado con guijarros — añade, como si estuviera tremendamente orgullosa —. Si fallas, tienes que volver atrás con la piedra y probar de nuevo... hasta que las metas todas. Después otra carrera: hasta el árbol torcido y vuelta. ¿Me sigues? ¡Bien! En quinto lugar, habrá que cargar con las mismas piedras de antes hasta el árbol que he marcado. Normalmente se hace con cestos o sacos..., pero creo que con las manos será mucho más interesante. Por último..., ¡trepar! Ese árbol es bastante grande como para que quepamos las dos si llegamos a la vez. He atado dos de mis correas en una de las ramas.

—¿Así que tomamos esa correa y quien llegue antes gana?

—¡No! Quien llegue antes gana la primera mitad del duelo, la segunda es la lucha con bastones.

—¡De acuerdo! — acepta Annie, que parece pletórica.

—¿Y si hay empate? — inquiero yo.

— Entonces echamos un pulso. — Da una sonora palmada, encantada —. ¿Estás lista?

—¡Lista! — declara Annie, colocándose a su lado.

— Diara, ¿comprobarás que ninguna haga trampas? — pregunta Violett con suavidad.

Ella murmura algo desagradable y yo me apresuro a decir que yo haré de juez.

Entonces empieza el circuito.

Todo parece más o menos fácil hasta que llegan a la prueba de encestar las piedras. Como el círculo está lejos y fallan, han de volver atrás cargando con las piedras varias veces, y eso hace que lleguen cansadas a la carrera y después al árbol.

Tal como ha vaticinado Violett, llegan prácticamente a la vez, pero ambas pueden escalarlo sin problemas. Annie, que se mueve como una acróbata, es la primera en subirse a la rama, desenganchar su correa y bajar con ella.

—¡Vamos, Annie! —la animo.

Llega jadeante a la línea de meta, marcada por los bastones de entrenamiento, y Violett le concede la victoria con una reverencia.

—Has ganado la primera parte —recoge su bastón del suelo y se pone en guardia—. A ver qué tal se te da la esgrima.

Empieza el enfrentamiento, pero ambas están exhaustas y sin aliento, y creo que eso lo hace más exigente... y divertido. Tasso se acerca en algún momento a mirar y, cuando Violett derrota a Annie y se tumban en la hierba para echar un pulso, anuncia que él será el siguiente.

—El siguiente soy yo —replico.

Al final, Violett gana a Annie al pulso, y después me gana a mí en el circuito, pero luego, como está tan cansada, se muestra lenta en la pelea y, por alguna carambola del destino, yo la toco antes con el bastón de bambú. Después Tasso se enfrenta a mí y yo vuelvo a ganar. Y la siguiente vez Annie es la que me gana a mí.

Diara acaba participando. Creo que lo hace solo porque al principio no tiene que enfrentarse a Violett, pero, cuando gana a Annie, sí debe pelear contra la mataquimeras del Crinum.

Violett es más rápida en el circuito, pero pierde de una forma bastante torpe en el duelo..., y algo me dice que no ha sido accidental.

—¿Está tu brazo del todo curado? — canturrea Violett tumbándose frente a ella —. No querría que te hicieras daño.

— Cierra el pico — le espeta Diara y le ofrece la mano.

—¿Eso quiere decir que el ungüento que te di funcionó?

Diara se impacienta y le agarra la mano con violencia, arrancándole una carcajada a Violett, que creo que no entiende la gravedad del asunto: Diara se ha pegado con otros por menos. Y entonces mi amiga inicia la cuenta atrás y gana a Violett.

—¡Sí! — grita —. ¡He ganado!

— Procura seguir haciéndolo. Quiero darte una paliza en la próxima ronda — dice ella, completamente tranquila.

Para ser del Crinum, no tiene mal perder.

Pasamos así el resto de la tarde. Cualquiera podría pensar que el atardecer nos haría terminar el torneo improvisado, pero la oscuridad solo trae un nuevo grado de dificultad. Hemos ido añadiendo pruebas que se nos ocurrían, con algunos cajones de entrenamiento para saltar y mesas y sillas que espero que no se rompan, porque, de lo contrario, el maestro nos matará. Rhona también nos ha prestado algunas versiones de armas para el entrenamiento, todas de madera para que Diara no mate a nadie si se emociona demasiado.

Cuando acabamos, Tasso le dice a Violett que tiene que probar los filetes empanados de Berto y ella acepta de buen grado la invitación a cenar.

Diara se queda rezagada conmigo cuando los demás están entrando.

Otros mataquimeras ya comparten la cena en las mesas del vestíbulo y Berto charla con ellos mientras se pasea por ahí con humeantes bandejas plateadas.

— Al final ha sido divertido — opino —. Tienes que reconocerlo.

Violett sabe lo que se hace.

— Sí — rezonga —. Pero no entiendo por qué tiene que ser aquí, por qué el Lilium. Tiene decenas de mataquimeras a los que enfrentarse, y aquí no ha sido bien recibida, precisamente. Sabe que la detesto. ¿Por qué vuelve?

Enarco las cejas.

—¿No es evidente? — me sorprendo.

—¿De qué hablas?

Voy a responder, sin estar muy seguro de cómo decirlo. ¿De verdad tengo una amiga tan ciega? Pero entonces Tasso nos hace un gesto para que nos demos prisa.

—¡Rápido, o Bruno se lo comerá todo!

—¡Eh! — protesta el grandullón, arrojándole un pedazo de pan a la cabeza.

Nuestro cocinero se ríe, encantado.

— Chicos, chicos..., hay para todos. Sacaré otra bandeja en un periquete.

Y nos unimos al resto para cenar juntos.



17

Annie

El sol con el que entrenamos ayer ha desaparecido para dejar tras de sí un cielo plomizo y grisáceo por el que no se cuela un solo rayo de luz. Tomo mis tostadas de la cocina y voy al vestíbulo, donde ya todos están desayunando, y espero a Kian, que llega al cabo de un rato con un plato a rebosar: huevos escalfados, tocino frito, fruta recién cortada, panecillos y unos bollos rellenos que he probado antes y que, sinceramente, rivalizan con los del señor Clancy.

Tasso aparece poco después y al cabo de un rato Diara se une a nosotros con una taza de café en las manos y expresión huraña.

—¿Qué pulga te ha picado? — le dice Tasso mirándola con el ceño fruncido.

Ella articula un gruñido que suena como «piérdete».

Kian se ríe un poco.

— Ayer se quedó despierta hasta tarde con Violett — respondo yo, y la forma en la que me mira hace que me apresure a añadir —: Estuvieron entrenando... Creo.

Diara suelta un sonoro resoplido.

— Después de cenar, se le ocurrió subir a mi cuarto para enseñarme no sé qué técnica de los guerreros de Cineraria. — Hunde la nariz en su taza de café y la melenita rubia le tapa un poco la cara —. La verdad es que estuvo bastante bien. Aprendí mucho. No sé por qué tiene tanto interés en el Lilium...

Kian y yo compartimos una mirada. Tasso abre la boca para decir algo que probablemente le cueste un puñetazo, pero Kian le da un codazo y sacude la cabeza. Diara no se da cuenta.

—¿Tú no fuiste? — me pregunta Kian.

— Era más de medianoche — contesto —. Y quería estar en plena forma para la clase de Omari.

Nos dijeron que el mataquimeras impartiría hoy una lección práctica.

Ahora está comentando algo con Argus en el mostrador de la entrada. Los dos parecen muy concentrados en los pergaminos que el administrador pasea siempre de un lado a otro con mucha prisa.

No sé cuál de nosotros se levanta primero. Todos nos acercamos a ellos, Diara todavía con su café y Kian engullendo el copioso desayuno que aún tiene en el plato.

— Aleja eso de aquí — le dice Argus, y Kian da un paso atrás y levanta una mano en son de paz, pero no se marcha.

—¿Estás preparando la clase, Omari? — pregunta Diara, inclinándose sobre los pergaminos para ver mejor.

— No — responde con una sonrisa amable —. Es que acabo de darle a Argus mi comisión para el Lilium y estábamos echando un vistazo a los números.

La expresión de preocupación es suficiente para que no tenga que explicar nada más.

Omari tiene un rostro tan bonachón como grandes son sus músculos. Es alto, robusto y lleva el pelo rapado. El número de

pecas sobre su piel oscura ha aumentado desde la última vez que lo vi.

— Estamos muy mal de dinero, ¿verdad? — inquiere Tasso, que también se inclina para mirar los pergaminos.

— El Lilium debería mandar a cinco o seis mataquimeras a los Juegos Quiméricos — dice entonces Kian, con los carrillos llenos —. Seguro que al menos uno llegaría a la final y con los cincuenta millones del premio se acabarían nuestros problemas.

Argus planta la mano sobre los pergaminos del mostrador con un rápido movimiento.

—¡Cinco o seis mataquimeras! — bufa —. No tendríamos ni para pagar la participación de tres aspirantes y, si lo hiciéramos, nos quedaríamos a cero.

— El Lilium no se puede permitir mandar a nadie a los Juegos — dice Omari. Tiene la voz dulce y tranquila —. Creo que el maestro es el único que ha participado y eso fue antes de que creara este gremio.

—¡Y ganó! — exclama Kian —. ¡Dos veces! Podemos volver a hacerlo.

Argus pone los ojos en blanco.

— Cada participación cuesta doscientos setenta y cinco mil bocadragones — le dice nuestro administrador, un poco cansado —. Si mandásemos solo a uno y no ganase el premio, sería imposible recuperar ese dinero antes de tener que pagar la cuota del emblema de gremio oficial.

—¿Cuánto cuesta pagarla? — me atrevo a preguntar.

— Un millón de bocadragones. Tenemos hasta el 7 de enero — responde Omari —. Y los Juegos Quiméricos empiezan el 21 de diciembre, durante el solsticio de invierno. No podemos arriesgarnos... Ahora nos faltan... — Echa un vistazo a los

pergaminos.

—Ciento ochenta y tres mil bocadragones —termina Argus por él. Se recoloca las gafas redondeadas y recoge rápidamente los pergaminos—. Voy a informar al maestro.

Argus rodea el mostrador y, sin esperar más, se aleja a paso ligero hacia las escaleras que crujen bajo sus pisadas.

—¡Déjale al menos tomar el café tranquilo! —le grita Omari—. ¡Le dará un ataque antes del desayuno!

—¡Mejor! ¡Todos deberíamos dejar de desayunar! —grita desde la pasarela que bordea el piso inferior—. ¡Estamos despilfarrando!

Durante un momento extraño todos los que desayunaban en las mesas se detienen y lo contemplan en silencio. Alguien susurra: «A Argus se le ha ido la olla otra vez», y luego el gremio se vuelve a llenar del tintineo de las cucharillas en las tazas y el sonido de las risas.

La lección de Omari de hoy no tiene muchos participantes. Los más mayores creen que conocer esas técnicas es una pérdida de tiempo cuando se trata de quimeras. En el corredor oigo una conversación entre el maestro y la que creo que es Nahanni, pero le resulta imposible convencerla de abandonar la biblioteca para entrenar. Se marcha airada, refunfuñando algo sobre la escasez de estudios quiméricos y ser vulnerables sin información.

El maestro sí es capaz de obligar a algunos de los más jóvenes a asistir, pero, aun así, somos pocos, y eso está genial, porque Omari puede enseñarnos mejor.

Después de una ducha caliente vuelvo a bajar al vestíbulo y me siento en una de las mesas a esperar a Kian.

Acaba de pasar por la cocina, porque trae una bandeja a rebosar.

—¿Vas a comer ya? —me extraño.

— Dioses, no — responde sonriente y toma asiento justo enfrente. Se deja caer en el banco de madera con tanta fuerza que emite un crujido y la tabla se tambalea —. A Berto le han sobrado algunas cosas del desayuno.

—¿Le han sobrado huevos recién hechos?

Se encoge de hombros y esboza una sonrisa radiante.

— A Berto le caigo bien.

Me echo a reír, pero él no me acompaña. La sonrisa desaparece un poco.

—¿Cómo están tus manos? Ha sido un entrenamiento bastante intenso y aunque lo de ayer fuera un juego...

Me las froto en un acto reflejo.

— Completamente recuperadas. Ya no me molestan casi nada.

Me obligo a apoyarlas en la mesa, justo como tiene las suyas Kian.

— Es un alivio — responde —. Lo que hiciste fue una tontería.

Lo reto con la mirada.

— Pero salió bien.

— Sí... Tú y yo tenemos mucha suerte en lo que se refiere a salir ilesos de tonterías.

Nos echamos a reír.

De pronto, noto algo en la mano que tengo apoyada en la mesa. Cuando miro, descubro que Kian ha levantado sus dedos para acercarlos a los míos. Me ha tocado; apenas un roce de su dedo meñique.

Lo miro, pasmada.

Él abre la boca para decir algo, pero entonces Argus, que se acerca con una taza de té en la mano y las gafas de cristales redondos sobre la nariz, lo interrumpe.

— Creo que te buscan — me dice, señalando la puerta con el pulgar.

Markus está observándolo todo desde la entrada. Mira la pintura descascarillada del techo, la barandilla inestable que bordea el segundo piso, las tablillas sueltas del suelo..., y frunce el ceño.

— Quédate aquí — le digo a Kian, antes de levantarme y plantarme frente a mi padrastro —. Te dije que no tenía nada más que hablar contigo.

— Sí. Sí hay algo de lo que tenemos que hablar — me lleva la contraria —. Pero no aquí.

Me cruzo de brazos.

— No pienso ir a ninguna parte contigo.

Abre la boca y me preparo para sus gritos, pero entonces Markus hace algo inaudito: cierra los ojos, toma aire y murmura con suavidad:

—¿Podemos ir a tu cuarto? Imagino que los dormitorios de Lilium estarán en este mismo edificio, ¿no?

No me gusta la forma en la que lo dice. Dudo y durante un momento me planteo mandarlo a la porra y salir corriendo de nuevo, pero acabo asintiendo.

— Por aquí — le digo a regañadientes.

Kian gira todo el cuello al vernos pasar, igual que hacen muchos cuando ven a una persona tan bien vestida como Markus subir al piso de los dormitorios detrás de mí. Lo llevo hasta el cuarto que comparto con Diara y me alegro cuando veo que ya no está dentro. Seguramente se habrá ido ya a las duchas.

Pasamos dentro, pero no cierro la puerta.

Cruzo los brazos debajo del pecho.

—¿Y bien?

Markus alarga la mano.

— Dijiste que no tenías intención de regresar a tu antigua vida y ya lo he entendido. — Saca algo del bolsillo y me lo muestra en la

mano —. Te ofrezco una vida diferente.

En la palma, brillante como mil soles, hay una gragea amarilla y reluciente en la que la mano experta de un artista parece haber dibujado espirales naranjas.

—¿Qué es eso? — pregunto.

— Es una de las grageas más codiciadas del mercado. Valiosísima y muy poderosa. Concede rapidez, fuerza, agudeza mental y agilidad. Cuatro grageas en una. Cualquier mataquimeras agradecería tener una de estas en sus misiones.

— No lo entiendo — murmuro, cada vez más y más desconcertada.

Markus me pone la gragea en la mano, pero solo para buscar luego en el interior de su chaqueta y tenderme algo más: un pergamino.

Lo miro, esperando que se explique, pero, como estoy demasiado impaciente, acabo leyendo con rapidez. La corona y las ramitas de romero impresas en dorado me dan una pista antes de que acabe de leer.

—¿Una invitación al gremio Rosmarina? ¿A mi nombre?

Markus mira a otro lado antes de hablar. Debe de estar muy nervioso, porque nunca le he visto rehuir así una mirada.

— Si quieres arriesgar tu vida matando quimeras, adelante. Me he dado cuenta de que no puedo frenarte. Nunca pude disuadir a tu madre de que hiciera aquellas cosas que yo sabía que eran absurdas o peligrosas, y es evidente que tú te pareces a ella... — Carraspea y, cuando vuelve a hablar, recupera el tono de voz, que había ido bajando cada vez más —. Conviértete en una mataquimeras, pero hazlo en un gremio digno. Si no quieres que sea el Rosmarina, el Liatris y el Aster también te aceptarán, pero personalmente me decanto por el primero. He hecho un estudio completo de los gremios de Dalia y todos mis expertos aseguran que es el mejor.

— Sí que lo es — le doy la razón —. Pero yo ya tengo un gremio.

Markus arruga la expresión y echa un vistazo a su alrededor: las camas mal hechas, el marco destartalado de la ventana, la pintura descolorida... Sobre la mesita de noche, el abanico destrozado que Kian recogió después de que derrotáramos juntos a la quimera chacal.

— Ya... El Lilium fue el único que no cedió ante mis amenazas. Les reconozco el valor, pero hay que admitir que no tienen demasiado que perder.

Esta vez soy yo la que arruga el ceño.

— Deja el Lilium, métete en un buen programa de entrenamiento en el Rosmarina y regresa a casa — me dice.

Su tono sigue siendo autoritario, pero esta vez no suena como una orden y lo que dice, lo que propone...

¿Markus está aceptando que me convierta en una mataquimeras? ¿De verdad va a dejarme hacer uso de mi don?

— Tengo que pensarlo — respondo, cuando me doy cuenta de que está esperando una respuesta.

— No lo pienses demasiado. No es una decisión difícil, jovencita — replica y me da la espalda sin esperar más respuesta por mi parte.

Oigo una maldición y un murmullo indignado justo un instante después de que Markus salga. Me levanto para correr a la puerta y en el pasillo me encuentro a Kian intentando escabullirse.

—¿Estabas escuchando a hurtadillas?

— Bueno, «a hurtadillas» es una expresión un poco fuerte, ¿no te parece? — Se frota la nuca —. ¿Qué quiere decir de todas formas «hurtadillas»? Se usa «illa» cuando quieres que algo parezca más pequeño, ¿no?: chiquilla, albondiguilla, zapatilla... Pero ¿qué es siquiera una «hurtada»? ¿O es que el de «hurtadillas» es un «illa» más parecido al de «barbilla»? ¡Espera! No me digas que «barba» y

«barbilla»...

—¡Kian!

— Sí, estaba escuchando a hurtadillas. — Suelta un pesado suspiro y me dedica una sonrisa de disculpa antes de pasar dentro de mi cuarto sin pedirme permiso —. Lo siento. He venido pensando que podrías necesitar ayuda, pero entonces le he escuchado decir todas esas tonterías de que dejaras el Lilium y me he quedado. Perdona.

— Da igual.

Me dejo caer de nuevo en el borde de mi cama y miro la gragea que me ha dado Markus.

—¡Cómo mola! — Me la quita de los dedos antes de que pueda evitarlo y la levanta para verla bien —. Seguro que vale por lo menos dos mil bocadragones. ¡No! ¡Tiene que valer más! ¡Tal vez tres mil! Es una pasada. Yo la usaría antes de que se entere de que no piensas volver. — Se echa a reír —. Me gustaría ver la cara que se le queda.

Busco algo que decir, pero Kian se da cuenta antes de que yo lo encuentre.

— Porque no vas a volver, ¿verdad?

Levanto los ojos hacia él.

— Markus es la única familia que me queda.

Abre mucho la boca y la vuelve a cerrar.

— Hace solo unos días estabas indignadísima porque no te entendía.

— Y hace solo unos días tú me dijiste que le diera una oportunidad.

Kian se tensa como si lo hubiera abofeteado.

—¡Para hacerle entender que necesitas ser una mataquimeras, no para que intente comprar tu lealtad!

— Lo que estás insinuando está muy mal, Kian — contesto,

levantando más el tono de voz.

— Ah, ¿sí? ¿Y no está muy mal querer abandonarnos cuando te consigue una plaza en el lujosísimo Rosmarina y te compra una lujosísima gragea?

—¡En primer lugar, fui yo quien consiguió esa plaza!

— Sí, y luego Markus chantajeó a todos los gremios para que ninguno te acogiera. ¡Solo el Lilium te abrió sus puertas! ¡Y ahora quieres traicionarnos!

—¡Yo no quiero traicionaros!

—¡Entonces sal ahí ahora mismo y dile a Markus que no tienes nada que pensar, que no tienes intención alguna de volver con él a casa!

Me pongo de pie prácticamente de un salto.

—¡No me digas lo que tengo que hacer!

—¡No me digas que no eres una traidora!

Ahogo una exclamación, sin creerme lo que ha dicho.

—¡Fuera!

—¡Ya me marcho yo!

Kian está a punto de tropezarse con Destructor, que se había acercado mientras hablábamos. La quimera salta a un lado y lo observa con el pelaje erizado.

Tomo la almohada y grito en ella, pero eso no es suficiente para ahogar la rabia y acabo arrojándola con todas mis fuerzas contra la pared.

Destructor salta a un lado y un par de plumas vuelan por los aires.

— Será cabezota... — mascullo.

Ni siquiera se ha parado a escucharme.



18

Kian

He evitado a Annie todos estos días. Ella también debe de estar enfadada porque no ha hecho ningún esfuerzo por encontrarme, aunque no sé por qué debería estar ella enfadada.

Violett ha estado merodeando por aquí y yo he tenido que aguantar a Diara preguntándose constantemente por qué tanta insistencia con el Lilium, por qué tanto interés. Y todas y cada una de las veces se ha dejado provocar y ha acabado entrenando con ella.

También hoy ha estado por aquí. Iba a practicar puntería con ella y Diara, pero Annie estaba ya abajo cuando he llegado y he preferido no aparecer por ahí.

Tengo bastante éxito pasando desapercibido hasta que Diara me encuentra por los pasillos.

—¡Kian! ¿Dónde te has metido? Vamos, pasa —dice, señalando la puerta de uno de los salones —. Vamos a jugar a las grageas de la fortuna.

Echo un vistazo al interior. No la veo desde aquí, pero seguro que Annie está ahí dentro.

—Mmm... No, gracias. Esta vez paso.

—¡Vamos! ¡No seas plasta!

Diara me agarra del brazo y tira de mí. Me empuja hasta el círculo que han formado en el suelo: Violett, Tasso, Ginny, Bruno... y Annie.

—Siéntate aquí, Kian —me dice Ginny con una sonrisa amable.

Cuando me voy a sentar, noto un nuevo tirón. Es Diara, que se asegura de que me siente al lado de Violett para evitar tener que hacerlo ella.

La conozco tan bien...

Ginny hace un mohín, pero mi amiga ni siquiera se da cuenta.

—¡Venga, venga! —apremia Tasso y estira sus largas piernas para dar un par de pataditas en el suelo.

Diara toma una gragea de un cuenco y acto seguido se lo pasa a Ginny, a su derecha, para que haga lo mismo. Cuando al final todos tenemos una gragea en la mano, Ginny dice:

—Esto parece un poco... peligroso.

— Pues no te la tomes. Alguien jugará dos veces — responde Diara, sin pensarlo siquiera —. ¿Annie?

Annie ha tomado su gragea: una bola más pequeña de lo común, completamente amarilla, sin vetas ni marcas.

—¿De dónde ha salido esta gragea? —pregunta.

— Del mercado, claro — responde Diara —. Es de clase E, no quería gastar ninguna mejor y yo no voy matando bichillos por ahí.

Annie tuerce un poco la expresión.

—¿Qué bichillos?

Diara pone los ojos en blanco.

—Demasiadas preguntas... ¡Empiezo yo! —declara.

Se traga su gragea sin masticar apenas. Cuando todos la están mirando, pendientes de la reacción que eso provocará en su cuerpo, yo aprovecho para mirar a Annie.

Lleva el pelo suelto un poco húmedo en las puntas y me pregunto si habrá salido a la calle. La túnica que lleva hoy también es azul, de un azul limpio y puro que contrasta con el tono oscuro de sus ojos, tan grandes, tan bonitos y curiosamente tan luminosos.

Aparto la mirada antes de que me pille, pero nadie me presta atención porque Diara se ha puesto de pie para intentar adivinar su poder. Ha empezado a saltar y Tasso la aplaude y la vitorea, animándonos a los demás a hacer lo mismo.

—Yo creo que podría ser eso. ¡Sí! ¡Sigue así!

Diara se pica. Toma el cuenco vacío y se lo lanza.

—Anda, pues tampoco es la puntería.

Violett se muere de la risa, pero Diara no se da por vencida. Intenta correr. Lo hace rápido, quizá un poco por encima de la media, pero no parece algo sobrenatural. Tasso casi se atraganta cuando intenta subirse por la pared.

Violett se pone de pie, camina hasta ella y la agarra de las manos cuando Diara está a punto de intentar alguna otra locura.

—Tienes que sentirlo.

Diara se revuelve y se libera.

— Será alguna gragea que te hace capaz de multiplicar cualquier cosa o que te da el poder de encontrar sinónimos al instante. Oh... ¡A ver! Sinónimos de «canela»... Sinónimos de «canela»...

Violett le agarra de nuevo las manos y las gira con las palmas hacia arriba.

— Concéntrate — le ordena con voz suave —. Puedes adivinar cualquier cosa.

—No. Eso no es...

— Sí, es posible. Vamos. Cierra los ojos. Siente el flujo de energía. Debería nacer en tu estómago, aunque algunos lo sienten en el corazón y otros en la cabeza... Búscalo, busca un pulso constante,

que late por encima de la energía de tu cuerpo.

Espera a que Diara cierre los ojos. Cuando Tasso abre la boca, Bruno, que está completamente atento, lo manda callar.

— Cuando encuentres esa energía, siéntela. Síguela hasta donde te lleve: tal vez a los pulmones, a lo mejor a los dedos de las manos... Quizá te lleve a los pies... Nota la magia y ella te dirá por dónde quiere salir.

Se queda en silencio durante unos instantes que se hacen eternos. Nadie se atreve a decir nada hasta que Violett vuelve a decirle que debe notar la magia. Solo da instrucciones breves, recordatorios de que no pierda la concentración, y lo hace con voz suave y calmada..., hasta que Diara abre los ojos.

Se suelta de las manos de Violett y esta vez ella se lo permite.

Se gira hacia nosotros, pero no se queda en el círculo. Camina hasta la esquina de la sala, toma un espejo cubierto con una sábana y lo arrastra hasta que está lo suficientemente cerca.

—¿Qué haces? — pregunta Tasso.

Diara no contesta, se limita a tirar de la tela, ponerse delante del espejo y... su reflejo se mueve. Sería perfectamente normal si ella se hubiera movido también, pero no ha sido así. Todos gritamos. Ginny se pone en pie, espantada.

— Qué narices... — se me escapa.

Entonces la imagen del espejo nos muestra a una Diara que se pone de espaldas, levanta las manos y aplaude. Un instante después, la propia Diara, la Diara de verdad, la imita.

—¿Un espejo invertido? — pregunta Bruno, y se frota la sien.

La Diara del reflejo sacude la cabeza. Luego lo hace la otra.

Han pasado exactamente tres segundos.

El reflejo habla.

Después habla Diara.

—Creo que mi reflejo predice mi futuro cercano.

La imagen del espejo se gira hacia Ginny, que sigue de pie tiesa como una tabla, y alza la mano en su dirección.

—Esto da muy mal rollo... Me voy ahora mismo —declara.

Ginny arroja al suelo la cápsula que Diara le había dado y, entonces, la Diara real la despide con la mano cuando se marcha, como había hecho el reflejo.

—Oh... —murmura Bruno, impresionado.

Tasso irrumpe en aplausos. También yo lo hago. Annie se echa a reír y Violett se sienta para disfrutar del espectáculo, que alargamos todo lo posible, hasta que el reflejo de Diara vuelve a la normalidad.

—Yo quiero que me enseñes a hacer eso —le digo a Violett.

—¡Y yo! —exclama Tasso.

Pero al parecer no todos tenemos el talento natural que Diara demuestra para..., bueno, para todo.

A Bruno le cuesta más descubrir la magia que le proporciona su gragea, pero al final se da cuenta de que puede mover objetos pequeños sin tocarlos..., aunque solo en un ángulo de diez grados. Tasso descubre enseguida, porque no se calla ni debajo del agua, que puede hacer eco cada vez que habla.

Annie se niega a jugar. Dice que no se encuentra bien y que teme que la gragea le revuelva el estómago.

Yo sé que no es verdad; pero no digo nada.

Cuando llega el turno de Violett, empieza a cantar enseguida en otro idioma, uno que nadie es capaz de reconocer.

Al llegar mi turno, procuro imitar a Diara. Cierro los ojos, busco ese pulso de energía que yo siento en el pecho, o eso creo, y nada. No ocurre absolutamente nada.

—Esto es absurdo —digo, frustrado—. Es imposible.

—Para mí no lo ha sido.

— Para ti nada es imposible — replico —. Eres buena en todo.

Diara arquea las cejas.

— Vaya. — Se aparta la melenita con la mano, en un gesto de lo más chulesco —. Ya lo sabía, pero tú nunca me lo habías dicho.

— Porque ya estás bastante subidita...

—¡Eh! — protesta.

Violett se lleva la mano a la boca para ocultar una risa y por alguna razón Diara se sonroja.

— Y últimamente también estás de lo más rara. Sobre todo cuando está Violett delante.

Las dos dejan de sonreír de golpe. Diara se cabrea. Ya te digo que sí. Abre la boca para replicar algo y no llega a hacerlo porque empieza a ponerse roja como un tomate. Violett, en cambio, se pone rígida, pero carraspea y no deja de mirarme.

—¿Te da rabia no ser tan bueno como Diara? — pregunta entonces.

Frunzo el ceño.

— Claro que me da rabia. — Me sonrojo en cuanto lo digo, pero ya no hay marcha atrás —. Es un poco frustrante intentar igualarla y no estar nunca a su altura..., pero también estoy orgulloso de pertenecer al mismo gremio que ella.

Miro fugazmente a Diara, que ahora parece sonrojada por un motivo diferente, y después aparto la mirada.

Pero ¿qué me pasa?

—¿Qué es lo más vergonzoso que hayas hecho nunca?

— Pero ¿qué clase de pregunta es esa así de pronto? — inquiero —. Creo que fue la vez que una quimera me robó la ropa mientras me bañaba en el río y tuve que volver al gremio desnudo.

Tasso se parte de risa.

— Pero ¿qué estoy diciendo? — Me llevo la mano a la boca.

— Creo que la verdad — responde Violett, y se inclina hacia delante, de lo más interesada —. Dinos qué te da miedo.

— Me da pavor la oscuridad.

Bruno se echa a reír.

—¡Eh! ¡A mucha gente le da miedo la oscuridad!

— Sí, a mucha gente de cinco años — replica Diara, y ella también se inclina hacia delante —. Bueno, ya que has dicho lo que piensas de mí, ¿qué es lo primero que piensas cuando Annie te viene a la cabeza?

— Que es la chica más guapa y más valiente que conozco.

Se hace el silencio.

El corazón se me para. ¡¿Pero cómo se me ocurre?!

No me atrevo a mirarla. Solo veo las cejas arqueadas de Diara, la expresión divertida de Violett..., y me pongo en pie.

Seré tonto...

— Me largo de aquí. Esto es una tontería.

—¡Kian, espera! — grita Diara, pero yo no me paro.

¡No me lo puedo creer! Tendría que haberme marchado en cuanto Violett se ha dado cuenta de lo que hacía mi gragea. Bajo las escaleras a toda prisa, dispuesto a encerrarme en mi cuarto hasta que se me pase el efecto (o tal vez para quedarme allí para siempre), cuando, de pronto, oigo unas voces y me detengo. Provienen de abajo, del vestíbulo. Me acerco movido por un mal presentimiento y cuando estoy ya a medio camino me cruzo a Argus, que atraviesa el pasillo a grandes zancadas.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

— Busco al maestro — responde sin aliento —. Son Dante y Casandra.

No me quedo a hacer más preguntas. Él tampoco parece tener tiempo de dar explicaciones. Voy hasta las escaleras y las bajo de

dos en dos hasta que llego al vestíbulo y un tumulto de gente alrededor de una de las mesas me dice que estoy en el sitio correcto.

Aunque soy alto, hay tantas personas que no logro ver más allá. Me abro paso hasta que el corro se dispersa y veo a Casandra de pie frente a una mesa. Se rodea los hombros con los brazos, como si estuviera helada, aunque aquí dentro la lumbre nos mantiene calientes. Tiene la expresión desencajada y apenas parece capaz de hablar cuando abre la boca y le dice a Brita:

— Esperé hasta que estuvo estable y luego pagué al conductor de un carruaje para que nos trajera directamente al gremio. Ocurrió hace tres días.

Brita está encorvada sobre una mesa y observo con horror que hay un cuerpo tendido sobre ella.

— Hiciste bien, tranquila — le dice con amabilidad, pero, aunque se esfuerza por ocultarlas, en su voz se notan la urgencia y la preocupación.

Quizá sea eso lo que haga que Casandra se encoja un poco más.

Sobre la mesa, completamente inconsciente, está Dante.

Con los ojos cerrados y el rostro demasiado pálido, no parece él. Ni siquiera parece fuerte ahí tumbado, ni alto. Parece pequeño, muy muy pequeño, y débil, y frágil. Tiene el pecho vendado, pero la sangre traspasa las gasas y también la camisa.

— Dante — murmuro.

Casandra ahoga una exclamación, como si la hubiera asustado.

— Kian, no deberías ver esto — murmura con voz temblorosa.

Ella no es capaz de moverse, pero Omari me apoya una mano en el hombro.

— Ven, vámonos. Esperaremos a...

—¡No! — Me suelto y estoy dispuesto a discutir cuando la voz del

maestro se impone sobre las demás.

—¿Qué es todo esto?

—¡Maestro!

Casandra se aparta de Dante solo para correr a abrazar a Mael, que está a punto de tropezar por la fuerza con la que se lanza a sus brazos. La chica lo rodea y hunde la cabeza pelirroja en su cuello mientras rompe a llorar amargamente. Nadie se atreve a decir nada, pero todos se hacen a un lado para que el maestro pueda ver bien a Dante, inmóvil sobre una mesa.

Su rostro arrugado se crispa con miedo, pero vuelve a adoptar una expresión serena cuando levanta la mano, le tiende el bastón a Argus para que se lo sujete y acaricia la espalda de Casandra.

— Ya está, ya está... ¿Qué ha pasado, querida?

— Una clase A — responde ella, apartándose. Se seca los ojos con el dorso de la manga como si recordara que debe ser fuerte —. No era más complicado que otras veces. En cualquier otra misión, la habríamos derrotado como hacemos siempre, pero...

Echa el rostro hacia atrás y está a punto de echarse a llorar de nuevo cuando Brita, que está auscultando a Dante, levanta un poco las vendas.

— Continúa, Casandra — le pide el maestro con suavidad, apoyando una mano en su hombro.

— Estaba agitada.

—¿Agitada? — pregunta Omari.

Casandra asiente.

— El comportamiento de esa quimera... no era normal. Estaba completamente desquiciada, como si huyera de algo, como si... tuviera miedo.

—¿De qué podría tener miedo una quimera de clase A? — se atreve a preguntar alguien.

Casandra solamente sacude la cabeza.

El maestro mira a Brita.

—¿Está bien?

— Se encuentra estable — responde ella —. Pero habrá que llamar a un médico de verdad.

— Sí, claro...

También el maestro parece conmocionado, casi lento. Se pone a dar órdenes, pide que lleven a Dante a su propio dormitorio y enseguida despeja el vestíbulo, aunque muchos se resisten a marcharse y se quedan merodeando por la zona. Para entonces, mis amigos se han enterado también de lo ocurrido. Violett se ha marchado discretamente, Bruno y Tasso observan desde el final de las escaleras y Diara y Annie se han acercado a Casandra, aunque ninguna de las dos es capaz de decir nada.

— Diara, acompaña a Casandra a mi dormitorio a esperar al médico — dice el maestro —. Kian, Annie y tú, acompañadme.

Todos obedecemos sin hacer preguntas.

El ambiente es pesado cuando pasamos dentro del despacho y el maestro rodea el escritorio para sentarse tras él y ponerse a rebuscar bajo una pila de pergaminos. Encima, tiene un ejemplar del *Mundo Quimérico* abierto por la página en la que han reunido retratos de los mataquimeras que este año representarán a los gremios de Dalia en los Juegos.

Parece que el maestro también los está siguiendo de cerca.

Me doy cuenta de que Annie, a mi lado, me está mirando.

Ya no me apetece estar enfadado. Es como si me hubieran quitado toda la fuerza de golpe. Nunca me había sentido tan cansado.

Creo que ella quiere decir algo porque veo que abre la boca, pero no llega a hacerlo porque en ese momento el maestro encuentra lo

que andaba buscando.

— Ah, ¡aquí está! — Se lo tiende a Annie por encima del escritorio —. Quiero que salgáis a una misión. Sé que con lo que acaba de pasar no tendréis muchas ganas, pero Dante y Casandra han vuelto sin el dinero de la recompensa y ahora más que nunca necesitamos hacer misiones. El resto también irá.

— Claro — murmura Annie —. Saldremos mañana mismo.

— Me temo que no tenemos tanto tiempo, chicos. Tendréis que salir hoy, a menos que haya algún inconveniente. — El maestro apoya su única mano en el escritorio y nos observa detenidamente —. He oído que estáis enfadados. Confío en que no sea más que una riña entre compañeros, pero si eso os va a impedir llevar a cabo la misión de forma segura...

— No. No será un problema — sentencia Annie, y me dedica una larga mirada, una que no admite réplica —. ¿Verdad?

Miro al maestro y asiento.

— Si todos salimos, si todos conseguimos cumplir con las misiones..., ¿estamos a tiempo de reunir el dinero que nos falta? La nuestra será una misión de clase D, ¿verdad?

Ciento ochenta y tres mil bocadragones no se consiguen fácilmente. La recompensa de Dante y Casandra nos habría acercado más a la meta, pero sin una quimera de clase A o B...

El maestro se pone en pie. Los engranajes de su pierna protésica chirrían.

— Vosotros no tenéis que pensar en eso. Vuestro trabajo es cumplir con la misión y regresar.

Sus ojos almendrados se estrechan cuando me mira con gravedad. Intenta que no se le note en la cara, pero soy consciente de su preocupación y de su miedo, y cuando veo al maestro así...

— Sé que la comisión que se lleva el Lilium de una misión de clase

D apenas cubre nuestros gastos — replico con un nudo en el estómago —. Hacerla no ayuda al gremio, solo a nosotros...

— Kian, tú preocúpate de cumplir con tu deber. Yo me preocuparé de cumplir con el mío.

Tiene el único brazo apoyado en la mesa. La capa negra ondea en el hueco que queda bajo el hombro izquierdo.

— Pero Mael...

— Soy tu maestro — replica con una dureza que no está acostumbrado a emplear conmigo —. Soy el maestro del Lilium y te he ordenado que no te metas en los asuntos de la administración y que te encargues de cumplir con tu misión. ¿Podrás hacerlo?

Bajo la mirada.

— Sí.

— Bien. Entonces preparaos y tomad el primer tren — sentencia sin suavizar la voz.

Annie me mira, pero no dice nada.

Los dos empezamos a prepararnos.



19

Annie

He sido la primera en salir. Kian aún debe de estar preparándose.

Esta noche no hay cigarras que canten ni luciérnagas que brillen en medio del camino. La senda que llega a Lilium es oscura y la noche fría.

Oigo un sonido acuoso, un poco ahogado, y, cuando me giro con sobresalto, descubro que Casandra acaba de salir por la puerta. Me pongo de pie para que me vea y no se asuste.

— Hola — le digo, sin saber qué más decir. Casandra camina hasta mí e intenta esbozar una sonrisa. Tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar y los labios hinchados —. ¿Qué tal está?

— Ya ha llegado el médico que ha llamado Mael. Está haciendo todo lo que puede. Yo necesitaba tomar un poco el aire. — Se frota el rostro con la manga y de pronto me mira y sus ojos reparan en lo que llevo en las manos —. ¿Qué tienes ahí?

Doy vueltas entre los dedos a la gragea que Markus me trajo a Lilium.

— Es una gragea — respondo, y enseguida me doy cuenta de que

es una obviedad —. Quiero decir..., es una gragea poderosa. Brita la ha analizado y concede cuatro poderes increíbles: rapidez, fuerza, agudeza mental y agilidad.

Casandra se acerca aún más y me tiende la mano con curiosidad. Yo le dejo la gragea sobre la palma y ella la observa.

— Debe de valer una fortuna.

Sí, sí que vale una fortuna. Kian andaba bastante desencaminado cuando me dijo que podrían darnos tres mil bocadragones por ella.

— Cuesta siete mil bocadragones.

— Vaya. — Casandra me la devuelve —. ¿Cómo es que tienes tú una gragea así? ¿Kian y tú habéis estado haciendo tonterías otra vez?

— No. — Sacudo la cabeza y me guardo la gragea en la túnica —. Ha sido un regalo.

— Uno muy generoso.

— Y me pregunto si necesario.

Se me hace un nudo en la garganta. Tengo miedo de que pregunte, de que no entienda, pero no es el caso.

— Esas habilidades te sacarán de un apuro cuando las necesites.

—¿Para qué? — replico —. ¿Para matar a otra quimera? ¿Y luego usar la gragea que me dé esa quimera para matar a otra?

Casandra se gira del todo hacia mí. Su pelo es oscuro bajo la pobre luz que proyectan las ventanas del gremio. En alguna de esas habitaciones, Dante debe de estar luchando por vivir.

— Lo estás enfocando mal, querida — me dice con suavidad —. Diara contaba las quimeras de clase C que mataba y no las personas que salvaba al hacerlo, y ahora tú estás haciendo algo parecido.

— No lo entiendo.

Casandra esboza una sonrisa un poco triste.

— Mientras uses esa gragea para proteger a los demás, el

sacrificio que se hizo para conseguirla habrá merecido la pena.

Sacrificio.

Nunca había oído hablar a nadie así sobre cazar quimeras.

Parpadeo y no puedo evitarlo. Saco de nuevo la gragea para mirarla.

— No juegues a las grageas de la fortuna — me dice entonces —. No te tomes una luminosa porque te dé pereza levantarte a por una vela. Úsalas para algo importante, como para lo que las están utilizando ahora con Dante, y así no tendrás nada por lo que arrepentirte. Las grageas son un don, igual que lo es la visión. Y es nuestra responsabilidad usar esos regalos para proteger a los demás; hemos de aprovechar la magia que nos dan las grageas para mantener seguro a nuestro pueblo. Todo es lo mismo.

Me quedo mirándola.

— Nunca se me había ocurrido verlo así.

Casandra se ríe, aunque la carcajada suena muy floja.

— A tu edad tampoco a mí. Por eso estoy aquí, para ahorrarte unos cuantos tropiezos.

Me apoya una mano en el hombro y me da un apretón muy suave que termina de desenredar algún nudo dentro de mí.

Me lanzo hacia ella.

Casandra exclama por la sorpresa, pero luego me rodea con sus brazos y me devuelve el gesto.

— Siento mucho que Dante esté así.

— Yo también — reconoce con la voz un poco temblorosa —. Pero va a superarlo.

Asiento.

El abrazo es breve porque Kian aparece con una mochila enseguida y nos mira con mucho interés. Ninguna dice nada. Casandra se limita a desearnos buen viaje y vuelve adentro, con

Dante.

Tomamos un tren nocturno que nos lleva al pie de las montañas rocosas del este e intento dormir, porque el viaje es largo.

En algún momento, Kian debe de haberse despertado y, ahora que me despierto yo, me lo encuentro observándome con intensidad. Tiene su colgante de la media luna, las nubes y las estrellas entre los dedos, y parece muy pensativo, pero no dice nada, vuelve a guardarlo bajo su túnica y aparta los ojos enseguida.

En ese momento, el chico de la prensa pasa ante nosotros pregonando los titulares con voz monocorde:

—¡Conoce a los aspirantes de Dalia para los Juegos Quiméricos! ¡Invertir en grageas: cómo ganar dinero fácil desde tu casa! ¡El fin de una era: testigos aseguran haber visto moverse una montaña! ¿Ha vuelto Galial?

Esta vez, Kian no compra un ejemplar del *Mundo Quimérico* y eso no deja de ser preocupante.

Destructor sale de su bolsa en cuanto el tren se detiene y ponemos un pie fuera de la estación para emprender la marcha hacia la quimera a la que en el informe llaman «araña decapitada».

Kian y yo no hemos hablado durante el viaje, aunque el hecho de que fuera de madrugada tampoco ha ayudado mucho a la comunicación.

Sigo viendo a Dante en esa mesa, a Casandra desconsolada en los brazos del maestro, y un miedo que no tenía antes hecha raíces en mi interior.

Siempre he sabido que enfrentarse a quimeras es peligroso, pero nunca me había preguntado cómo sería temer por la vida de un amigo, de un compañero... Ahora sí me lo pregunto.

—Kian... —lo llamo.

No nieva al pie de las montañas rocosas, pero las cimas, a lo lejos, ocultan nieve entre las nubes.

— Sí, lo sé — responde, y se apresura a sacar el informe —. Quimera de clase D. No ha causado bajas humanas, pero sí se ha comido a varias ovejas. Dicen que...

— No. No me refiero a eso. Yo... — Me callo cuando Kian se detiene para mirarme.

El bosque, que ya está desnudo al ser invierno, parece aún más desolado a medida que avanzamos camino arriba y nos vamos acercando a los picos rocosos en los que creen que vive la quimera.

—¿Qué?

— No quiero que estemos enfadados.

Kian aparta la mirada rápidamente. Se guarda el informe en el bolsillo interior de la túnica que lleva, cruzada en diagonal sobre el pecho y atada con un cinturón del que cuelga su puñal. Es negra, con remates dorados como su pelo. Se ha puesto también la misma hombrera de cuero que llevaba cuando luchamos contra la quimera serpiente. Sobre ella han bordado el emblema del Lilium, con el dragón y los lirios. Y ese conjunto, esos colores..., le sientan bien.

Echa a andar de nuevo mientras se frota la nuca.

— Tampoco yo — responde con sequedad —. Olvidémoslo. Si tienes en cuenta solo la razón, cualquiera elegiría el Rosmarina.

—¡Otra vez! Otra vez con lo mismo. ¡Ni siquiera me has preguntado!

No se detiene, pero Destructor, que saltaba de roca en roca mientras subíamos, sí lo hace, como si entendiera lo que ocurre.

— Tampoco lo has negado — replica, aún dándome la espalda.

— Si fueras menos cabezota y te parases un segundo a...

No llego a terminar.

La araña decapitada aparece ante nosotros en el camino que

bordea la montaña y enseguida entiendo por qué la llaman así. En un primer vistazo, parece una criatura hecha únicamente de patas alargadas y huesudas. Se alza por lo menos dos metros sobre el suelo y sus patas se clavan en la roca como ganchos afilados. Mirándola detenidamente, sin embargo, se aprecia una mandíbula de colmillos poderosos justo donde debería estar el vientre.

—¡Annie! ¡Cuidado! —grita Kian.

Sin saber muy bien qué hacer, me aparto, confiando en Kian y quizá sea eso lo que me salva la vida, porque entonces la quimera flexiona las patas de alambre y salta por encima de la roca, por encima de Kian..., para aterrizar justo donde estaba yo. Si no llego a apartarme, una de esas patas huesudas me habría empalado.

Ruedo por el suelo, me pongo de pie con rapidez y desenfundo mis armas justo a tiempo de hacerle frente. La araña levanta sus patas de tal forma que me resulta muy difícil adivinar por dónde va a atacarme. Me apunta con dos de ellas y, cuando las hace descender sobre mi cabeza, levanto las espadas cortas para protegerme. Las patas chocan contra el acero, pero este no las corta... Esa piel peluda es increíblemente fuerte.

La criatura vuelve a prepararse para atacar, pero esta vez no llega a hacerlo porque una flecha cruza el aire desde donde se encuentra Kian, que, en lugar de acercarse, se ha alejado para tener un ángulo mejor. El proyectil se clava en el nacimiento de una de sus patas. La quimera chilla y puedo ver mejor sus mandíbulas. Así que trazo un plan.

—¡Kian! ¡Hay que dispararle a la boca, a la mandíbula! En el vientre su piel parece más blanda.

La araña intenta atacarme, pero yo me aparto. Salto y giro como aprendí a hacer cuando bailaba. Me muevo rápido y procuro marearla. No dejo que me alcance con sus patas. A pesar de su

tamaño, es torpe, muy torpe, pues tiene los ojos en el mismo lugar que las mandíbulas, donde debería estar el vientre, y no ve más que desde abajo, así que se mueve despacio.

Destructor se da cuenta de lo que pretendo y se mete entre las patas de la criatura para despistarla. La guía, como hago yo, para que se gire por completo y, entonces, cuando ya está de cara a la montaña, me detengo y Destructor hace lo mismo.

La araña se da cuenta, chilla con deleite, creyendo que ya tiene a su presa y en ese instante, sin dudarlo ni un segundo, Kian dispara otra de sus flechas y acierta de lleno, pues la clava en el centro de la zona blanda del cuerpo de la quimera. Eso es suficiente para derribarla. Sus patas huesudas se pliegan, flaquean y la criatura cae al suelo. Entonces yo remato la faena con mis espadas cortas.

Destructor se acerca a husmear, pero se aparta de un salto cuando un vapor verdoso surge de la quimera. Un segundo más tarde, de su presencia solo queda una gragea verde. Me agacho para cogerla y la levanto para que Kian, desde lo alto, la pueda ver.

Un trabajo perfecto y sin usar siquiera una sola gragea.

—¡Bien hecho! —grita desde arriba.

Soy yo quien sube. Tomo una pendiente que me lleva hasta él, porque el trayecto recto es demasiado empinado, y nos reunimos a medio camino, sobre el primer tramo de la montaña rocosa.

Kian está un poco despeinado, pero la mirada le brilla. Desde cerca, se ven bien esas trazas verdes de sus ojos castaños, muy cálidos, que quedan un poco tapados por un mechón de pelo rebelde. Alzo la mano sin pensarlo mucho y se lo aparto. Kian reacciona como si se hubiera asustado. Primero se tensa, abre mucho los ojos y se queda quieto, y yo tengo que apartar enseguida la mano.

— Perdón — murmuro, porque él sigue pasmado, casi como si no

respirara.

Estoy pensando una excusa que darle cuando, de pronto, los ojos de Kian vuelan de los míos a algún lugar tras mi espalda.

Todo ocurre demasiado deprisa.

Me agarra por los hombros y me tira al suelo.

Ambos rodamos pendiente abajo, arrastrando tierra y piedras a nuestro paso.

La caída es dura, pero algo impide que me golpee en el suelo con la cabeza. Siento una presión suave en la nuca y me doy cuenta de que son los dedos de Kian enredados en mi pelo.

—¿Estás bien? — pregunta.

No hay tiempo para responder porque oigo un rugido atronador, seguido de un gran estruendo. Miro a nuestro lado y justo a un palmo de nosotros veo una pata enorme.

Una criatura ha saltado para cerrarnos el paso.

Alzo la cabeza, conmocionada.

Se trata de una quimera mucho más grande que la araña: tres colas acabadas en púas, garras poderosas y pelaje negro y greñudo en casi todo su cuerpo, aunque tiene escamas en un hocico alargado. Sus ojos son felinos y entre ellos, justo en el centro, una especie de rubí destella con cada reflejo del sol.

Sus ojos son del mismo color sanguinolento.

Es enorme y nos mira apenas a un metro, encorvada sobre sus cuatro patas.

Gruñe y esa es la señal para ponernos de pie.

— Corre — me dice Kian, antes de levantarse, tenderme la mano y empujarme para que me aleje.

La bestia sacude las colas como un látigo tras nosotros. La roca estalla, saltan piedras que están a punto de caernos encima y el miedo me permite un segundo de lucidez para girarme hacia

Destructor y gritar:

—¡Ahora te tienes que esconder! — Me mira como si hiciera un mohín, pero creo que entiende la urgencia en mi voz —. ¡Obedece!

Destructor salta de roca en roca hacia arriba. La bestia bloquea la bajada más sencilla, así que nosotros también tendremos que subir.

Echamos a correr y la quimera nos sigue sin que ello le suponga ningún esfuerzo. Es tan grande que le basta simplemente con caminar. Se limita a avanzar a un paso tranquilo mientras ruge, agita sus colas y las estrella contra la pared de piedra, obligándonos a agacharnos y a detenernos para esquivar las rocas que saltan con cada latigazo.

Kian me da la mano cuando agiliza el paso y acorta camino subiendo por entre las rocas. Soy demasiado bajita y mis piernas demasiado cortas para pasar por ahí sin ayuda, pero él tira con fuerza de mí y juntos conseguimos ascender. Durante unos segundos en los que la bestia decide seguir el camino más largo tenemos un respiro.

—¡Kian!, ¡¿qué has hecho?!

—¡No he sido yo! — replica —. ¡Esta vez no he hecho nada! ¡Te lo juro!

Sin dejar de correr, saca el informe y está a punto de tropezar cuando intenta leer. Me lo tiende y la mirada que me dedica... No. Él no ha podido ser. Ya aprendió la lección cuando mintió con la quimera de clase C. Arrojo el pergamino al suelo, sin dejar de correr.

—¡Te creo! ¡Pero esa cosa de ahí no es de clase D. — Se me hace un nudo en la garganta —. Ni siquiera creo que sea de clase C.

— Necesitamos un plan. Lo necesitamos ya, porque no podemos seguir subiendo eternamente.

Kian vuelve a tomar otro atajo mientras seguimos ascendiendo. Me raspo los dedos en las rocas al impulsarme, pero ni siquiera

tengo tiempo para preocuparme por eso. Todavía estoy intentando ponerme de pie cuando, de pronto, sentimos un temblor.

Horrorizados, los dos comprobamos cómo de rápida es la bestia cuando echa a correr.

Oh, no...

El suelo vibra bajo su poderosa pisada cuando toma carrerilla, se aproxima a la roca y... de un solo salto se planta delante de nosotros y nos cierra el paso de nuevo.

— No podemos huir — digo —. No va a dejarnos escapar.

— Hay que matarla — responde Kian con la respiración entrecortada.

Los ojos rojos de la criatura nos observan con gusto, como si estuviera deleitándose con el manjar que está a punto de devorar.

—¡¿Cómo?! Ni siquiera Dante y Casandra son capaces de enfrentarse a quimeras de clase superior y salir ilesos.

—¡Pero hay que hacer algo!

Tiene razón. La tiene, pero ¿qué podríamos hacer nosotros si los mejores mataquimeras del gremio a veces no son capaces de acabar con una criatura como esta?

La imagen de Dante malherido vuelve a mi mente y, aunque siento una punzada de miedo, eso no me paraliza.

—¡Prepara tu arco! — le grito a Kian.

No necesita preguntar. No duda. Confía en mí, igual que yo he confiado antes en él. Así que me trago el temor, desenfundo mis espadas cortas y las blando mientras corro de frente hacia la quimera.

La quimera se sorprende. Veo un destello de curiosidad en esos ojos del color de la sangre, pero luego baja la cabeza y entreabre el hocico, del que sobresalen decenas de dientes afilados. Gruñe como una advertencia, pero no me detengo.

Grito, grito para librarme del miedo. La bestia alza la cabeza y ruge, lista para devorarme de un solo bocado, pero yo finto en el último momento: una voltereta perfecta que me deja junto a una de sus patas. Me deslizo por el suelo, me cuelo por detrás y cruzo las espadas en forma de aspa para cortarle una pata.

El pelo largo y greñudo cae, pero ni siquiera sé si he sido capaz de hacerle daño de verdad. La criatura apenas gruñe. Entonces una de las flechas de Kian cruza el aire en dirección a su frente, donde se queda clavada, pero veo horrorizada que solo la puntita se ha hundido cerca del rubí que hay en ella. La bestia agita la cabeza, el proyectil cae y entonces sé que estamos perdidos.

Intento reunirme con Kian, pero la bestia se alza sobre sus patas traseras y se arroja sobre mí para destrozarme con sus garras.

—¡Annie! — grita Kian, que ya está encajando otra flecha en el arco.

Esquivo la arremetida y me escabullo en dirección contraria a mi compañero. Tal vez, si le doy más tiempo para disparar... Corro con desesperación, pero una de sus colas me alcanza y un dolor eléctrico me abrasa la pierna por detrás. Tropiezo y aunque caigo de bruces al suelo me recompongo rápido. Me arrastro sobre el terreno pedregoso para recuperar mis armas y entonces me giro dispuesta a encararme a la bestia.

No llego a hacerlo porque en ese momento una flecha impacta en su lomo.

—¡Huye! —grita Kian desde lejos.

El dolor hace que me cueste mucho moverme y no creo que sea capaz de seguir subiendo por la roca, así que corro como puedo sin saber hacia dónde, consciente de que la criatura podría alcanzarme con solo una zancada.

Oigo un aullido y empieza a moverse cuando se da cuenta de que

su presa huye. El corazón se me acelera, veo un hueco entre dos rocas, apenas una grieta por la que alguien un poco más grande no cabría, y no me lo pienso. Salto dentro, me aprieto contra las paredes y siento la presión en las costillas, en el pecho...

Oh, por los dioses... Si la criatura no me devora, moriré asfixiada aquí dentro.

La bestia me ve, se agacha y me mira de forma directa con un ojo absolutamente aterrador. Estamos a solo medio metro de distancia. Apenas puedo respirar.

La quimera parece meditarlo, entreabre las fauces y, con un gruñido bajo, introduce una de sus garras por la abertura y...

Grito.

Un dolor abrasador me atraviesa cuando me alcanza el hombro con ella, rasgando la tela de mi túnica, que queda hecha jirones, y clavándome las uñas en la carne.

Otra flecha vuela, y otra, y otra... Lo sé por el sonido, por los gritos de Kian, que intenta distraer a la bestia.

No tengo tiempo.

Ninguno de los dos lo tiene.

Kian es un arquero excelente. Con cualquier otra quimera lo habríamos logrado, pero esta es de clase superior... y, a pesar de nuestra fuerza y nuestras habilidades, no podemos hacerle frente.

La criatura se vuelve un segundo, solo uno, y yo sé ver una oportunidad.

Ignoro el miedo y el dolor que sube en oleadas desde mi pierna, y ahora también desde mi brazo herido. Creo que esa herida es peor, y también creo que está sangrando mucho. Pero no le hago caso. Me abro paso entre la roca, me pego cuanto puedo a las paredes y avanzo hacia el interior de la gruta, porque ahí delante hay un saliente al que me puedo agarrar. Inspiro con fuerza, me agarro a él

y me impulso hacia arriba, hacia un hueco por el que salir.

Cuando por fin lo consigo me arrastro por el suelo y miro abajo, donde la quimera sigue hurgando con sus garras en el agujero que acabo de dejar atrás.

Sus zarpas me habrían alcanzado y después la roca me habría sepultado.

Si no hacemos algo rápido, los dos acabaremos así.

«Vamos, Annie, piensa, piensa...».

Entonces caigo en la cuenta de algo. Hundo la mano en mi bolsa de cuero y saco la gragea que me dio Markus.

Rapidez, fuerza, agudeza mental, agilidad.

Es ahora o nunca.

Me la meto en la boca y apenas mastico antes de tragármela. Sabe a mermelada caliente, pero también al viento de una tormenta, a sal y a un abrazo en la oscuridad... Lo siento todo de golpe y, a pesar de las heridas, soy capaz de echar a correr. Corro tan rápido que creo que podría dejar a ese bicho atrás.

Me doy cuenta de que la bestia deja de buscarme. Furiosa, ahora se ha girado hacia Kian, que no ha parado de dispararle flechas. Baja el morro, planta las patas en el suelo y agita sus tres colas como látigos mientras lo mira y calcula lo fácil que le va a resultar matarlo.

Yo no me detengo.

Apoyo un pie en una roca junto a la pared y, gracias a la fuerza que me da la gragea, apenas necesito impulsarme para trepar. Ya arriba, cojo una piedra, me preparo y la arrojo con toda la potencia que soy capaz.

—¡Eh, bicharraco! —grito—. ¡Estoy aquí arriba!

La imponente quimera, que ya ha olido mi sangre, levanta los ojos felinos, aúlla de puro gusto y echa a correr enloquecida.

—¡Annie, no! ¡Huye! —grita Kian.

Pero no le hago caso.

La rapidez hace que pueda esquivar a la criatura cuando me alcanza. La agilidad me permite saltar en el aire y usar la pared rocosa para agarrarme. La fuerza hace que sea capaz de darle una patada en el hocico. Pero es la agudeza mental lo que me ha hecho entender, desde el primer momento en que la gragea ha hecho efecto, que no podríamos derrotar a la bestia, ni siquiera con la gragea más poderosa de todas. Y ahora sé lo que debo hacer si quiero que al menos uno de los dos se salve.

Sigo saltando en el aire, haciendo fintas, molestándola y entreteniéndola, y mientras tanto busco de nuevo en la bolsa de grageas y extraigo una.

Es verde y azulada, y tiene patrones irregulares y retorcidos.

Pienso que es bonito acabar cerrando el círculo con esta gragea que conseguí cuando luché por primera vez junto a Kian: la gragea de la quimera chacal..., esa que me hará venenosa. La criatura morirá cuando me muerda.

—¡Annie! ¡Espera! —grita Kian, que está trepando por la roca con desesperación, pero la bestia está tan concentrada en mí que no le presta atención.

Aterrizo en el suelo tras un tirabuzón perfecto, extraigo una espada y, esta vez, sí que rasgo su piel. La quimera alza una pata y está a punto de alcanzarme.

Tengo que darme prisa.

—¡No lo hagas! — grita Kian mientras encaja otra flecha en el arco —. ¡Otra gragea te matará!

—¡Lo sé! —respondo, y me la meto en la boca —. ¡Pero te salvará a ti!

Ni siquiera Diara tolera dos grageas y me saca tres años de edad y

bastantes más de experiencia, pero yo no quiero sobrevivir. Solo quiero el efecto que le dará esta gragea a mi cuerpo.

Echo a correr de nuevo para llevar a la quimera lejos de Kian, que se empeña en seguir avanzando, y, cuando siento una punzada en el pecho, algo intenso y extraño, sé que es el momento. Me detengo al borde del camino, a unos centímetros de una caída vertical; se acabó el huir.

La bestia corre desquiciada hacia mí y se detiene en seco cuando me ve parar.

Clava las garras en el suelo y arrastra piedras y guijarros por la fuerza de la carrera. Se agacha para saltar sobre mí y, entonces, yo me preparo para dejar que me devore y se envenene.



20

Kian

Lo veo como si alguien hubiera hecho girar el mundo al revés: despacio, demasiado despacio y, sin embargo, no consigo impedirlo.

La criatura flexiona las rodillas, baja el hocico y salta hacia Annie.

—¡Annie, apártate! —le grito, pero ella no se mueve.

No se mueve.

Las manos me tiemblan con la flecha que tengo entre ellas. La coloco con torpeza y disparo.

Cruza el aire y se clava en el cuello de la bestia, que ruge y detiene la carrera. Durante un instante creo que lo he conseguido, pero, entonces, se gira con violencia y atrapa el brazo de Annie entre sus mandíbulas.

El sonido que sigue es espantoso.

Nunca había oído nada así. Nunca un sonido me había dado tantísimo miedo.

Annie grita de forma desgarradora. Se deja la garganta y los pulmones.

Se acabó.

Dejo el arco a mi espalda, me olvido de las flechas y desenvaino

un puñal mientras echo a correr hacia ellas.

Annie aún tiene las espadas cortas en sus manos. Por el brazo atrapado entre las fauces de la quimera resbala sangre que mancha la hoja. Ella no la suelta..., pero no puede usarla. La otra sí. Su otra mano está libre y, en cuanto se da cuenta, se sacude de encima el miedo, alza el brazo ileso y le clava el puñal en el ojo.

La quimera chilla. Es un aullido estridente, agudo y ensordecedor que hace que me lleve las manos a los oídos. De la pared rocosa se desprenden algunas piedras y el suelo tiembla. Pero, a pesar de todo, la enorme bestia no suelta a Annie enseguida. Cierra más sus mandíbulas y aprieta con tanta saña que hace que ella vuelva a gemir, pero no afloja el agarre de su espada. Entonces la criatura sacude a Annie y la lanza hacia atrás. Yo aprovecho la distracción para correr los últimos metros hasta la bestia y arrojarme sobre ella con el puñal por delante.

La piel es dura, pero puedo clavar el acero en ella mientras el animal sigue revolviéndose, furioso y lleno de ira. Tengo que apartarme para evitar que me golpee y, al hacerlo, tengo un vistazo a su rostro y comprendo qué gragea se ha tragado Annie.

Su espada corta sigue clavada en el ojo de la bestia y de él mana una sangre tan roja como el rubí de su frente, pero eso no es lo más terrible. A su alrededor se han formado venas oscuras que también rodean su ojo sano y se extienden por todo su hocico. Por sus dientes, la sangre de Annie se entremezcla con una sustancia negra que burbujea en sus encías.

Está envenenado... porque Annie se ha tomado la gragea de la quimera chacal.

¡Annie! Oh, no...

La busco, presa del pánico, pero no la veo detrás de la bestia, que sigue rabiosa. Oigo un ruido, el sonido de las piedras resbalando y

veo unos dedos... y una mano que se agarra del borde del precipicio.

No.

No. No. No...

Me dispongo a correr hacia ella, pero entonces la quimera repara en mí y, un poco tambaleante, se interpone en mi camino sin dejar de gruñir.

Envenenada o no, si me atrapa con esas fauces, me matará de un mordisco. Agarro con fuerza mi puñal y, entre sus patas, puedo ver a Annie sosteniéndose con una única mano, al borde del abismo.

Estoy a punto de hacer una locura cuando un rugido distinto, más suave y un poco más agudo, me detiene.

Me giro hacia mi izquierda y descubro a Destructor, que ha desobedecido la orden de su dueña y ha bajado a plantarle cara a la quimera de clase superior.

—¡Destructor, no! —le digo cuando se acerca aún más a la bestia.

En su forma de quimera apenas es un gatito y su imagen frente a la criatura de más de dos metros es... Bueno, no pinta bien.

—¡Apártate! —le digo, pero Destructor me ignora.

Gruñe como no lo he oído hacer nunca. Su pelaje, o lo que sería su pelaje en ese manto de luz de estrellas, se eriza. Flexiona las patas delanteras y agita su larga cola mientras enseña los colmillos a la enorme quimera.

— Oh, no, Destructor... — se me escapa, y me preparo para ver cómo la bestia lo destroza, cómo alza una pata y lo atraviesa con sus garras o cómo le da un mordisco y lo atrapa entre sus fauces, pero no ocurre nada de eso.

La bestia le responde con otro gruñido, pero da un paso atrás y luego otro, y, cuando sus patas traseras se encuentran con el borde del precipicio, decide rodear a Destructor, rodearme a mí, para...

Me quedo sin respiración.

Para huir. ¡Está huyendo! La bestia se mueve torpemente, tropieza y arrastra las patas sin apartar los ojos sanguinolentos de nosotros antes de echar a correr y alejarse.

En cuanto el camino está despejado, yo no me lo pienso: salgo corriendo hacia el borde del acantilado.

Annie todavía resiste agarrada al saliente. Me agacho a su lado, estiro las manos y...

—¡No! — grita como puede —. ¡Si me tocas, te envenenarás también!

Es verdad. Olvidaba la gragea.

— Pero Annie...

—¡No! — insiste, y aprieta los dientes —. Lo intentaré sola. Tengo fuerza, puedo...

Alza el brazo izquierdo, que tiene tanta sangre que no distingo las marcas de la herida. Intenta cerrar los dedos en torno al borde, pero se resbala y suelta un grito de impotencia.

El corazón se me acelera.

— Espera, espera, puedo... — dice, y trata de impulsarse con un solo brazo. Sus dedos, clavados en la roca, tiemblan. Sus pies se resbalan mientras lo intenta, lo intenta y...

No lo soporto más.

Me tumbo, me asomo por el borde y la agarro de la muñeca.

—¡Kian, no! ¡Suéltame! ¡Te envenenaré! — grita, pero no le hago caso.

La cojo con las dos manos, tiro con fuerza de su brazo y rodeo su cintura cuando llega a mí, abrazándola contra mi cuerpo.

Los dos caemos hacia atrás.

— Annie... — murmuro en su pelo oscuro —. Te has tomado dos grageas. Han sido dos... y sigues en pie.

La abrazo con fuerza, con tanta fuerza como puedo, y mi corazón vuelve a latir cuando ella me rodea también con el brazo ileso. El abrazo dura apenas un segundo, un instante, pero es suficiente para sentir cómo el miedo se disipa, cómo el alivio y la paz y la calma lo inundan todo y... luego...

Noto que se me nublan los ojos.

Aflojo el agarre porque me quedo sin fuerzas y, entonces, me quedo tumbado en el suelo y veo a Annie sobre mí. Los párpados me pesan, pero puedo ver su rostro a la perfección. Tiene un poco de sangre en las mejillas, los ojos azules oscuros y bonitos llenos de preocupación y miedo... Miedo por mí.

Rebusca en su bolsa y me pone una gragea en la boca que me obliga a tragar.

Una gragea de sanación, supongo.

—¿Por qué lo has hecho? — murmura casi sin voz.

—¿Por qué lo has hecho tú? — replico.

Durante unos segundos larguísimos, todo se queda en silencio y yo me pregunto si el veneno me habrá dejado sordo, pero entonces Annie separa los labios y me dice:

— Porque eres mi compañero.

Alarga la mano y yo cierro los ojos anticipando una caricia que no llega porque no quiere volver a tocarme. Deja la mano suspendida a unos centímetros de mi mejilla y yo estoy tan mareado como para desear que me toque igualmente.

Voy a decir algo, algo probablemente absurdo, cuando, de pronto, noto un temblor extraño. Me miro las puntas de los dedos que la han agarrado y veo unas venas oscuras que se extienden desde las yemas.

— El veneno es tan potente que he sentido un temblor.

— No. No ha sido el veneno — replica, mirando arriba.

Un segundo temblor nos sacude y varias rocas caen a nuestro lado.

— Lo siento, Kian, pero tengo que volver a tocarte.

Me obliga a ponerme de pie.

— Pero, Annie, tu hombro...

Ella no hace caso. Me pasa el brazo ileso por la cintura y me ayuda a avanzar mientras yo miro con preocupación la sangre que deja a su paso.

— Tenemos que alejarnos antes de que toda la montaña se nos caiga encima.

Yo soy alto y ella pequeña, pero la gragea que le dio Markus debe de hacerla muy fuerte porque apenas le supone esfuerzo cargar conmigo. Destructor corre a nuestro lado, pendiente de nosotros y deteniéndose cuando no le seguimos el ritmo.

Dejamos atrás el camino de la montaña rocosa, pero no podemos alejarnos mucho porque un segundo temblor, esta vez más intenso y potente, hace que nos detengamos de nuevo.

—¡Destructor, al suelo! — chilla Annie.

Nos tumbamos y nos cubrimos la cabeza, pero hay algo en todo esto que no me gusta, algo extraño que hace que se me acelere el corazón. Miro a Annie, tumbada a mi lado.

—¿Sientes... eso? — pregunto, temiendo que sea por el veneno.

Estoy muy mareado y apenas me mantengo despierto.

— Sí. — Asiente, nerviosa y seria —. Yo también lo noto y no es la primera vez.

—¿Qué quieres decir?

El suelo tiembla bajo nosotros, también la montaña, que parece estar partiéndose por la mitad. Rocas enormes se desprenden desde los picos más altos y ruedan por la pendiente. Una de ellas se estrella contra un árbol cercano y lo hace astillas.

— No podemos quedarnos aquí — murmura y me tiende la mano para ayudarme a ponerme de pie.

No sé si lo resistiré, pero no se lo digo y la sigo.

Corremos bosque adentro. Los árboles no nos protegerán, ya lo hemos visto, pero al menos estaremos más lejos si las piedras siguen cayendo.

Nos detenemos junto a un tronco robusto y ambos nos apoyamos contra él. Annie echa la cabeza atrás y cierra los ojos; también está exhausta. Puede que la primera gragea sea lo único que la mantiene en pie y cuando se le pase el efecto...

— Aquella vez en la primera misión, cuando nos enfrentamos a esa quimera de clase C, pude leer durante unos instantes tu mente. ¿Recuerdas que te lo conté?

Asiento.

— Pues gracias a eso tuve la certeza de que había algo más ahí dentro con nosotros, muy muy cerca. Algo grande y terrible. — Toma aire con fuerza. Nos mira a Destructor y a mí —. Ahora tengo la misma sensación, pero mucho peor.

— Creo que es eso lo que yo siento.

Tiene razón. Lo mismo que me hace ver a las quimeras me hace saber ahora que algo malo va a pasar. Me aparto de la corteza del árbol como puedo, pero las piernas me fallan y Annie tiene que agarrarme para que no me desplome.

Me miro las manos. Las extrañas venas negras se han extendido ahora por los dedos y la palma, y siguen por mis muñecas y por debajo de la túnica.

Debo moverme. Debo conseguirlo porque, de lo contrario, Annie no saldrá de esta.

— Tenemos que irnos. Tenemos que... — No puedo terminar la frase porque un estruendo hace que los dos miremos de nuevo hacia

la montaña rocosa. Ha sido un ruido muy potente, atronador..., como si la propia tierra estuviera rugiendo.

Un segundo después, me doy cuenta de mi error.

Annie da un paso atrás. Se tambalea, como si estuviera a punto de desplomarse.

Yo me dejo caer al suelo de rodillas.

No es la tierra rugiendo. Es otra cosa. Otro ser.

Algo se desprende del resto de la montaña, algo oscuro y perverso que llevaba dormido quinientos años.

—¿Eso es...? —murmura Annie, sin aliento.

A mí también me cuesta respirar.

Una criatura hecha de piedra y granito ha roto a golpes la piedra que lo encerraba en el interior de la montaña. Es colosal. Parece un dragón sin alas: un dragón de piedra negra.

—Galial —susurro con la voz ronca—. Es Galial. Es una... quimera de clase S. Ha despertado.

Estira el largo cuello hacia atrás, levanta el hocico al cielo y brama con la furia de algo que había estado siglos enterrado. Entonces se aparta por completo de la montaña, haciendo que más rocas se desprendan por el camino, se agacha y vuelve a rugir.

Esta vez una oleada de aire frío nos azota. Es tan fuerte que siento que me arrastra, pero, antes de que eso ocurra, Annie se agacha a mi lado, se aferra a un saliente del suelo y me agarra de la mano con el brazo herido, impidiendo que ese viento poderoso nos lleve.

—¡Destructor, agárrate a Kian! —ordena.

Yo estiro la mano libre, pero no hace falta. El gato se agazapa y el viento solo le peina el pelaje. Dios mío, también es muy fuerte...

Todo a nuestro alrededor sale volando: piedras, tierra y polvo..., pero también las ramas de los árboles, pedazos enteros de troncos,

arbustos espinosos que son arrancados de cuajo...

Cuando el aliento de la quimera dragón cesa, todo queda en silencio; en silencio y vacío. Me incorporo, pero solo consigo quedarme sentado. El veneno se ha extendido y me cuesta distinguir entre la montaña y el dragón. La imagen es confusa, pero igual de aterradora.

Annie también se sienta, pero no intenta levantarse.

Ahora apenas hay nada entre nosotros y el dragón, así que, cuando la criatura mira en nuestra dirección, nos ve. Clava sus fríos ojos en nosotros y da una zancada que hace retumbar el suelo y luego otra.

Annie vuelve a darme la mano y yo la tomo sin dudar; los efectos tóxicos de la segunda gragea poco importan ya.

Soy incapaz de apartar los ojos de la quimera de clase S. No creía que viviría para ver una. No quería vivir para verla. Y esta no es una quimera de clase S cualquiera. Es Galial, una bestia dormida, una Invicta... que ahora está despertando.

¿Por qué? ¿Qué hace aquí?

Los dos la miramos mientras se acerca. Si Annie no ha intentado nada mientras aún conserva el efecto de la gragea de Markus, es que estamos perdidos.

—¿Tienes miedo? — pregunta.

— No — miento.

— Yo tampoco — dice ella.

Le tiembla la mano.

Galial se acerca cada vez más. Apenas está a un par de metros de nosotros cuando detiene su marcha y empieza a inclinar su larguísimo cuello hacia nosotros.

—¿Sabes lo más curioso? — dice Annie entonces.

—¿Qué?

— Que no creo que su presencia sea lo que me hace sentir así. Creo que hay algo más, algo igual de peligroso que Galial, algo terrible y aterrador.

Me giro hacia ella, pero no tengo tiempo de preguntar.

Una chispa de color nace en el vientre de la criatura. Una bola de un intenso color rosa que de pronto crece y se extiende por toda su garganta, haciendo que adopte un estridente tono eléctrico.

Podría ser fuego, pero sé que no es exactamente eso.

Galial arrasó aldeas enteras con el hielo abrasador de su aliento.

Es así como va a matarnos.

Aprieto más fuerte los dedos de Annie, cierro los ojos y me preparo para sentir el golpe mortal..., pero este no llega.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, descubro que la quimera se ha quedado con las fauces entreabiertas, el aliento helado escapando de entre sus dientes en volutas rosas y estridentes, y sus ojos clavados en nosotros como si se lo estuviera pensando... No. No nos mira a nosotros.

Mira más allá de donde nos encontramos, y... tengo un presentimiento fatal.

Annie lleva razón.

Aquí hay algo más.

Algo tan malo como para que Galial se esté pensando si merece la pena o no atacarnos.

Annie me mira y ambos nos giramos al mismo tiempo, muy muy despacio...

Se me nubla la vista, pero me esfuerzo por enfocar la mirada cuando me topo con una figura que no había visto antes: es más alta que muchos de los árboles, robusta y fuerte, está clavando sus cuatro garras en la tierra y tiene el pelaje blanco y brillante. Detrás de cada una de sus dos puntiagudas y orgullosas orejas de lince,

casi desproporcionadas a pesar del tamaño descomunal del resto del cuerpo, tiene dos cuernos. Los de delante son más cortos que los de atrás, pero en los cuatro se ve un hermoso dibujo que sube en espirales y curvas asimétricas hacia las puntas. De sus fauces abiertas sobresalen dos colmillos que son la mitad de largos que la cabeza.

Lo más glorioso de todo son las alas que salen de su lomo, llenas de plumas tan blancas como su esponjoso pelaje, pero lo que más me llama la atención son los ojos azules y despiertos que desafían a Galial.

La quimera emite un gruñido bajo de advertencia y entonces Annie hace que me explote la cabeza.

—¿Des-Destructor...? —inquiere con un hilillo de voz.

La quimera la mira un segundo, como si entendiera, como si le estuviera diciendo «Tranquila, yo me encargo», y entonces vuelve a encararse con la criatura de clase S rugiendo con todas sus fuerzas, lo que provoca un estruendo descomunal.

Galial se yergue un poco y tengo la espantosa sensación de que está mirándonos a Annie y a mí. Volutas de humo rosa se entrelazan con otras de un tono azafrán en sus mandíbulas y otras que salen de entre sus dientes y de su nariz. Creo que dejo de respirar unos segundos y, sin previo aviso, ese brillo rosa de su garganta empieza a desvanecerse; igual que el humo y el hielo que amenazaba con emerger de ella.

Noto un nuevo temblor y me doy cuenta de que la quimera de clase S se mueve y... retrocede.

Siento que me mareo; que me mareo más.

Y, entonces, todo se desvanece...



21

Annie

No dejan de hablar de nosotros.

Ya no salgo mucho del cuarto de Kian, porque cuando lo hago siento las miradas y los murmullos. Es normal. Al fin y al cabo, pocos ven a una quimera de clase S y sobreviven para contarlo.

Las noticias sobre el despertar de Galial vuelan. Cada mañana, el maestro Mael espera junto a la puerta del gremio a que el muchacho de los periódicos traiga más malas noticias.

Ya ha causado destrozos en varias aldeas.

De cuatro de ellas no ha quedado nada.

Diara me ha preguntado varias veces sobre lo ocurrido. Otros no se atreven. Solo murmuran sobre la versión que di el primer día, cuando regresé con Kian inconsciente. Les dije que Galial ni siquiera nos vio, que pasó a nuestro lado como si no fuéramos más que dos hormigas.

¿Cómo iba a decirles la verdad?

Me dejo caer sobre la cama de Kian y entierro el rostro entre las mantas. Destructor, que dormía plácidamente junto a él, alza la

cabecita en su forma de gato quimera y maúlla.

Galial anda suelto, el Lilium está a punto de perder su emblema y yo aún tengo una conversación pendiente con Markus.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Destructor? — murmuro.

Él me mira, pero no parece comprenderme como otras veces. Estira las orejas, se pone de pie de pronto y salta por la ventana.

Cuando la puerta se abre, entiendo por qué se ha ido tan de repente.

El inconfundible sonido de la prótesis del maestro me llega desde la entrada cuando se acerca con expresión cansada. Sus cejas blancas resaltan aún más las ojeras oscuras bajo sus ojos. Las arrugas de su frente parecen más marcadas que nunca, como si no hubiera relajado la expresión ni siquiera al dormir.

Lleva una caja bajo el brazo con el que sujeta el bastón. Cuando se sienta en una silla junto a mí, me la ofrece.

— Berto los ha hecho para ti. Sabe que sales poco de este cuarto.

No tengo mucha hambre, pero destapo la caja y tomo uno de sus pastelitos igualmente. Son pequeños, esponjosos y ligeros, y están cubiertos de una miel dulce y deliciosa que a Kian le habría encantado.

— Gracias.

Dejo la caja en la mesilla y vuelvo a mirar a mi compañero.

— Kian siempre ha sido un chico fuerte. Despertará en cualquier momento.

Sé que lo asegura para animarme, pero algo me dice que él también necesitaba escuchar esas palabras.

La piel de Kian sigue teniendo esas extrañas venas negras que le salieron por tocarme. Han desaparecido en uno de sus brazos, pero el derecho aún conserva la marca del veneno en su sistema. De su cuello, pende el colgante que le regaló su madre. Lo único que

conserva de ella, de su familia.

Se me hace un nudo en la garganta.

Entonces me armo de valor y me atrevo a preguntar algo que sé que es muy importante para Kian.

— Cuando despierte, ¿seguirá teniendo un gremio en el que quedarse?

El maestro cierra levemente los ojos y se inclina un poco adelante, encogiendo su cuerpo menudo sobre el bastón.

— Lilium siempre será un hogar para quien lo necesite — responde con amabilidad sincera, una que no se puede fingir —. Esa es su razón de ser. Por eso fundé el gremio.

— Pero el emblema... Hablé con Argus cuando le entregué la recompensa de nuestra misión. — Miro a Kian de reojo, que sigue inconsciente en la cama —. Apenas queda un mes para que venza el plazo y todavía nos falta mucho...

— Tenga o no emblema el Lilium, sus puertas seguirán abiertas siempre, día y noche, llueva o nieve... — Me dedica una sonrisa —. ¿Sabías que los lirios resisten a los inviernos más duros? Las flores mueren, pero el bulbo, la planta, vive para volver a intentarlo en primavera.

Contengo el aliento.

—¿Por eso llamó así al gremio?

— Ah... Es bonito, ¿no? Pero solo es una coincidencia afortunada. El nombre lo eligió alguien por otro motivo, pero esa es una historia para otro día. — Mael sonríe aún más. Mira por la ventana abierta, como si se perdiera en algún recuerdo —. El Lilium va a participar en los Juegos Quiméricos, Annie.

—¿Cómo dice?

El maestro asiente.

— Enviaremos a dos de nuestros mataquimeras.

— Argus dijo que no podíamos permitírnoslo, que el Lilium nunca ha enviado a nadie a los Juegos... Usted es el único en el gremio que ha participado en ellos, pero lo hizo cuando aún no había fundado el Lilium. Si envía a dos mataquimeras, si paga dos participaciones...

Cuando veo su rostro, me quedo en silencio. Es exactamente lo que estoy pensando.

— Es nuestra única oportunidad.

Inspiro con fuerza y desvío la mirada hacia Kian.

Él ama este sitio. Es su hogar.

— O ganamos los Juegos o... perdemos el emblema.

— Así es — me confirma. El maestro se pone de pie y se acerca a Kian. Le pasa una mano cariñosa por la frente —. No podemos rendirnos. Tenemos que intentarlo. Cueste lo que cueste.

Y, sin esperar respuesta, abandona la sala.

Sin embargo, no estoy sola mucho tiempo.

Destructor entra por la ventana, como si hubiera estado esperando ahí mismo. Se sube a la cama, se tumba junto a Kian y apoya la cabecita en la almohada, a su lado. Está más regordete que cuando llegamos a Lilium, pero parece el mismo gatito, la misma quimera que rescaté de la calle malherida y a punto de morir.

— Te has estado zampando a las ratas del barrio, ¿verdad? Por eso se acabó la plaga.

Destructor vuelve a maullar muy suave, como si me entendiera y se excusara.

No hay ni rastro de los cuernos ni de la altura descomunal...

— Oh, no... ¡¿Te has comido también a los gatos del barrio, Destructor?!

Casi parece como si se riera. Se levanta, se estira y se acerca a mí para frotar su cabeza contra la mía.

—¿Qué eres? — pregunto muy bajito, y él empieza a ronronear cuando lo acaricio entre las orejotas.

Claro que se ha comido a las ratas y probablemente también a los gatos. Me sorprende que no se haya comido nada más..., a nadie más.

De pronto, Kian gime en sueños y la quimera se vuelve hacia él para darle un golpecito en la mejilla con su frente.

— No, no, déjale... — susurro —. No le despiertes. Tiene que...

—¿Annie?

Destructor retrocede, pero ya es tarde.

Kian me mira como si hiciera mucho sol y no pudiera abrir los ojos del todo.

— Kian — respondo, y me apresuro a sentarme a su lado. Lo agarro de la mano —. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

— Sí... Creo que sí. — Se frota el pelo —. Pero he tenido un sueño muy raro. Destructor medía como cinco metros, tenía alas y cuernos, y... se enfrentaba a Galial. — Intenta abrir los ojos del todo, pero aún parece medio dormido —. Galial... Esa parte no era un sueño, ¿verdad?

— Bueno, en realidad... Nada de lo que has dicho ha sido un sueño, pero Destructor no llegó a enfrentarse a Galial. — Le rasco entre las orejas —. Aunque estaba dispuesto a hacerlo para protegernos.

Kian me mira boquiabierto. Luego mira a Destructor y alza la mano libre.

— Gracias, colega... — Arrastra un poco las palabras, como si estuviera un poco ido —. Te quiero un montón...

Se me escapa la risa.

Destructor ronronea en respuesta.

Kian se queda un segundo en silencio y luego dice en voz alta lo

que lleva atormentándome todo este tiempo.

— No es una quimera de clase F, ¿a que no?

Su voz suena rara, un poco temblorosa, y tiene una entonación especial. Me muerdo los labios para no reírme, porque aún debe de estar ligeramente envenenado.

— Me temo que no. No sé..., no sé qué es. Es evidente que adopta esta forma por nosotros. Creía que sería una mezcla de quimera de clase E y gato o algo así... y que por eso tenía una forma quimérica y otra animal que todos podían ver, también los nacidos sin la visión. Pero, después de ver que puede convertirse en... en algo... descomunal, me pregunto si no será...

—¿Una quimera de clase A?

Trago saliva y miro a Destructor.

Tan adorable, y peludo, y achuchable...

— Sí. Puede que sí, aunque nunca he oído que una pueda cambiar de forma, ni aparecerse ante los humanos.

— Y asustó a Galial — añade Kian.

— Sí, lo asustó. Y también a la quimera de clase superior, a la bestia del rubí.

Kian se aparta un mechón rubio de la cara, pero al instante se le vuelve a caer sobre la frente, y parece no tener fuerzas para apartarlo de nuevo.

— Galial... no se marchó solo por Destructor, ¿verdad? Podría haberlo destruido con su aliento de hielo, igual que a nosotros.

—¿Qué quieres decir?

Kian tarda un rato largo en responder, como si no encontrara las palabras.

— Creo que entendió que no éramos una amenaza real..., igual que lo entendió el caballo de luz en las montañas cuando lo salvaste.

Yo también lo he pensado.

Había algo en esos ojos.

Algo despierto, vivo, inteligente.

— Creo que las quimeras no son como nos han hecho creer siempre — murmuro, y me atrevo a echar un vistazo a Destructor.

Kian asiente y se queda pensativo.

— Supongo que no... que no le has contado eso al maestro. — Habla lento, muy muy despacio, como si le costara encontrar las palabras.

— Deberías descansar — le digo —. El veneno... Aún no estás recuperado.

— Annie... — insiste.

Yo suspiro.

— No. — Niego con la cabeza —. No saben esa parte.

—¿Y el resto? ¿Les has contado lo que... lo que... hiciste?

Hay algo duro en su voz, un poco ronca y rasposa.

Trago saliva.

Destructor salta de encima de la cama y corre hasta la ventana, donde se sube al alféizar y se asoma fuera, como si no quisiera escuchar esta parte.

— Se lo he contado todo.

— Me salvaste — dice Kian.

Se lleva los dedos a la frente de nuevo, pero ese mechón rebelde es persistente.

Soy yo quien se lo aparta. Él toma aire con fuerza.

— Tú a mí también — replico, y sonrío —. Nos salvamos el uno al otro.

Kian se queda en silencio. Durante un segundo los párpados se le caen un poco y creo que se va a quedar dormido de nuevo, pero parece resistirse a dejarse vencer por el sueño cuando levanta la mano y me agarra los dedos.

Le devuelvo un apretón, un poco confusa, y le dejo su propia mano sobre el pecho.

Sé que debería insistir para que descansara, pero... hay un tema que me quema en la garganta.

— El maestro acaba de estar aquí. El Lilium sigue en números rojos. Es prácticamente imposible que lleguemos al millón de bocadragones antes del 7 de enero. Van a gastar lo que tenemos para comprar dos participaciones en los Juegos Quiméricos.

Kian abre los ojos. El color avellana de su iris es más brillante que nunca.

—¿Qué? ¿A quién van a enviar? Dante está herido y Casandra es muy buena, pero sin un compañero...

— No lo sé. Creo que ni el maestro lo sabe todavía. — Tomo aire y me armo de valor —. A propósito, sobre la oferta del Rosmarina...

— Quédate — me interrumpe, sin dejarme acabar —. No te puedes ir. Quédate con nosotros, Annie. Lo haremos. Ganaremos los Juegos. ¡Lo conseguiremos! Quédate en Lilium. Quédate con...

Va a decir algo más, pero se interrumpe a sí mismo de pronto y, en un instante, algo cambia. El mundo empieza a girar a una velocidad que no le corresponde, porque todo es muy rápido y muy lento a la vez.

Se incorpora como puede.

Siento sus dedos en la mejilla.

Se acerca a mí y, en un instante, el tiempo se detiene... porque me besa.

Kian me da un beso muy suave en los labios, apenas un roce delicado, el aleteo de una mariposa.

Se aparta enseguida, pero para mí es una eternidad.

Cuando vuelve a dejarse caer sobre la almohada, parece estar sin aliento.

—Quédate conmigo —termina, por fin.

Me quedo de piedra, completamente desconcertada.

Sigue mirándome, pero parece que vuelve a costarle tener los ojos abiertos.

En ese instante, alguien da dos golpecitos a la puerta y él aparta la mirada de mí. Yo no. Yo me quedo inmóvil mientras escucho la voz de Casandra, y la de Diara, cuando se acercan con rapidez.

¿Qué... qué ha sido eso?

Me llevo las yemas de los dedos a los labios y me pregunto si estaré delirando. Debe ser eso. Sí. Porque es imposible que sea real. Es imposible que...

Pero aún siento un cosquilleo en los labios.

Debo apartarme cuando Diara está a punto de tirarme para saludar a Kian. Le da un puñetazo en el hombro y Casandra le grita y la reprende.

Me quedo junto a los pies de la cama y contemplo a mi compañero. Habla con ellas como lo ha hecho conmigo, arrastrando un poco las palabras, vacilando con algunos conceptos..., todavía ido, todavía desorientado.

Sacudo la cabeza.

¿Es que acaso le gusto a Kian?

«Quédate conmigo...».

Aprovecho que no me miran para salir por la puerta, pero no me voy muy lejos. Sus palabras resuenan en mi cabeza cuando saco la invitación del Rosmarina del bolsillo. La corona y la flor de romero de su emblema estampadas en tinta dorada.

«Quédate conmigo...».

Dramatis personae

Argus: mataquimeras del gremio Lilium. Puesto: administrador.

Berto: puesto: cocinero del gremio Lilium.

Brita: mataquimeras del gremio Lilium. Puesto: química y sanadora.

Bruno: mataquimeras del gremio Lilium. Especialidad: maza.

Clancy: pastelero.

Conrad: maestro del gremio Rosmarina.

Diara: mataquimeras del gremio Lilium. Especialidad: espada.

Enzo: mataquimeras del gremio Aster, antiguo compañero de Dante; ahora miembro del gremio Aster.

Ginny: hija de Berto.

Jane: madre de Annie.

Mael: maestro del gremio Lilium.

Markus: padrastro de Annie.

Masie: excompañera de escuela de Annie.

Molly: posadera de la aldea en las montañas.

Nahanni: mataquimeras del gremio Lilium, encargada de la

biblioteca.

Omari: mataquimeras del gremio Lilium. Especialidad: lucha cuerpo a cuerpo.

Rhona: mataquimeras del gremio Lilium; encargada de la armería.

Rokus: mataquimeras de la ciudad de Cineraria, campeón de los Juegos Quiméricos.

Rupert: alcalde de la aldea en las montañas de Dalia.

Tasso: mataquimeras del gremio Lilium.

Violett: mataquimeras del gremio Crinum. Especialidad: lanza.

Agradecimientos

La idea de las quimeras y las grageas es vieja, casi tanto como Mael (bueno, igual tanto no), pero hasta este momento no había encontrado la historia que quería contar y, ahora que por fin lo he hecho, escribir *La fuerza del dragón* ha sido muy emocionante.

En ese camino tengo mucho que agradecerle a mi editora Belén García, con la que ha sido un absoluto placer trabajar. Gracias por haber apadrinado a los mataquimeras del Lilium y por haberles cogido tanto cariño como les tengo yo (en especial a Casandra y a Dante). Gracias también a todo el equipo editorial que está detrás de esta publicación y ha trabajado duro para que esta historia vea la luz.

Gracias a Dimana (@nectarin_a) por una ilustración de portada perfecta, por los detalles increíbles y por el mapa. Annie tiene suerte de contar con una artista que ha reflejado su fuerza y su coraje a las mil maravillas.

Jordi Ribolleda, gracias por ser un agente literario estupendo y por estar siempre ahí para mí.

Meg, gracias por leer todas mis historias cuando aún son borradores y ser una lectora (y sobre todo una amiga) incondicional. Qué haría yo sin ti.

Aita, ama, gracias por apoyarme siempre.

Gracias a todos esos lectores que me leéis escriba lo que escriba. Espero que esta historia se convierta en un refugio para vosotros

como lo es para mí. Qué suerte tengo de contar con una comunidad tan bonita y que comparte conmigo la ilusión de cada nueva novela.

Yanire, ya sabes que este libro es para ti, pero te lo repito una vez más: gracias por ser una amiga de 10.

Ima, gracias por escucharme siempre, en cualquier lugar y en cualquier momento (aunque tengas mucho sueño y no te deje ir a dormir por esa trama chulísima que acaba de ocurrírseme). Te quiero mucho.

Y, por último, gracias a ti, que te has embarcado conmigo en esta aventura y que eres parte del Lilium tanto como lo son Annie, Kian, Diara, Casandra o Dante. Sus puertas estarán siempre abiertas para ti.

Una historia de amor, fantasía y icriaturas mágicas! perfecta para adentrarte en el mundo del Romantasy



No es fácil vivir en una tierra de monstruos y es aún peor cuando no puedes verlos.

Los habitantes de Dalia vivirían aterrorizados por un mal invisible de no ser por los Mata Quimeras. Nacidos con el don de la visión, son los únicos capaces de ver a esas criaturas. Cazarlas es muy peligroso y cualquiera de ellos necesita entrenamiento, compañeros y un gremio que lo respalde.

Annie tiene el don para ver a las quimeras, pero ha intentado no llamar la atención, hasta que el azar la lleva a encontrarse con Kian, y le hace cambiar completamente de rumbo.

El Lilium no es el gremio más grande de Dalia, ni el más prestigioso. Tampoco es el más rico, ni el más profesional. De hecho, es el más problemático, el más desorganizado y el que peor reputación tiene; pero es al que acuden todos cuando nadie más está dispuesto a ayudarlos. Los Mata Quimeras del gremio Lilium son los más locos de todos. Y entre sus muros, Annie y Kian se sentirán afortunados al encontrar un hogar.

Paula Gallego nació en San Sebastián en 1995. Es filóloga hispánica y graduada en Magisterio Infantil con el minor de Educación Especial. También tiene un máster en Creación Literaria.

Es autora, entre otras, de la serie de fantasía Gaueko (Editorial Puck), que comienza con *Todas las criaturas oscuras*, y de la bilogía de fantasía distópica Hikari (Editorial Umbriel), cuyo primer volumen se titula *Imperio de sombra y tormento*.

Vive en el norte con su novio y sus tres gatos. Le gustan los monstruos (sobre todo los de buen corazón) y los héroes que no saben que los son.

La fuerza del dragón es su primera novela middle grade y da inicio a Crónicas de Lilium, un universo mágico de criaturas a las que solo unos pocos elegidos pueden ver, con primeros romances, fantasía y muchos personajes valientes.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Paula Gallego
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Dimana Georgieva, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House
Grupo Editorial/Carlos Pamplona
Ilustración de la cubierta: ©Dimana Georgieva INSTAGRAM: nectarin_a

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19868-65-7

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Crónicas de Lilium. La fuerza del dragón
Capítulo 1. Annie
Capítulo 2. Kian
Capítulo 3. Annie
Capítulo 4. Kian
Capítulo 5. Annie
Capítulo 6. Kian
Capítulo 7. Annie
Capítulo 8. Kian
Capítulo 9. Annie
Capítulo 10. Kian
Capítulo 11. Annie
Capítulo 12. Kian
Capítulo 13. Annie
Capítulo 14. Kian
Capítulo 15. Annie
Capítulo 16. Kian
Capítulo 17. Annie
Capítulo 18. Kian

Capítulo 19. Annie
Capítulo 20. Kian
Capítulo 21. Annie
Dramatis personae
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Paula Gallego
Créditos